INTRUSA

F. JENNER



Selecta

Intrusa

TRILOGÍA

Juego de Damas 3

F. Jenner

Selecta

A mi abuelo, que jamás leerá esta historia.
Y a Sofía, por supuesto

Prólogo

Londres, 1858

Lady Briony Buxton no debería estar allí. A tan solo unas horas de su presentación oficial, la hermana del jovencísimo duque de Brighton tendría que estar en Mayfair, en la casa que su familia poseía en el cruce de Park Lane con Piccadilly. En concreto, en la elegante —e inocente— cama con dosel y colcha blanca que Maud, su doncella, había dejado lista para ella. Preferiblemente durmiendo.

En lugar de eso, sin embargo, su cómodo lecho estaba ocupado por un hatajo de almohadas y mantas y ella se deslizaba con sigilo entre las sombras del jardín trasero de Coventry Hall, la residencia que el conde Stanbridge poseía en la ciudad y en la que se estaba celebrando una fiesta a la que ella no había sido invitada, lo cual, por otra parte, era lógico. Ninguna jovencita respetable se acercaría a menos de quinientos metros de un baile como aquel, salvo que la joven en cuestión estuviera desesperada.

Se movió con cuidado entre los arbustos, sujetando la falda de su vestido para que no se enganchara en ninguna rama. Había planeado aquella noche solo tres días antes, cuando el azar había querido que viera al perverso conde Stanbridge acompañado de un hombre al que no conocía, en Hatchards, mientras ella buscaba un ejemplar de *Orgullo y prejuicio*. En circunstancias normales, Briony no les habría prestado la menor atención a aquellos caballeros. Sin embargo, algo la había obligado a dar un paso atrás y esconderse tras una estantería mientras ellos se acercaban. Una fuerza irrefrenable que jamás llegaría a comprender del todo la había impulsado a contener la respiración mientras, con la inocente fascinación de una niña, escuchaba al noble fanfarronear sobre el escandaloso baile que tendría lugar en su casa. Su innata curiosidad la había impulsado a mantenerse en silencio mientras aquellos tipos

concretaban una cita a medianoche en la biblioteca de Coventry Hall. Y entonces, una tercera voz se había unido a la conversación y Briony había comprendido que no había sido el azar ni la casualidad lo que la había llevado a la librería aquella tarde, había sido el destino. Porque aquella tercera voz que confirmaba su asistencia a tan inapropiado evento no era otra que la del hombre del que estaba enamorada desde que tenía memoria.

A su espalda, las palabras susurradas por dos desconocidos a los que no lograba distinguir en la oscuridad la sobresaltaron. Se llevó las manos al rostro y comprobó que el antifaz de encaje negro que había robado del armario de su madre permanecía en su lugar. Si pretendía moverse entre los invitados sin llamar la atención, más le valía asegurarse de que la imagen que proyectaba era la que había planeado.

Los sonidos del interior le llegaron con nitidez en cuanto se acercó a la casa. A través de los ventanales, las notas de una animada versión de *Greensleeves* se mezclaban con las conversaciones. Alzó la vista y observó la mansión. Se trataba de una sencilla construcción de ladrillo rojo, sin más ornamentos que las cornisas de estuco en forma de arco que decoraban sus ventanas. Le sorprendió la sobriedad del lugar. Después de haber oído hablar del conde como si fuera el mismísimo diablo, no esperaba que las puertas del infierno resultaran tan... insulsas.

Con una inspiración profunda, cuadró los hombros y comenzó a ascender por la escalinata tratando de imitar la seguridad con la que se movían las mujeres a las que había estado observando desde su llegada a Londres. Damas como lady Ravensworth o lady Pembroke. El tipo de féminas con las que se relacionaba Sebastian.

Sebastian. Maldito fuera. Apretó los labios con disgusto mientras subía los escalones. Hacía dos meses que no sabía nada de él, desde la fiesta de aniversario de los Brackwell.

El recuerdo de aquella noche en Hampshire la invadió de repente. Su madre la había animado a acudir como un ensayo para su debut en Londres. Incluso le habían confeccionado un vestido para la ocasión, una pieza de satén en color lavanda adornada en los puños y el escote con delicado encaje de *chantilly* blanco. Había tratado de

comportarse según las normas que había pasado día y noche memorizando, aun cuando consideraba una estupidez la mayoría de ellas. Y casi lo había logrado, hasta que Sebastian Adrien Nicholas Lawrence Sinclair, flamante heredero del marqués de Stratford, había aparecido sin que nadie lo esperase.

Sebastian había llegado luciendo su perenne sonrisa y aquel brillo travieso que lo caracterizaba en la mirada. Había saludado a los anfitriones y dedicado a lady Brackwell un puñado de halagos tan bien escogidos que a nadie hubiera sorprendido que abandonara a su esposo en aquel mismo instante. Se había paseado por el salón, besado unas cuantas manos y dejado caer algunos cumplidos en el oído de una viuda reciente de increíble belleza. Con sorprendente pericia, había logrado salir del salón sin que nadie se percatara, incluso cuando todos los ojos parecían estar sobre él. Pero ella lo había visto. Porque cuando de Sebastian se trataba, era capaz de verlo y escucharlo todo. Y también de mandar el arduo trabajo de sus doncellas e institutrices —y el de su propia madre— al diablo. Por eso no reflexionó ni un solo segundo sobre lo inapropiado que era salir detrás de él hacia los jardines en penumbra. Ni, mucho menos, se paró a pensar en las consecuencias de llamarlo en voz alta cuando estaba a punto de reunirse con otra mujer. No prestó la menor atención a la viuda que salió huyendo entre las flores ni a la rigidez en la espalda del marqués antes de girarse para enfrentarse a ella.

—No debes estar aquí, Briony —le había advertido él, y ella había alzado el mentón, desafiante.

—No sabía que vendrías.

Sebastian había negado con disgusto y había apretado los puños cuando ella se le había acercado.

—Vuelve al salón —le había ordenado, guardándose las manos en los bolsillos en cuanto ella hizo el ademán de tocarlo.

Briony se había quedado congelada ante su repentino rechazo. Stratford había sido el mejor amigo de su hermano y, desde hacía varios años, era evidente que sentía algo por ella. Se habían vuelto casi inseparables y, aunque él jamás había traspasado los límites de lo aceptable, Briony sabía que lo único que lo detenía era el

profundo respeto que sentía hacia su familia. Cada noche, acudía a Bramshaw Manor, la residencia en Hampshire de los duques de Brighton, para verla a escondidas. Se encontraban bajo el balcón de su cuarto y veían cómo las horas pasaban entre confidencias, risas y alguna caricia que fingía ser accidental. Las últimas semanas, sin embargo, habían sido extrañas. La última vez que se habían visto había sido cuando los Buxton habían acudido a visitar a lady Stratford después de que la dama sufriese un grave accidente de carruaje que a punto había estado de acabar con su vida y que la había dejado postrada en una silla de ruedas.

—¿Qué tal está tu madre? —le había preguntado, dando un paso atrás.

La rigidez de Sebastian se había acentuado. Pese a la oscuridad reinante, Briony había percibido el modo en que sus hombros se tensaban, la forma en que todos sus músculos se contraían. Incluso su mandíbula parecía a punto de hacerse pedazos.

—Bien —había murmurado—. Vuelve dentro.

Él le había dado la espalda y Briony había sentido cómo su rechazo se colaba en su interior, se filtraba en cada célula y la atenazaba de tal modo que le costaba incluso respirar. Había estirado la mano y le había acariciado la parte superior del brazo, solo para notar la tensión bajo su chaqueta.

—¿Por qué no has venido a verme? —le había preguntado en un susurro—. Te he echado de menos.

Sebastian había tardado en responder. Y, cuando por fin lo había hecho, Briony no había reconocido en aquel tono frío y duro al muchacho del que estaba enamorada.

—Creo que lo has malinterpretado todo —le había dicho—. Te has hecho ilusiones con algo que no ha existido nunca.

Ella había fruncido el ceño.

—Sabes que te quiero, Sebastian —le había dicho, cansada de aquella actitud que no entendía—. Y sé que tú...

—Briony —la había cortado de inmediato—. Eres la hermana de mi mejor amigo. No me interesas de ese modo.

Ella había tratado de replicar, pero él no se lo había permitido.

—Además, eres una cría. No me interesan las charlas pueriles a

medianoche con chiquillas que me miren con ojos brillantes, como si fuera el principio y el fin de su universo. Quiero cosas que alguien como tú no puede llegar a comprender.

Por un momento, ella había dejado de respirar mientras las lágrimas se agolpaban bajo sus párpados. Le sorprendía que el marqués de Stratford, conocido por su encanto y carácter adulador, estuviese siendo tan cruel. Sin embargo, no tardó en percatarse de que él no la había mirado a los ojos ni una sola vez. Y de que las palabras más hirientes que le habían dicho jamás las había pronunciado mientras le daba la espalda.

—Entiendo —había asentido ella en un susurro—. Quieres lo que te pueden dar mujeres como lady Pembroke. O la viuda de esta noche.

No había esperado a que él respondiera. Lo había rodeado y se había parado frente a él. Las sombras de la noche ocultaban el jardín a su alrededor, pero la luz de la luna era suficiente para que pudiera distinguir sus rasgos.

—E intuyo que, ni por un momento, se te ha pasado por la cabeza hacer conmigo lo que ellas te ofrecen —había ironizado, solo para ver cómo el rostro del marqués se contraía en una mueca extraña.

Briony había sonreído, dejándole claro que no creía ni una sola de sus palabras. Sebastian era un hombre que mentía con la misma facilidad con la que respiraba, pero ella lo conocía mejor que a sí misma.

—¿Qué estarías haciendo con la viuda si yo no hubiera aparecido? —había preguntado mientras se ponía de puntillas y enroscaba sus brazos alrededor de su cuello—. Me gustaría aprender por si alguien me invita a un jardín a medianoche durante la temporada.

Aquello había sido demasiado para él, que había sujetado su cintura con las manos mientras lidiaba contra lo que fuera que lo estaba consumiendo y que ella no lograba entender; así que había hecho lo único que se le había ocurrido, lo que deseaba hacer desde los diez años. Había acercado sus labios a los de él y lo había besado con la inexperiencia de una niña. El modo en que él había reaccionado a aquel beso le había dejado claro que ni lady Pembroke, ni lady Ravensworth ni la mismísima Cleopatra reencarnada tenían el poder que la inocente Briony Buxton poseía

sobre el marqués de Stratford.

Y luego, él había desaparecido.

El grito de un hombre la devolvió a la realidad. Se había quedado paralizada en mitad de la escalinata y un grupo de caballeros la llamaban desde la terraza.

—¿Qué te pasa, ángel? Te has quedado congelada a las puertas del infierno.

—¡Sube con nosotros, preciosa! No tardarás en entrar en calor.

Briony no les dedicó ni una sola mirada. Ascendió el tramo que faltaba y observó el salón a través de la ventana abierta. Se fijó en las parejas que bailaban demasiado cerca, en los llamativos colores de la decoración y en que ninguna de las bebidas que se servían parecía limonada. Los camareros esquivaban a los bailarines mientras ofrecían, a los invitados, champán en delicadas copas de Bohemia. Solo necesitó un breve vistazo para localizar a Sebastian. Apoyado en una columna, muy cerca de la puerta, sonreía a una joven cuyo rostro Briony no lograba distinguir. Tampoco le importaba. Esa mujer no tenía nada que hacer con él. La sonrisa del marqués era tan falsa como una moneda de tres peniques. Y aquella tonta estaba tan deslumbrada por las migajas de atención de Sebastian que no se daba cuenta.

Se coló por uno de los ventanales, dispuesta a cumplir con su cometido. Iba a seducir a Sebastian, iba a lograr que él le confesara qué demonios le pasaba e iba a conseguir su dichosa propuesta de matrimonio sin tener que pasarse toda la temporada pavoneándose por los salones de Londres fingiendo que buscaba un pretendiente.

Dio un paso adelante, justo en el mismo instante en el que un caballero con un llamativo antifaz amarillo pasaba a su lado, riendo y gesticulando, junto a otros dos dandis. La copa que él sujetaba se estrelló contra su hombro derecho, rompiéndose en pequeñas astillas que tintinearon al caer.

—¡Lo siento! —exclamó él, perdiendo la sonrisa—. No la había visto.

Se apresuró a ofrecerle su pañuelo.

—¿Está bien? —preguntó, acercándose demasiado. Briony dio un paso atrás y él se detuvo de inmediato. A su alrededor, los que

habían presenciado el incidente los miraban con curiosidad, y aquellos que no lo habían hecho comenzaban a aproximarse, intrigados. Incómoda por aquella atención indeseada, Briony tomó el pañuelo que él le ofrecía.

—Estoy bien —farfulló mientras trataba de alejarse—. Solo necesito un minuto...

Su interlocutor la observó con curiosidad.

—El tocador de señoras está hacia el otro lado —indicó, al ver hacia donde se dirigía—. Justo al lado de la biblioteca.

Briony asintió y, siguiendo sus indicaciones, se perdió entre la gente. Antes de alejarse, sin embargo, lo escuchó murmurar algo que no alcanzó a comprender.

En cuanto llegó al aseo, notó la humedad que comenzaba a empapar la manga de su vestido azul zafiro. Se llevó la mano al hombro e hizo una mueca al ver la sangre sobre sus dedos. Se acercó al espejo y apartó ligeramente la tela. Solo había un corte y no parecía profundo, aunque estaba tan cerca de la axila que cualquier movimiento que hiciera con el brazo le resultaba doloroso. Tendría que volver a casa y esperar otra ocasión para acercarse al marqués.

La perspectiva de pasar un día más sin saber qué le pasaba a Sebastian la angustió de tal manera que a punto estuvo de echarse a llorar.

—No es gran cosa.

Una voz femenina junto a ella la sobresaltó. Trató de cubrirse el hombro de nuevo, pero, con un bufido, su acompañante se lo impidió.

—Tienes que limpiar la herida —le dijo, tomando el pañuelo que ella sujetaba y mojándolo en el lavabo—. Haz presión con esto.

Tal y como había llegado, la mujer se esfumó. Briony apretó la tela durante unos minutos. Cuando estaba a punto de apartarla, la misteriosa dama apareció de nuevo con un bote en la mano y un trozo de muselina limpia.

—Tal vez escueza —explicó, abriendo la tapa y tomando un poco de aquel ungüento, que extendió con cuidado sobre la piel de Briony.

Percibió un olor esquivo, una mezcla de lavanda, miel y cera de abejas.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó con curiosidad.

La otra mujer rio y procedió a vendarle el brazo con la tela.

—Una de las criadas lo ha traído —explicó—. Stanbridge la mandó a atenderte, pero yo llegué antes. —Festejó, divertida—. ¡Vaya susto le has dado!

—¿Stanbridge?

A través del antifaz, percibió un brillo pícaro en los ojos castaños de la otra mujer.

—El anfitrión, querida —susurró como si fuera un secreto entre ellas—. El caballero con el que te has tropezado. Está interrogando a todos los presentes sobre tu identidad.

—Maldición.

La mujer rio y Briony se dio cuenta de que había jurado en voz alta.

—Lo siento...

—¡Listo! —indicó la otra, ignorando su azoramiento. Le colocó el vestido con cuidado y la observó con interés—. Nadie notará nada. La tela es lo bastante oscura como para ocultar la mancha.

Recogiendo el bote de ungüento se dirigió a la puerta.

—¿Quién eres? —preguntó Briony antes de darse cuenta de lo inapropiada que era aquella pregunta en un baile como ese.

La dama sonrió mientras se alejaba.

—La cabeza alta, querida. Nadie sabe quién se oculta bajo tu antifaz. Esta noche puedes ser quien tú desees.

Briony tardó unos instantes en reunir el coraje para abandonar el tocador. Observó en el espejo a la mujer enmascarada que debía conquistar a Sebastian. Sus ojos azul oscuro parecían temerosos y sus manos temblaban como las de una colegiala. Inspiró hondo. Podía hacerlo. Podía convertirse en una de aquellas mujeres que se paseaban por el salón de Stanbridge riendo y coqueteando mientras bebían champán y bailaban sin parar. Cerró los ojos y recordó las palabras de su misteriosa enfermera: «Puedes ser quien tú desees». Cuando su mirada se encontró de nuevo con la de la dama del espejo, sonrió. Claro que podía hacerlo. Miró el vestido azul zafiro,

totalmente inapropiado para una debutante. Se había encaprichado de tal modo con aquella tela que su madre había acabado por aceptar que le confeccionaran una prenda que estaba segura de que jamás podría usar. Poco sabía la duquesa que ya entonces, tantos meses atrás, las fantasías de su hija también eran de lo más inadecuadas. Y siempre llevaba en ellas aquel vestido.

Cuadró los hombros y un pinchazo de dolor le recorrió la espina dorsal. Hizo una mueca, pero no se desanimó. Con un último vistazo a aquella mujer de ojos brillantes y misteriosa sonrisa que ya no era ella, abandonó el aseo y se dirigió, con la seguridad de un general en una batalla ganada, hacia la algarabía y la luz del salón principal. Entró sin timidez y buscó entre los invitados. Sus ojos se encontraron con los de él antes, incluso, de que estuviera preparada. Y, tal y como había imaginado tantas veces, el marqués de Stratford se olvidó de todo cuanto lo rodeaba. Solo estaba ella en aquella habitación llena de gente. Se le acercó con decisión, como si la hubiese estado esperando toda la noche.

—Me alegro de que regresara —confesó en un susurro y ella se sorprendió de que la hubiese visto antes—. Stanbridge es un inepto.

Briony hizo un gesto de negación.

—No me vio.

Una emoción extraña brilló en los ojos de Stratford, que no se apartaban de su rostro, examinándola como si de un cuadro de incalculable valor se tratase.

—Es imposible no verla —murmuró—. Desde que entró por el ventanal, es lo único que existe en esta estúpida fiesta.

Briony sintió cómo el calor subía a sus mejillas y a punto estuvo de confesarle quién era. Sin embargo, el recuerdo de sus labios sobre los de ella en el jardín de los Brackwell, de la forma en que la había apretado contra él, como si quisiese eliminar incluso el aire que se interponía entre ellos, la asaltó de nuevo. Había sido el beso perfecto. Y había sido tan breve como un suspiro. Él la había apartado con brusquedad y había huido como si el infierno entero lo persiguiera. No, no podía descubrir su identidad. Al menos hasta que ya no tuviera escapatoria.

Le dedicó una sonrisa ladeada y se alejó de él. Miró a su alrededor

y descubrió que había más miradas que la del marqués sobre ella. Bien. Podía ser una cría recién llegada del campo, pero era hermosa. Y podía seducir a cualquier caballero.

—¿A dónde va? —le preguntó él, siguiéndola. Alargó el brazo y enlazó sus dedos con los de ella.

Briony observó el modo en que la mano de él, mucho más grande, cubría casi por completo la suya, y se estremeció al sentir el pulso de Sebastian contra su propia muñeca.

—Milady.

Una desconocida voz masculina interrumpió el mágico instante. Tratando de ocultar su molestia, Briony sonrió al caballero que acababa de acercarse. Era joven, quizá demasiado, y su pelo castaño brillaba de forma artificial, seguramente gracias a alguna de aquellas lociones y aceites tan de moda entre los dandis. Al igual que Stanbridge, lucía un llamativo antifaz amarillo.

Sin percatarse del evidente disgusto de Sebastian, el caballero tomó la mano de Briony y se la llevó a los labios.

—Creía que era una visión —le dijo, alargando el contacto mucho más de lo necesario—. Como si todas mis fantasías se hubiesen materializado en una sola mujer.

Aunque no se sentía cómoda con la situación, ser consciente del malestar del marqués la animó.

—Tenga cuidado, pues —advirtió en voz baja—. Los sueños suelen ser más intensos cuando se saborean en el mundo real.

Tal y como esperaba, sus palabras alentaron al dandi más allá del sentido común. Tiró de ella, ignorando la rigidez de Sebastian y que este todavía mantenía sus dedos unidos.

—Lárgate. —Aquella acerada advertencia pareció llegar al cerebro de su pretendiente, que alzó la vista y, por fin, pareció descubrir al marqués.

—Stratford —saludó, pero no la soltó—. Veo que no te has molestado en buscar una máscara.

—Yo no necesito esconderme —indicó con disgusto, y Briony pensó en lo irónica que resultaba esa afirmación en alguien que lo ocultaba todo sin necesidad de ningún disfraz.

El otro hombre titubeó de repente y su agarre se aflojó.

—La dama está interesada —dijo sin convicción, como si la posibilidad de que lo eligiera una mujer con la que Stratford estuviera coqueteando le resultara inverosímil. La miró con urgencia, en busca de validación. Ella debería haberlo alentado, haberle dejado claro a Sebastian que el mundo no siempre giraba en torno a él. Pero no lo hizo.

El otro hombre se percató de inmediato del error que había cometido y, tratando de ocultar su vergüenza con una ligera inclinación de cabeza, se alejó.

—¿Qué le hace pensar que voy a quedarme con usted esta noche? —le preguntó en un susurro.

En lugar de responder, la arrastró hacia la pista de baile. Una música conocida resonó en la sala y Briony fue consciente de que estaba a punto de bailar por primera vez con un caballero que no fuera su hermano. Las notas del vals flotaron en el aire mientras el marqués la tomaba por la cintura y la guiaba por la pista con una pericia que no la sorprendió. Sebastian sobresalía en todos los aspectos superfluos de la vida. Al parecer, eran aquellos que implicaban a sus emociones los que le suponían un problema.

Intentó seguir sus pasos, recordar todas las lecciones que había aprendido. Pero ese vals no era como los que ella había practicado. El ritmo era diferente; los acordes, más íntimos. Sebastian estaba demasiado cerca y su mano descansaba al final de su espalda. Ningún salón respetable aceptaría un comportamiento como aquel. Contuvo la respiración al notar como él la apretaba más y acercaba la boca a su oído.

—Cierra los ojos. —Su aliento cálido le provocó un estremecimiento e, incapaz de seguir el ritmo, lo pisó.

—Lo siento —se disculpó, azorada, toda la confianza perdida en un movimiento.

La risa de Sebastian, aquella que había añorado tanto, la devolvió a casa, a las tardes de verano tumbados sobre la hierba, a los terribles inicios de él con el violín y a los conciertos clandestinos de medianoche. A las miradas robadas durante la cena. A los juegos infantiles con su hermano y a las fortuitas caricias de sus manos cuando Andrew no miraba.

—Cierra los ojos —repitió él junto a su oído. Y ella le hizo caso. Porque era Sebastian. Su amigo. Su confidente. Su hogar.

Todo desapareció a su alrededor y, de repente, le resultó tan fácil seguir el ritmo como respirar. Solo tenía que dejarse llevar mientras sus sentidos se llenaban de él. De su olor tan familiar, una suave mezcla de madera y bergamota. Del sonido de su aliento tan cercano que hacía bailar los mechones de su cabello que habían escapado del recogido. Del calor de su mano, sujetando la suya.

—Quiero quedarme aquí para siempre —susurró, y él rio con suavidad.

La pieza terminó demasiado pronto y Briony tuvo la sensación de que el baile solo había durado un segundo. No quería separarse de él. No podía hacerlo todavía. Él pareció leer sus pensamientos y, sin soltarla, la arrastró fuera del salón.

Recorrieron en silencio el pasillo que ella había atravesado con anterioridad casi sin mirar por dónde iban. La música, las risas y las conversaciones se fueron atenuando hasta desaparecer por completo. Con seguridad, Sebastian se dispuso a doblar la esquina, pero ella lo detuvo para besarlo una vez más. En cuanto sus labios se separaron, el marqués sujetó el pomo de la puerta más próxima y la abrió sin llamar. Tan pronto como la madera se cerró tras ella, Briony dudó. No quería engañarlo.

—Seb...

Antes de que pudiera pronunciar su nombre, su boca cayó sobre la de ella. Sus labios exigentes acariciaron los suyos con urgencia, instándola a abrirse para él. Pese al tiempo que había pasado, Briony había rememorado tantas veces su primer beso que recordaba con dolorosa exactitud cada movimiento, cada sensación. Respondió con ardor, enroscando su lengua con la de él y disfrutando del sonido ahogado de Sebastian. Se puso de puntillas para acercarse más y enredó su mano derecha en el cabello dorado del marqués mientras con la otra se sujetaba a su chaqueta con fuerza, tratando de atraerlo todavía más cerca.

Los labios del marqués la abandonaron demasiado pronto. Trató de seguirlo, de reanudar aquel contacto que a punto estaba de robarle la razón, pero él estaba demasiado ocupado dibujando un sendero

de besos por su mejilla, por su cuello y por su escote. Apenas fue consciente del tirón sobre la seda azul antes de sentir su boca sobre su pecho. Cuando él comenzó a acariciar con la lengua la punta dolorida, las sensaciones se volvieron demasiado intensas. Soltó un gemido grave y notó como sus piernas dejaban de sostenerla. Sebastian la sujetó y ella dio un respingo cuando le tocó el hombro herido. Él se apartó un poco, extrañado, pero Briony no estaba lista para dar explicaciones. Ni para dejarlo ir. Lo atrajo de nuevo, acuciada por una necesidad que iba mucho más allá del deseo físico. Con un profundo gemido, él asaltó de nuevo su boca mientras la arrastraba hacia una otomana junto a la chimenea. La tumbó, sin soltarla, sobre el elegante damasco verde, y acomodó a medias su cuerpo sobre el de ella. Sin embargo, pese a la delicadeza con la que la trataba, Briony no pudo ocultar una mueca de dolor cuando le rozó el hombro de nuevo.

—¿Qué ocurre? —murmuró Sebastian, y la sorprendió el sonido entrecortado de su voz.

Negó con la cabeza, tratando de atraerlo, pero él se resistió. Su mirada cristalina la recorrió con preocupación. Su rostro, su cuello. Reparó entonces en el tono más oscuro del vestido sobre su hombro.

—Estás herida —comprendió, y apartó la tela con cuidado para ver el vendaje improvisado.

—Solo es un rasguño. —No estaba dispuesta a permitir que nada empañara aquel instante. Al comprender que él iba a detenerse, hizo lo único que se le ocurrió. Dejando a un lado la timidez, tiró de su camisa y logró meter la mano bajo la tela. Sebastian se estremeció en cuanto notó sus dedos fríos acariciando su vientre y contuvo la respiración cuando bajaron hacia la tela tensa de sus pantalones.

—Estás herida —repitió apretando los dientes cuando ella lo acarició sobre la prenda—. No podemos...

Briony lo silenció con los labios mientras continuaba rozándolo y explorando aquella dureza desconocida. Él hizo un último esfuerzo por contenerse. Sin embargo, cuando notó los dedos de ella forcejeando con los botones, claudicó con un gruñido contenido.

Con renovado fervor, tomó el control de inmediato. Se apoderó de

su boca, y sus lenguas se entrelazaron en una danza ancestral capaz de detener el tiempo y de hacer desaparecer el mundo que los rodeaba. Sus agitadas respiraciones resonaban al unísono en la habitación. Sebastian apoyó el antebrazo izquierdo junto a su cabeza y Briony notó como su mano derecha acariciaba su tobillo y ascendía por su pantorrilla. Apretó su rodilla y dejó un rastro de fuego mientras subía. Y subía. Briony contuvo la respiración cuando él la acarició sobre el algodón de los pololos.

—Dime si algo no te gusta —pidió Sebastian mirándola a los ojos.

Ella negó.

—Me gusta todo.

Él rio mientras sus dedos buscaban la abertura de la prenda.

—No puedes estar segura de eso.

—Sí puedo —le confirmó sin pensar—. Porque eres tú.

Sebastian la miró extrañado y Briony percibió el instante exacto en el que la identificaba. Se quedó paralizado, sus manos temblando sobre el cuerpo de ella.

—Maldita seas —susurró, y la desconcertó descubrir que no había sorpresa en su tono, solo resignación. Y cansancio.

Briony se llevó las manos a los lazos del antifaz y lo desató con un suspiro. Sabía lo que venía a continuación. Él se apartaría. Saldría huyendo de nuevo sin ninguna explicación.

Sus ojos se encontraron. El azul medianoche de ella perdiéndose en los lagos cristalinos de él.

—No deberías estar aquí. —Sebastian parecía hablar más para sí mismo que para ella—. Es la peor decisión que has tomado jamás.

Sin embargo, en lugar de apartarse la besó con una urgencia que la abrumó, aferrándose a ella con tanta fuerza que parecía querer meterse bajo su piel. La mano que había permanecido quieta se introdujo en la tela que cubría la parte más íntima de su cuerpo y acarició los suaves rizos con cuidado. Un gemido ahogado retumbó en su pecho cuando notó la humedad. Briony se estremeció al notar su pulgar rozando el nudo de nervios y dio un respingo cuando trató de penetrarla con uno de sus dedos.

—Tranquila —susurró Sebastian recorriendo con los labios su sien con infinita ternura.

Ella se relajó y cerró los ojos cuando él comenzó a acariciar su interior. Sus movimientos eran lánguidos; la urgencia, contenida por el miedo a lastimarla. La besó en los párpados y apoyó su frente en la de ella.

—Pídeme que pare, Briony —rogó—. Detenme tú porque yo ya no puedo.

Ella le recorrió el mentón con los labios, notando el roce de su incipiente barba.

—No quiero que te detengas —se negó, buscando su boca.

Un suspiro de rendición escapó de los labios masculinos. Antes de besarla, sin embargo, susurró:

—No sabes lo que me estás pidiendo. Que Dios nos ayude a ambos.

Sus manos se afanaron bajo su ropa. Acariciándola y tentándola, haciéndola perder el sentido. Sus labios, sin embargo, no abandonaron los suyos. Era como si Sebastian quisiese cobrarse en un momento todos los besos contenidos a lo largo de los años.

Briony perdió la consciencia del tiempo y el espacio. No había nada a su alrededor, solo las sensaciones que él le provocaba y que fueron volviéndose cada vez más intensas. Sin previo aviso, su cuerpo se tensó, dejó de respirar y, con un grito que se perdió entre sus bocas unidas, estalló en mil pedazos.

Sebastian la acunó sin soltarla mientras recuperaba el aliento. Su pecho subía y bajaba con fuerza y sentía su respiración agitada contra su mejilla. Su contacto, sin embargo, se había suavizado y sus labios vagaron por su rostro. Briony se giró para encararlo y percibió la tensión contenida bajo la superficie. Aunque ella había alcanzado el éxtasis, la incomodidad de él era obvia.

Mirándolo a los ojos, se afanó en desabrochar sus pantalones, pero él le sujetó las manos con rapidez.

—Es suficiente —afirmó, tajante, aunque el modo en que su cuerpo temblaba desmentía sus palabras.

Ella sonrió con lentitud y sus manos volvieron a su tarea.

—Quizá para ti —lo provocó.

Él alzó una ceja y contuvo un gemido cuando ella lo acarició bajo la tela.

—Briony —masculló con la mandíbula apretada—. Tenemos que parar.

Ajena a sus esfuerzos por contenerse, tiró de él para que se situara sobre ella.

—Te he esperado desde que tengo memoria. —Le lamió la comisura mientras sus manos lo volvían loco—. Estás muy equivocado si crees que voy a conformarme con menos de lo que les has dado a las demás.

Sebastian siseó con una caricia especialmente intensa y, rindiéndose a lo inevitable, se acomodó sobre su cuerpo.

—No tienes ni idea —murmuró mientras comenzaba a penetrarla—. Ninguna de ellas...

No pudo continuar cuando ella, con un brusco movimiento, lo introdujo por completo. Briony contuvo un quejido, el dolor mucho más intenso de lo que había imaginado, pero al ver la expresión de placer de Sebastian se relajó. Por tenerlo a él, cualquier incomodidad valía la pena. Introdujo las manos bajo su camisa y le recorrió la espalda con ternura. Sabía que Sebastian la quería y no entendía sus reticencias. Así que había llegado dispuesta a obligarlo a hacer la proposición que, por algún motivo desconocido, él parecía temer. Sin embargo, cuando comenzó a moverse con lentitud mientras sujetaba el rostro de ella entre las manos y la besaba con dulzura, se dio cuenta de que no era eso lo que quería.

—Van a encontrarnos —avisó con urgencia, pero Sebastian no pareció escucharla, ensimismado como estaba en su cuerpo y en las sensaciones que le provocaba.

—Seb...

Briony supo que era demasiado tarde en cuanto escuchó la risa de un hombre justo al otro lado de la puerta.

—Stanbridge —murmuró, convencida de que Sebastian no la escuchaba.

El nombre del conde, sin embargo, pareció arrancar al marqués de su arrobo. Sus caderas la embistieron de nuevo, poco dispuesto a detenerse, pero alzó la mirada y sus ojos se encontraron. En aquellas profundidades del color de un cielo de verano, Briony reconoció mil emociones. Una de ellas, sin embargo, destacaba

sobre todas las demás. El terror más absoluto que ella hubiera visto jamás.

Sebastian se apartó tan rápido que Briony no pudo contener una mueca de dolor.

—Lo siento —susurró él y, sin molestarse en arreglarse la ropa, tiró de ella dispuesto a escabullirse por el balcón.

—No.

Su negativa flotó entre ellos como una explosión.

—Si te descubren aquí estarás arruinada —espetó Sebastian, exasperado.

—No me importa. No quiero nada de esto. ¿No lo entiendes? Solo he venido a Londres para estar contigo.

Él negó.

—No sabes lo que dices. Eres demasiado joven. No has...

—No quiero nada de esto, Sebastian —repitió, mirándolo a los ojos —. Solo te quiero a ti.

Él apretó la mandíbula. Poco a poco, su agarre perdió fuerza.

—Yo nunca he sido una opción, Briony.

Y para cuando la puerta de la estancia se abrió, el marqués de Stratford ya había desaparecido y la joven hermana del duque de Brighton, que ni siquiera había sido presentada en la corte todavía, se encontraba sola, a medio vestir y con evidentes muestras de haber perdido la inocencia mientras su antifaz yacía, inerte, sobre la alfombra de la biblioteca de Coventry Hall.

Capítulo 1

Devon, 1863

—A ver si se largan de una vez —gruñó el hombre de espeso bigote que acababa de sentarse en una mesa cercana a la barra de El Ancla Oxidada—. Estoy harto de sus carruajes y sus preguntas. Esta mañana solo hemos podido descargar la mitad de la mercancía por sus continuas interrupciones.

El tabernero se acercó y le sirvió una pinta antes siquiera de que la hubiera pedido. Era un hombre bajo, de cuerpo compacto y robusto como un tonel.

—A mí tampoco me gusta tenerlos husmeando por aquí —murmuró, y las marcadas arrugas de su frente se acentuaron—. Con sus perfumes y sus brillantes zapatos, acabarán pidiéndonos que limpiemos el barro para que no se les manchen.

Varios hombres que llevaban ya unos minutos en el local se unieron a la conversación. Uno de ellos era tan alto y fornido que la silla que ocupaba apenas contenía su cuerpo. Llevaba el pelo, de un naranja apagado, demasiado largo y lo sujetaba con una cinta de cuero tan gastada que parecía a punto de partirse.

—No lo necesitan —indicó el pelirrojo con desprecio—. Tienen criados que limpian la mierda de sus botas.

—Necesitan sirvientes hasta para usar el orinal —se burló el tipo de bigote—. Ellos solos no son capaces de atinar con el agujero.

La chanza provocó un coro de carcajadas que resonaron en la sombría taberna.

—Seguro que por eso huyó la dama a la que buscan —continuó otro de los hombres, que lucía una horrible cicatriz en el pómulo—. Porque no atinaban con el lugar correcto.

Las risas se volvieron todavía más fuertes y alguien golpeó una jarra contra una mesa, pero nadie le prestó atención.

—He oído que era una casquivana —añadió el marinero del cabello rojo y, al reírse, mostró una dentadura casi podrida—. Conocería a algún criado que sabía lo que hacía y mandaría al diablo a esos esnobs estirados, más pendientes de la longitud de sus patillas que de satisfacer a sus muj...

El estruendo del tipo que había estado hablando, al caer inconsciente de la silla y derribar una mesa cercana, detuvo las bromas. Atónitos, los presentes miraron al individuo que acababa de noquear al gigante de un solo puñetazo. Nadie se había fijado en él hasta ese momento y ni siquiera el propio tabernero sabría decir de dónde había salido. En realidad, no había nada en él que llamara la atención. Ni su cabello rubio enmarañado, ni la espesa barba, ni sus ojos azules sin brillo enmarcados por oscuras ojeras. Un condenado más en aquel pozo de almas cuyos sueños —de haber existido— se habían perdido mucho tiempo atrás. Los miró con un odio tan profundo que el mesonero, el único que se encontraba de pie, retrocedió.

—Esa dama tiene más dignidad en su dedo meñique que todas vuestras malditas familias juntas —escupió, y su mirada se clavó en el hombre de la cicatriz, que trató de mantenerse firme aun cuando sus manos temblaban—. Si cualquiera de vosotros se atreve a sugerir siquiera lo contrario, haré que se arrepienta de haber nacido.

—Lo siento, señor —intercedió el tabernero, quizá temiendo las consecuencias que el enfrentamiento tendría para su local—. No somos más que unos patanes tan ignorantes que ni siquiera distinguimos a un caballero de un campesino.

El hombre no lo miró, sus ojos fijos todavía en el tipo de la marca, como si se resistiera a alejarse dejándolo de una sola pieza.

Desde uno de los laterales de aquel tugurio, escondido entre las sombras, un individuo con una mano llena de cicatrices observaba inquieto el espectáculo mientras buscaba una vía de escape para abandonar aquel lugar sin ser visto. Llevaba varios días casi sin dormir, maldiciéndose y dando gracias al mismo tiempo a quien quiera que hubiera lanzado a la chica al agua. Le había salvado el cuello.

Joder. La hermana de un puto duque. Había tenido incluso al

infame Lonsdale, el dueño del club de juego más importante del país y cuya influencia se extendía a todos los sectores de la sociedad, metiendo las narices por allí. Si las cosas se hubieran puesto feas, los Falcones lo habrían abandonado a su suerte. No era tan ingenuo como para pensar que la banda de criminales a la que pertenecía arriesgaría su clandestinidad por proteger a un lisiado como él. Pese a sus tratos con algunos nombres ilustres de la alta sociedad, lo último que necesitaban era que la atención de los hombres más influyentes del reino recayera sobre ellos. Y menos por alguien que ya apenas les servía en sus propósitos. Lo abandonarían sin pensarlo y él acabaría colgado de una soga. Y todavía no quería morir. ¡Maldición! Nada de aquello valía la pena. Ni siquiera le había dado tiempo a echarle un polvo a aquella zorra. El envenenado mordisco en la mano derecha y el certero rodillazo que ella le había propinado en la entrepierna lo habían dejado tan aturdido que a punto había estado de perder el conocimiento. La ira se había apoderado de él en cuanto había recuperado el aliento y había actuado sin prestar atención. Si no hubiese estado tan cegado, tal vez hubiera descubierto en ella algo que le indicara su posición. Podría haber ganado muchísimo dinero a cambio de devolverla sana y salva. En lugar de ello, había estado a punto de firmar su sentencia de muerte.

Se levantó con sigilo en cuanto la atención de los presentes recayó sobre el tipo pelirrojo que comenzaba a despertarse. Sin apartarse de las sombras, alcanzó la puerta.

El destino le había dado una segunda oportunidad. Debía alejarse de aquel lugar lo antes posible. Algo le decía que el tipo rubio que había derribado al gigante no pararía hasta encontrarlo.

En cuanto alcanzó la calle, un rayo de sol lo cegó. Se detuvo un segundo antes de emprender la huida, lo suficiente para que su vista se recobrara y para escuchar las noticias que un muchacho del pueblo gritó al entrar en la taberna.

—¡Ha aparecido! ¡Han encontrado el cuerpo de la dama en St. Margaret's Bay!

Capítulo 2

Hampshire, 1863

Los seis orlov blancos ralentizaron el paso hasta detenerse por completo ante la verja del cementerio de Petersfield. Ni el más leve jadeo de los equinos interrumpió el profundo silencio que envolvía al cortejo fúnebre, como si incluso los caballos fueran conscientes de la tragedia que la familia Buxton estaba viviendo. El duque de Brighton se aproximó al coche negro adornado con elegantes cenefas de plata y custodiado por cuatro ángeles que, desde las esquinas del habitáculo, portaban largas plumas de avestruz. Las cortinas habían sido retiradas de las cristaleras y los tímidos rayos de sol arrancaban tenues destellos del terciopelo negro que cubría el ataúd. Solo un hermoso ramo de lirios blancos rompía el luto del vehículo.

Los lacayos vestidos con capas oscuras se acercaron y el crujido del féretro al ser arrastrado para que lo cargaran sobre el hombro sonó como un doloroso alarido que rompió el silencio. Varios de los presentes se estremecieron y del velo que ocultaba el rostro de la duquesa viuda salió algo muy parecido a un sollozo.

Al fondo del cortejo, entre los arrendatarios del ducado y los curiosos, el marqués de Stratford caminaba, junto a su primo, con los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida. Cuando los asistentes se movieron para rodear la cripta en la que, en breves instantes, lady Briony Buxton descansaría para siempre, el antaño mejor amigo del duque de Brighton se encontró solo, demasiado cerca de la familia, en el lugar que debería haber ocupado de no haber sido el responsable de aquella tragedia. Porque si ella estaba muerta era porque él la había conducido hasta allí.

Sin levantar la vista de sus brillantes zapatos de piel, identificó cada sonido con inquietante claridad. Percibió el momento exacto en el que el féretro era depositado sobre el catafalco y los sirvientes se

retiraban. Notó el modo en que los que lo rodeaban contenían el aliento cuando las pesadas puertas se cerraron. Lo captó todo, pero no sintió nada. Tras varias semanas entumecido, tratando de acallar con alcohol las intensas emociones que lo ahogaban, estaba vacío. Así, mientras la persona a la que más había amado en su vida desaparecía en la fría oscuridad del mausoleo, él permaneció impertérrito; y cuando el sacerdote dio por finalizado el oficio, se alejó sin mirar atrás.

No prestó atención a las llamadas de su primo, que, en los últimos tiempos, parecía haberse erigido como su niñera, ni a las miradas de reprobación que su apresurada marcha despertaba. Caminó deprisa, sin preocuparse por los charcos de barro que pisaba ni por el frío de aquella tarde de otoño, rumbo a Sinclair Manor. Su fastuosa casa familiar no tardó en aparecer ante él, pero no se detuvo. Bordeó los jardines y se dirigió a las caballerizas. Ni una palabra escapó de sus labios cuando el mozo al que había encargado el cuidado de su purasangre le cedió las riendas. Solo cuando montó y azuzó al caballo, el hielo que lo había insensibilizado comenzó a resquebrajarse. Mientras el aire frío le cortaba las mejillas y sorteaba las ramas y obstáculos de los caminos, la sangre pareció correr de nuevo por sus venas. Y con ella la angustia. El dolor. La impotencia.

Los recuerdos lo acosaron de nuevo, tal y como habían hecho durante las últimas semanas. Revivió con lacerante nitidez el momento en el que se había enterado de la desaparición de Briony. La interminable búsqueda por cada recoveco de Dover. Los rumores malintencionados mancillando al ser más puro que había existido jamás. Las palabras de Stanbridge asegurando que había visto cómo la apuñalaban y lanzaban su cuerpo al mar. Afirmando que estaba muerta.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal cuando recordó el modo en que se había enterado de que Brighton había encontrado el cadáver de su hermana en la playa. Mientras él se peleaba en una taberna de mala muerte, alguien lo gritó con la indiferencia de quien habla del tiempo. Ni siquiera había podido consolar a su amigo. Después de que le confesara que, años atrás, había seducido a Briony, el duque no quería ni verlo. Y eso que no sabía que también

era el responsable de que aquella noche hubiera huido y vagado sola por los muelles de Dover.

Desde lo más profundo de su mente, los ojos de Briony, del color del cobalto con aquel extraño matiz púrpura que le confería una apariencia casi mística, lo miraron con tal congoja que sintió como la piel se le erizaba, el aire abandonaba sus pulmones y una losa aplastaba lo que le quedaba de corazón. Era la mirada que ella le había dedicado la última vez que la había abandonado, después de que intentara seducirla de nuevo tras la sencilla celebración con la que el duque de Brighton había festejado su matrimonio con Kate Hamilton, otrora condesa de Ashford.

Inclinándose sobre el caballo, lo espoleó mientras revivía aquella tarde, no mucho tiempo atrás. Todo había sido culpa suya. Había pasado demasiado tiempo en Hampshire y sabía de antemano que eso constituía un error. Llevaba años procurando que sus visitas fueran frecuentes pero breves. Lo bastante habituales como para mantener la complicidad con el duque, sin que ello implicase permanecer demasiado tiempo cerca de su hermana. Porque si algo había aceptado ya era que si Briony estaba a menos de cincuenta millas él acudiría junto a ella. Y daba igual cuantas veces se repitiera que no debía hacerlo ni que tuviera presente el motivo por el que no debían estar juntos. No importaba que se recordara que ella lo odiaba más que a nadie. Era su canto de sirena particular. Inventaba manidas excusas —cuando se molestaba en justificarse— para visitar la casa de los Buxton con más frecuencia que la propia y lo hacía con los sentidos alerta, tratando de captar el menor indicio de que estaba cerca. Jamás la mencionaba, pero absorbía cualquier información que alguien diera sobre ella. Y cuando su frustración se hacía insoportable, la provocaba para que perdiera los nervios con él. Porque sus insultos, por hirientes que fueran, era todo lo que podía tener de ella. Y entonces se iba. Ligero de equipaje, de la noche a la mañana, partía rumbo a Londres con la esperanza de exorcizarse, de deshacerse de aquella inquietud, de aquella impotencia y de aquel anhelo constante. Cada una de sus estancias en Hampshire eran seguidas por semanas de total desenfreno en Londres. Acudía a cuantos eventos se celebrasen, fueran de la

naturaleza que fueran. Se peleaba a la menor provocación. Y se acostaba con mujeres que no le importaban. Pese a que sus esfuerzos siempre resultaban inútiles, aquellos días le proporcionaban la falsa sensación de que podía controlar su vida y, para cuando regresaba, lo hacía con el total convencimiento de que esa vez sería distinto.

Una rama en el camino lo golpeó en la cara, pero no se inmutó. Estaba tan insensibilizado que era incapaz de sentir dolor físico. ¿Cómo iba a hacerlo cuando todas sus energías se concentraban en luchar contra aquella tortura interna que trataba de arrancarle el alma?

Perdió la noción del tiempo. El vacilante sol de aquella tarde de otoño se ocultó tras las nubes oscuras. En la negrura, a sus ojos les costaba cada vez más distinguir los obstáculos en el camino. Sin embargo, no redujo la velocidad. Continuó galopando tan rápido como pudo, un inconsciente en mitad de la nada. Y recordó todas aquellas noches junto a ella, deseándola tanto que le dolía, pero conformándose con escuchar el sonido de su voz. Rememoró, como si no hubiese pasado ni un minuto, cada caricia robada, cada beso furtivo. La velada en la mansión de Stanbridge volvió a su mente con total nitidez. No le sorprendió; había revivido ese momento cada día durante los últimos cinco años. Nada igualaría nunca lo que había sentido al tenerla entre sus brazos. La había abandonado entonces creyendo protegerla y, en su inocente estupidez, convencido de que aquello sería suficiente. Que el recuerdo de un instante le bastaría para siempre.

Apretó los puños con tanta fuerza que casi perdió la sensibilidad. Había pensado que lo que había sentido al abandonarla había sido el dolor más grande que experimentaría jamás. Un acceso de risa repentino brotó de su pecho al darse cuenta de cuán equivocado había estado. Se rio sin control, el sonido de sus carcajadas mezclándose con el ulular del viento y de las criaturas nocturnas. Tal vez, al final, se había vuelto loco.

Su caballo trastabilló y aquel ligero vaivén pareció devolverle un poco la cordura. El animal no tenía la culpa de que su amo fuese un miserable que hacía daño a cuantos se cruzaban en su camino. Se

desvió hacia el oeste y se detuvo en la primera posada que encontró. Dejó al purasangre en los establos y se dirigió al interior. No reservó una habitación. No la necesitaba. Pidió una botella de whisky y se sentó al fondo del comedor.

—Vaya, cuando tu hígado ya había comenzado a aplaudir, llegan los bises.

No se molestó en levantar la vista ante aquel comentario sarcástico ni mostró la menor sorpresa por el hecho de que su primo lo hubiese encontrado incluso en aquel lugar. En los últimos días, lo veía más que a su propia sombra.

—El caballo necesitaba descansar.

Alex se dejó caer a su lado y apartó la botella.

—Ya veo —murmuró con escepticismo, y a Sebastian le molestó descubrir que incluso él lo creía tan vil como para espolear al pobre animal hasta la muerte—. Pediré un par de habitaciones —indicó su primo, ajeno a sus pensamientos.

—No pasaré aquí la noche —lo corrigió, estirándose para tomar la botella de nuevo.

El otro hombre lo miró con disgusto.

—No puedes pretender seguir cabalgando. —La incredulidad en su tono lo hubiera divertido en otro tiempo—. Ya ha oscurecido y apenas hay luna. Con suerte te estrellarás contra un árbol, si antes no acabas en el fondo de un barranco.

No se molestó en responderle. No tenía energía suficiente para discutir con él. Se sirvió un nuevo trago y lo vació casi sin pestañear.

—¿Qué pretendes conseguir con todo esto, Stratford?

Por primera vez en su vida, percibió cierta preocupación en la voz de Alex y se preguntó si el infierno estaría a punto de congelarse. Conocía a su primo desde los siete años, cuando su abuelo materno había llegado a casa con aquel niño escuchimizado cuyo parentesco con su familia se hacía evidente en sus ojos del color del acero, y jamás había visto en él otra emoción que la más absoluta apatía.

Sin responder a su pregunta, se levantó y se encaminó hacia la salida. A su espalda escuchó una sarta de maldiciones que casi lo hicieron sonreír. Cualquier hombre con un repertorio de blasfemias tan variado merecería su más profunda admiración.

El patio de la posada estaba en penumbras, iluminado solo por el tenue brillo de la luna y por un par de faroles de aceite desportillados. Se paró un instante, esperando a que sus ojos se adaptaran a la penumbra, y se dirigió a los establos. El mozo encargado de las cuadras lo identificó de inmediato y se apresuró a llevarle su caballo. Antes de que Alex hubiese logrado alcanzarlo, pasó a su lado como una exhalación y se perdió en la oscuridad.

***

Un dolor punzante atravesó a Sebastian en cuanto se despertó. Antes, incluso, de que tratara de abrir los ojos, sintió como si millones de agujas pincharan sus párpados y algún diminuto ser maligno aporreara sus sienes con un martillo. Con un titánico esfuerzo, trató de enfocar la mirada en algún punto del cuarto en penumbra mientras intentaba controlar un repentino acceso de náuseas. No recordaba cómo había llegado a casa ni, desde luego, cómo había logrado meterse en la cama. Los últimos retazos de su consciencia se perdían en alguna parte entre Mayfair y Clerkenwell, seguramente en alguna de las múltiples tabernas que había visitado.

Reuniendo la poca energía que le quedaba, se levantó de la cama y se tambaleó hasta la cómoda. Abrió el primer cajón, donde días atrás había guardado varias botellas que había subido de la bodega, pero no encontró nada. Se apretó las sienes tratando, al mismo tiempo, de contener el palpitante dolor y de recordar si había trasladado el licor a otra parte. Probó con otro cajón. Y otro. No encontró nada.

Con un suspiro de resignación, se dirigió a la puerta. Estaba seguro de que había dejado varias botellas en su cuarto, pero su memoria tendía a fallar con exasperante frecuencia desde hacía semanas. Solo los recuerdos más dolorosos, aquellos que traían a Briony de vuelta, parecían conservarse a la perfección, un eco constante que resonaba en su embotado cerebro.

—No hay alcohol en toda la casa.

Notó cierta vacilación en la voz grave de Everard. El hecho de que incluso el imperturbable mayordomo que había soportado con

estoicismo el terrible carácter de su padre pareciera temerlo lo sacudió con fuerza. Se pasó una mano por la cara, un intento estéril de recuperar cierta lucidez. El golpeteo continuo en su cabeza no cesaba, sus músculos estaban acalambrados y se sentía tan enfermo que preocuparse por otros le resultaba una tarea demasiado engorrosa. Esquivó al sirviente de pelo gris y gesto adusto y, a trompicones, comenzó a bajar las escaleras. Sabía lo que significaban las palabras de Everard. Alex había pasado por allí y habría registrado la casa de forma tan minuciosa que sería una pérdida de tiempo molestarse en buscar ningún licor. No era la primera vez que su primo se tomaba semejante libertad, aunque en las anteriores ocasiones solía ser él en persona quien lo esperaba al otro lado de la puerta. Su reciente matrimonio, al parecer, lo mantenía ocupado. En otro tiempo se habría molestado en preocuparse por si lady Penelope, la flamante novia, era feliz con aquel ser mentiroso, manipulador y mezquino que era su primo. Sin embargo, dadas las circunstancias, Penny bien podía apañárselas sola.

Entró en la biblioteca y cerró la puerta tras de sí. Alguien había encendido la chimenea, lo que dejaba claro lo predecible que era su comportamiento en los últimos tiempos. Bebía cada noche hasta quedarse casi inconsciente. Despertaba en su cama cuando la anestesia etílica dejaba de contener a sus fantasmas. Bajaba a la biblioteca y veía pasar las horas mientras se regodeaba en los recuerdos más dolorosos. Y, cuando estos comenzaban a volverse insoportables, se emborrachaba de nuevo.

Se dejó caer en una butaca con orejas, su mirada perdida en el chisporroteo de las llamas. Ni siquiera le gustaba el sabor del alcohol. Le desagradaba sobremanera el regusto amargo que dejaba en su boca, la quemazón en el estómago. Si las cosas hubieran sido de otro modo, estaba seguro de que jamás lo habría probado. Pero el destino lo había transformado en el ser despreciable y patético que era y el licor se había convertido en su opio particular. Y ahora, privado de él, no le quedaba más remedio que mirar a la realidad a la cara.

Hacía más de un mes que habían enterrado a Briony. El sonido de

las puertas del mausoleo al cerrarse resonó en su cerebro y se estremeció como no lo había hecho entonces. Aquella agonía que le contraía las entrañas apretó su agarre y le robó el aliento. Dejó caer la cabeza entre las manos y notó el líquido caliente que se deslizaba por sus mejillas. Las lágrimas no lo pillaron por sorpresa. Cada puñetero día, varias veces, lloraba como un niño.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que logró calmarse. Unos minutos, quizá. Tal vez una hora. Se limpió las mejillas con las manos y se acomodó en la butaca. Y fue entonces, en aquella biblioteca que olía a polvo y a alcohol, con los ojos enrojecidos por el llanto y una espesa barba que no se había afeitado en semanas cubriéndole el rostro, cuando la vio por primera vez. Sus ojos azules. El cabello azabache. Aquel rostro y aquella figura que conocía de memoria. Y comprendió que aquella habitación llena de libros que hacía lustros que nadie leía era lo más cerca del cielo que podría estar jamás.

Capítulo 3

París, 1864

Brigitte Dubois observó, fascinada, el majestuoso palacio que se erigía ante ella. A través de la ventana del carruaje, que esperaba su turno en la larga cola que se había formado ante la puerta de la mansión imperial, el brillo de los cientos de lámparas que iluminaban el lugar le confería una apariencia casi mágica, como si del castillo de un cuento de hadas se tratase.

Con una inspiración profunda, se apoyó en el respaldo del asiento de piel y cerró los ojos. No estaba preparada para aquello. Era demasiado pronto. En las últimas semanas, había discutido cientos de veces con su protectora sobre lo precipitada que era aquella aparición y cientos de veces se había topado con la misma respuesta: nadie en su sano juicio rechazaría una invitación personal de la emperatriz Eugenia.

Su mente regresó a la conversación que habían tenido días antes en el local de madame Lefevre mientras la modista realizaba los últimos ajustes al hermoso vestido celeste que lucía esa noche.

—Es un error —había susurrado ella contemplando su reflejo en el espejo de cuerpo entero que tenía delante.

La mujer que la había acogido, sentada en un sillón cercano, se llevó un pañuelo de encaje a los labios y tosió con fuerza. Brigitte se estremeció al oírla. Aquellos ataques eran cada vez más frecuentes y el color rojizo no tardó en aparecer en la tela. El final estaba cerca y ambas lo sabían. Su protectora había sonreído, tratando de tranquilizarla.

—Brigitte Dubois ya no solo es una mujer, querida —había murmurado con voz rasposa—. Es un personaje público. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que alguien la vio sobre un escenario y la emperatriz desea ser la artífice de su reaparición. No

puedes privarla de ese placer. No si deseamos que esté de nuestra parte.

Brigitte había reflexionado sobre aquello. En los últimos años, el tamaño de su nombre había ido creciendo en los carteles que anunciaban las funciones en algunos de los teatros más importantes de Francia, hasta convertirse casi en el elemento principal de estos, y, pese a su misteriosa inactividad de las últimas semanas, su fama no dejaba de crecer. Los rumores sobre el motivo que la mantenía alejada de la escena solo habían contribuido a aumentar su popularidad, y la invitación personal de la emperatriz Eugenia a uno de sus bailes en el Palacio de Tullerías había sido el colofón a aquella notoriedad creciente. Desairarla supondría, en efecto, una insensatez. En el reflejo del espejo, sus ojos violáceos se habían topado con los de su protectora, casi idénticos, y un escalofrío la había recorrido. Aquella mujer la había acogido y había depositado en ella todas sus esperanzas. Y ella ni siquiera le había dicho su verdadero nombre.

El carruaje se detuvo y el lacayo no tardó en abrir la puerta. Las exclamaciones de sorpresa y las conversaciones mezcladas con la música inundaron el habitáculo. Brigitte se levantó con cuidado y alisó el raso celeste del espectacular vestido que madame Lefevre había confeccionado para aquella noche tan especial. Ahí, ante decenas de personalidades y nobles, comenzaba la función de su vida.

Se apeó con la cabeza alta, tal y como había ensayado cientos de veces. Junto a su protectora, había trabajado todos y cada uno de sus gestos. Su postura, su expresión, el tono de su voz. Nada en su comportamiento había sido dejado al azar. Dibujó una sutil sonrisa cuando sintió las curiosas miradas que caían sobre ella al reunirse con los demás invitados en el salón y respondió a todos cuantos se le acercaron con la distante cortesía que siempre la había caracterizado. Incluso el pequeño error que cometió al ejecutar la reverencia con la que saludó a la emperatriz había sido calculado a la perfección. Sin embargo, cuando se enderezó y observó de cerca a aquella poderosa mujer, tuvo que hacer un esfuerzo por disimular su admiración. No era más hermosa que otras damas presentes, ni

más imponente, pero poseía un aura casi magnética y una elegancia intrínseca que había sido acentuada con el vestido más espectacular que Brigitte hubiese visto nunca. La seda dorada en la que había sido confeccionado brillaba bajo la luz de las decenas de lámparas que iluminaban el salón, y el ornamentado escote en uve dejaba los hombros al aire. La falda lisa y sin dibujos había sido rematada con tres filas de pequeños volantes entre los que se habían dispersado pequeñas rosas del mismo color. Tal y como dictaba la moda, la crinolina se había aplanado por delante, pero el polisón trasero del vestido de la emperatriz se abría con mayor amplitud que los demás. Una cola rematada con volantes idénticos a los de la falda se arrastraba tras ella.

—Mademoiselle Dubois —saludó la monarca, y sus ojos se entrecerraron de un modo casi imperceptible—, tiene muy buen aspecto. Me atrevería a aventurar, incluso, que parece más joven que la última vez que nos vimos, tras su magnífica representación en el Principal.

Brigitte sonrió, pero el gesto no se reflejó en sus ojos. Notaba el cuerpo tenso, impaciente, sabedor de que aquel no era su lugar y que aquella noche tendría que esquivar una trampa tras otra. Su fachada, sin embargo, se mantuvo imperturbable.

—Su Majestad es muy amable. —Imprimió a su voz una seguridad que no sentía en absoluto—. La luz de esta magnífica velada seguramente me favorece hoy. No obstante, es bien sabido que un tiempo de descanso puede obrar milagros no solo en el cuerpo, sino incluso en el espíritu.

La emperatriz asintió, aunque su mirada especulativa se mantuvo sobre ella. Por fortuna, eran muchos los invitados que debían saludarla y Brigitte aprovechó la llegada de la esposa del embajador de Viena para perderse entre los invitados.

—¡Qué sorpresa verla por aquí! —exclamó una desconocida voz a su espalda. Inspiró hondo y, dibujando en su rostro la expresión cordial y distante que había ensayado cientos de veces, se giró. No reconoció al hombre que tenía ante ella. Ni su cabello moreno moteado en las sienes por espesos mechones blancos ni su nariz aguileña le resultaban familiares.

—¿Cómo rechazar una invitación como esta? —replicó sin alterar un ápice su semblante y obviando, de forma deliberada, dirigirse directamente a su interlocutor. Se devanó los sesos repasando en su cabeza todos y cada uno de los retratos que había estudiando junto a su protectora. Las descripciones y los nombres pasaron por su cerebro sin éxito y, por un momento, pensó que todo se vendría abajo. Pero entonces, aquel caballero que la observaba con una fascinación que la hacía sentir incómoda sonrió, y el brillo de dos dientes de oro iluminó sus recuerdos. Frederick Courbet. El dueño del Théâtre du Vaudeville en el que, un par de años atrás, Brigitte había representado *La dama de las camelias*.

—Espero verla de nuevo pronto. —La réproba mirada de aquel hombre no se apartaba de ella, recorriéndola con una lascivia que no se molestaba en disimular—. En un entorno menos... formal.

Las connotaciones de aquel comentario que trataba de semejar inofensivo la ofendieron, pero se abstuvo de mostrarlo. Las actrices a menudo recibían aquel tipo de atenciones y, si pretendía seguir adelante, más le valía acostumbrarse pronto. Le dedicó una leve sonrisa.

—Sabe que siempre estoy encantada de que me mire, monsieur Courbet —afirmó y, clavando sus ojos en los de él, añadió—: Sobre las tablas de un escenario.

Su interlocutor rio con suficiencia, como si aquella advertencia velada no fuera más que el arañazo estéril de un gatito. Dio un paso hacia ella, acortando demasiado la distancia que los separaba, pero Brigitte no se movió. También estaba preparada para aquello. Las insinuaciones y las conductas intimidatorias habían ocupado un lugar destacado en el plan de estudios de su protectora. Y lo primero que le había enseñado era que jamás debía retroceder.

—Me preocupé mucho cuando no la vi en el Principal —murmuró demasiado cerca—. Nadie dota a la rebelde Antígona de la pasión que transmite usted.

—Me halaga —respondió fingiendo un rubor que no sentía—, pero Adéle es una magnífica sustituta. Estoy segura de que el público ni me recordará cuando regrese.

Se percató entonces de que la atención de Courbet ya no estaba

sobre ella, sino en el otro extremo del salón.

—Solo competente, querida —afirmó distraído—. Nadie iguala su talento, y espero que algún día se arrepienta por haber preferido continuar con ese engreído de Valois a aceptar mi propuesta para incorporarse al Vaudeville. Aun así, cuando se dé cuenta de que su teatrucho le queda pequeño, recuerde que el mío tiene las puertas abiertas para usted.

Con un gesto de despedida se alejó, y Brigitte vio cómo se dirigía hacia un grupo de caballeros cuya riqueza se olía en la distancia. Tal vez el Principal, el teatro que Étiene Valois había comprado meses atrás para su compañía, no tuviera el prestigio del Vaudeville, pero era evidente que Courbet necesitaba nuevas donaciones con urgencia. Por lo que ella sabía, llevaba meses sin estrenar nada nuevo y las últimas funciones no habían completado ni el setenta por ciento del aforo.

Se acercó a una de las mesas situadas en los laterales de la estancia. Sobre bandejas de plata decoradas con filigranas, se exhibían una serie de exquisiteces que le hicieron la boca agua. Confituras de frutas y pralinés de almendras. Delicadas copas de *crème brûlée* y aquella nueva delicia que había descubierto en una pastelería cercana al Grand Hôtel du Louvre y que, pese a la desaprobación de su protectora, se había convertido en su perdición particular: el *petite duchesse*. Tras unos segundos de vacilación, tomó entre los dedos uno de aquellos bollos cubiertos de brillante chocolate. En cuanto le dio un mordisco todo desapareció a su alrededor. El palacio, los invitados y la música se convirtieron en un murmullo lejano. De pronto, solo existía aquel sabor dulce en sus papilas gustativas y el recuerdo de todos aquellos postres que había probado a escondidas. Las voces familiares resonaron en su mente, como si aquellos a los que había tenido que dejar atrás se hallaran a su lado. Tuvo que recurrir a todas las horas de práctica de los últimos meses para no desmoronarse y hacer uso de toda su fuerza de voluntad para apartar de su mente al hombre por el que había renunciado a su lugar en el mundo en el pasado y por el que, como había descubierto la última vez que habían estado a solas, seguía dispuesta a sacrificarlo todo.

Llenó sus pulmones de oxígeno y aguantó la respiración unos instantes. La inquietud que amenazaba con hacerla perder la compostura se disipó poco a poco y, para cuando un general de llamativa chaqueta escarlata le dirigió la palabra, Brigitte Dubois había ocupado de nuevo su lugar. O eso pensaba.

—Pese a su profesión, no la había creído tan desvergonzada como para estar aquí esta noche.

El hombre se dirigió a ella en inglés, a pesar de que muy pocos conocían su procedencia. La biografía de Brigitte era difusa e intencionalmente ambigua. Nadie sabía con exactitud dónde había nacido y había logrado convertir su pronunciación en algo único e inubicable.

—Viniendo de alguien con ese uniforme —respondió en un francés tan correcto que cualquiera diría que procedía del mismísimo centro de París—, he de considerarlo un halago.

La expresión de desprecio de su interlocutor se acentuó de tal manera que Brigitte tuvo que contener una sonrisa. Si las insinuaciones sexuales de Courbet la habían hecho sentirse incómoda, el desdén paternalista de aquel imbécil no le resultaba ajeno. Llevaba años enfrentándose a aquel tipo de comentarios. Antes, incluso, de pisar París por primera vez y, desde luego, mucho antes de conocer a su protectora.

—Es usted la vergüenza de su familia.

Aquella afirmación acertó de un modo que el general no podría ni imaginar y la diversión de Brigitte se disolvió como un terrón de azúcar en el té caliente. Apretó los labios, incapaz de responderle.

—Que un hombre de honor como su padre haya engendrado a una titiritera es algo que escapa a cualquier lógica. —No se molestó en ocultar la repulsión que ella le provocaba—. Pero que se encuentre aquí cuando no ha pasado ni un mes desde que lo enterramos supone el colmo de la perversidad.

El tono de voz de aquel hombre mientras la acusaba había ido en aumento y, para cuando terminó, sus palabras resonaban por encima de las conversaciones cercanas. Con nerviosismo, Brigitte inspeccionó su alrededor. Varias miradas se cernían sobre ellos. Curiosas, expectantes, deseosas de atrapar cualquier información

jugosa. Inspiró profundamente y trató de mantener el aire dentro de sus pulmones mientras contaba hasta diez. En esa ocasión, sin embargo, no surtió el menor efecto. Notando el modo en que sus piernas comenzaban a temblar, dio un paso atrás, pero una mano enguantada la sujetó por el codo.

—Semejante afirmación, general, no deja de ser curiosa en alguien como usted. —Escuchar aquella voz burlona alivió a Brigitte más de lo que podría reconocer jamás—. Supongo que fue su humanidad lo que lo llevó a aceptar las condecoraciones tras la guerra de Crimea, aún sabiendo que su nombre está detrás de las cientos de bajas inglesas de la batalla de Balaclava.

La mención de aquella catástrofe en la que la inepta gestión de los cuerpos de mando había mandado a los soldados ingleses a una muerte segura contra contingentes rusos mucho más numerosos y preparados hizo enrojecer al otro hombre.

—¡Qué sabrá usted, señor! —exclamó con desprecio, y Brigitte percibió el instante exacto en el que el soberbio capitán reconocía al recién llegado. El color rojo de su rostro se intensificó hasta tal punto que nadie se hubiera sorprendido si hubiese estallado en llamas allí mismo. Murmurando una ininteligible disculpa, se alejó a paso ligero.

A su alrededor, los cuchicheos y las miradas de reojo no se apartaban de ellos. Si el regreso de Brigitte tras su misteriosa desaparición se había convertido en un reto para una sociedad aburrida y deseosa de poner a prueba sus dotes detectivescas con alguna de las numerosas hipótesis que circulaban, su relación con aquel caballero era ya el tema central de cualquier conversación en la que se mencionara su nombre.

—Me alegro de verte, Nick —susurró con un pestañeo provocativo y tomándolo del brazo.

Él rio entre dientes y comenzó a caminar por el salón con la tranquilidad propia de quien siempre ha pertenecido a ese mundo.

—Te dije que era una locura. —El tono cortante de su voz desmentía su sonrisa despreocupada—. Sabes igual que yo que es imposible que semejante despropósito funcione.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados y, para deleite de aquellos

que los observaban sin disimulo, se pegó a su costado y acarició la parte superior de su pecho con las uñas. Nick se puso rígido, aunque trató de disimularlo con un carraspeo.

—Si cualquier otra mujer se me insinuara de este modo —advirtió con voz grave—, acabaría de espaldas antes del siguiente baile.

Sus miradas se encontraron y, por primera vez aquella noche, Brigitte se olvidó del papel que representaba y le sonrió con auténtico cariño. Jamás hubiera imaginado que aquel hombre del que nada sabía se acabaría convirtiendo en su ángel de la guarda. Que aquel despreocupado calavera se hubiera negado en rotundo a abandonarla había constituido la mayor de las sorpresas. Incluso para él mismo. Su obstinación había obligado a su protectora a filtrar el rumor de que eran amantes, justificando así las frecuentes visitas que él hacía a su residencia. Con un cariñoso apretón, se apartó de él.

—Funcionará —le aseguró mientras se dirigía a un pequeño grupo que la miraba con simpatía—. Disfrute de la velada, milord.

Y con los ojos de él fijos en su espalda, caminó con decisión hacia el hombre de pelo castaño que sobresalía sobre los demás. Étiene Valois. Si el director de su propia compañía no descubría el engaño, nadie lo haría.

***

—Sabes que no puedo reaccionar de forma adecuada si no sé a lo que me enfrento, ¿verdad?

Brigitte se sacó la peluca mientras se acercaba a la mujer que permanecía postrada en la cama de palisandro tintado de dorado y patas talladas. El cabecero, tapizado con damasco rosa pálido, parecía inmenso en comparación con su pequeña figura. Se sentó a su lado y se le encogió el corazón al percibir las venas azules bajo la piel cada vez más pálida de su rostro y sus labios agrietados. Incluso su cabello, del color del fuego, parecía haber perdido la viveza.

—Deberías haberme contado lo de tu padre —murmuró con tono más suave.

La otra mujer suspiró y sus ojos de un azul tan profundo como el

cielo de una noche de invierno la observaron con intensidad. Brigitte percibió un brillo desconocido en ellos, una mezcla de dolor, miedo y una emoción mucho más oscura e inquietante. Esperó, en silencio, mientras su protectora parecía librar una batalla interna. Y, para cuando habló, Brigitte supo que aquella historia era mucho más desgarradora para ella que cualquier enfermedad.

***

Sophie Hastings observó a su pupila con la calma que solo el aliento de la muerte proporciona. Sabía que no le quedaba mucho. Unas horas. Un par de días, quizá. Cada inspiración le resultaba cada vez más difícil y sabía que sus órganos habían comenzado a fallar. El punzante dolor que le provocaba el menor movimiento la había convertido casi en una estatua. Tosía sangre y el resuello de su trabajosa respiración resonaba en el cuarto como un tambor milenario que anuncia la inminente llegada del enemigo.

Le dedicó una leve sonrisa a aquella muchacha que había aparecido de la nada. La primera vez que la había visto había creído que era una visión, una fantasía creada por un cerebro conmocionado por la noticia de su estado terminal. Era imposible que existiera alguien tan semejante a ella. Tenían casi la misma estatura y unos rasgos tan parecidos que, de no haber sido por el color de su cabello y el pequeño lunar que aquella mujer tenía junto a la boca, casi podría haberla confundido con su propio reflejo. Se habían cruzado a las puertas del Grand Hôtel du Louvre y aquella muchacha no le había dedicado ni una sola mirada cuando salía, apresurada, en busca de un trabajo como institutriz que jamás encontraría. ¿Qué familia en su sano juicio contrataría a una joven con un rostro como aquel y sin referencia alguna?

Los pensamientos de Sophie, sin embargo, habían regresado a ella una y otra vez, y, al día siguiente, había ocupado una habitación que no necesitaba en el mismo establecimiento. Se había pasado días observando sus idas y venidas, su rostro preocupado en el comedor donde apenas probaba la comida mientras su mirada ausente se perdía más allá de las ventanas. La había estudiado sin disimulo,

valiéndose de la falta de interés de ella por todo lo que la rodeaba. Finalmente, tras las noches de vigilia provocadas por el dolor físico y la preocupación, se había acercado y le había hecho una oferta que le había valido una mirada de absoluta incredulidad. Lo había comprendido. Si a ella le hubieran hecho la misma proposición meses atrás, habría pensado que su interlocutora no estaba en sus cabales. Pero Sophie estaba desesperada. Cada tictac del reloj le indicaba que su tiempo se acababa y que todo aquello por lo que había luchado estaba a punto de hacerse añicos. La fortuna había querido que aquella mujer que se había negado a decirle su nombre hubiese sentido la misma desesperación. Días después, la pequeña anónima se había acercado, había aceptado su descabellada oferta y ambas habían iniciado aquella extraña amistad forjada de la necesidad y la congoja.

Solo habían pasado unos meses desde entonces y el tiempo no había sido, ni de lejos, suficiente para prepararla. Tiempo. Ojalá dispusiera de unas cuantas semanas más, pero sentía sobre ella las manos de la muerte apretando su cuello, tratando de arrebatarle el aliento para llevársela consigo. Había resistido cuanto había podido, valiéndose de una fuerza que jamás había creído poseer. Ahora, sin embargo, pese a que sabía que era demasiado pronto, solo le quedaba confiar en que aquella joven cumpliría el sueño que la había sostenido durante los últimos diecisiete años.

Cerró los ojos y permitió que sus pensamientos regresaran a Saint Helier y a aquella casa de ladrillo rojo, no muy lejos de la iglesia, donde lo había aprendido todo sobre el teatro. Recordó, con pasmosa nitidez, el dulce rostro de su madre, el brillo de su mirada mientras le hablaba de Shakespeare, de Molière o de Marlowe. De Victor Hugo y de Lope de Vega. Había sido profesora en el prestigioso Couvent des Oiseaux de París hasta que había conocido a su padre, cuando este visitaba a una sobrina en el internado. El capitán John Hastings había sido un hombre con un magnetismo que iba más allá del mero atractivo físico. No habían sido sus ojos color zafiro, que Sophie había heredado, ni su porte ni el modo en que el uniforme se ceñía a sus anchos hombros los que habían llevado a su madre a abandonar su carrera y todo cuanto conocía y trasladarse a

la pequeña isla de Jersey, donde él instruía a otros soldados ingleses que mostraban un terror ante su presencia que ella no había logrado comprender en aquel momento. Había sido su sonrisa traviesa, el brillo pícaro de su mirada y la atención con la que él la observaba, como si no existiese nadie más alrededor. A menudo, ella le había hablado a Sophie de aquellos rasgos con tal anhelo y añoranza que la pequeña había deseado haberlos conocido también. Pero el apuesto capitán no había resultado ser lo que parecía, y de él, precisamente, Sophie había aprendido un área del teatro que su madre no dominaba. La parte práctica. La que la llevaba a sonreírle a aquel monstruo cuando llegaba a casa de buen humor y jugaba a ser un padre amoroso y un devoto marido. La que ponía en sus labios frases de alabanza cuando algún desconocido hablaba de sus heroicidades. Pero, sobre todo, aquel arte de fingir que había aprendido tan temprano había sido lo que la había mantenido con vida después de aquella noche de verano, tantos años atrás, en que todo su mundo se había venido abajo.

Estremeciéndose ante los recuerdos, no se molestó en enjugarse la temeraria lágrima que osó escapar de sus ojos. Jamás se había permitido llorar. Ni en público ni en privado. Y por eso era quien era, porque su representación no terminaba cuando caía el telón.

—El capitán John Hastings era un malnacido —murmuró con un hilo de voz—. Y un asesino.

Y dedicó sus últimos estertores a narrarle a aquella desconocida la noche en que una niña de ocho años había visto como su mundo se desmoronaba. Le habló del momento en que el monstruo había llegado a casa dando voces, cuando ya la oscuridad había caído. Del terror en los ojos de su madre mientras la ocultaba en el fondo de un baúl, bajo los vestidos que no usaba desde hacía años. Le describió los gritos y los golpes con la precisión de quien los ha revivido cientos de veces a lo largo de los años. Del calor bajo todas aquellas prendas y la escasez de oxígeno. Le explicó cómo ella había mantenido los ojos cerrados con fuerza mientras escuchaba el llanto amortiguado de su madre que, con toda probabilidad, intentaba que no comprendiera lo que estaba pasando. Era demasiado tarde. Escenas como aquella se habían sucedido tantas veces que Sophie

las sentía tan familiares como su propio nombre. Y le habló del modo en que fingía cada vez que aquello ocurría, de la forma en que todos aquellos sonidos se difuminaban en su mente hasta convertirse en un eco lejano mientras ella imaginaba que era Fedra. Cleopatra. Julieta. Cualquier personaje que hubiera leído cobraba vida y Sophie dejaba de existir. Solo estaban ellas. Aquellas mujeres de la literatura que pervivirían para siempre. Al final, cuando apenas le quedaba un hilo de voz, reconoció la peor de sus traiciones. Aquella noche, en medio de aquel infierno, se había quedado dormida. Y al despertarse se había encontrado al monstruo de chaqueta escarlata profundamente dormido en su cómoda cama y a su madre hecha un ovillo sobre el suelo del salón. Y no había necesitado acercarse a ella para saber que ya no respiraba.

Impulsada por el terror y la pena, había huido con las manos vacías. Había caminado sin rumbo durante lo que le habían parecido horas, con la mente en blanco y el paso regular de un autómata. Pero sus pies sí sabían a dónde se dirigían. Una compañía itinerante había llegado al pueblo días atrás y se había instalado en la Royal Square, a donde ella había acudido cada día, fascinada por aquellas personas capaces de convertirse en reyes, en mendigos, en héroes y en villanos. Y, por alguna razón, una jovencísima madame Lefevre, entonces encargada de vestuario, la había tomado bajo su ala. Había convencido a todos de que tenía demasiado trabajo y la había contratado como ayudante. Allí había dado Sophie sus primeros pasos en el mundo del teatro, remendando camisas y ajustando vestidos. Allí la había descubierto Étiene Valois, ocho años más tarde. Y no habían sido sus ojos violáceos en un rostro de exquisita belleza ni su silueta menuda lo que había llamado su atención. Había sido el vacío en la mirada, un lienzo en blanco sobre el que él podría crear una obra de arte.

Sus ojos se encontraron con los de aquella muchacha que tanto se le parecía y descubrió que no era su rostro el único mojado por las lágrimas.

—Yo soy... —comenzó, pero ella la silenció con un gesto.

—Brigitte Dubois, querida —afirmó con voz rasposa—. Eres Brigitte Dubois. Y algún día serás eterna.

Y en aquella elegante habitación de uno de los barrios más distinguidos de París, Sophie Hastings exhaló su último aliento, pero lo hizo con el convencimiento de que aquella intrusa concluiría la tarea que ella había comenzado. Tal vez la auténtica Brigitte Dubois hubiera sido una maestra cualquiera fascinada por el teatro, que había abandonado el mundo sin dejar más huella que una hija con un talento inusual para interpretar a otras personas, pero pasaría a la historia como la actriz más grande que hubiera visto ese siglo.

Capítulo 4

Londres, 1864

Sebastian observó con hastío la herida de su costado. Se trataba de un tajo limpio, más largo de lo que había pensado en un principio, pero poco profundo. Poco más que un rasguño aparatoso.

Extrajo un pañuelo doblado de su bolsillo y lo presionó sobre él, tratando de contener la hemorragia. En cuanto la pulcra tela blanca comenzó a adquirir un tono rojizo, soltó un bufido.

Se acercó al aparador que se hallaba junto a la ventana y agarró un decantador de whisky. Usó el líquido ambarino para limpiar el corte y lo vendó sin mucho cuidado. Estaba acostumbrado a las labores de enfermería. A esas alturas de su vida, había limpiado, vendado y cosido tantas heridas que su tolerancia al dolor había alcanzado cotas casi sobrehumanas. Podía darse puntos con una aguja de bordar sin emitir un quejido. Y recibir una puñalada sin un parpadeo.

Maldijo para sus adentros. Aunque llevaba más años de los que podía recordar sufriendo aquellos ataques, en los últimos tiempos parecían haberse intensificado. Aparentemente, algo había puesto nervioso a su asesino, que ya no ocultaba sus agresiones bajo la apariencia de meros accidentes. No obstante, Sebastian comenzaba a enfadarse. Se merecía, al menos, un homicidio en condiciones y no una chapuza cualquiera llevada a cabo por un par de matones del East End.

Arrugó la nariz cuando el olor del whisky inundó sus fosas nasales y guardó la botella de nuevo. No había vuelto a probar el alcohol desde la mañana en que la había visto por primera vez. Se vistió la camisa limpia que James, su ayuda de cámara, le había llevado en cuanto lo había visto llegar. Pese a la insistencia del sirviente, jamás había dejado que nadie lo ayudara con sus heridas.

Con cansancio, se acercó a su escritorio y se dejó caer en la enorme butaca de cuero desde la que su padre lo había mirado con desprecio tantas veces.

—El trono de los Stratford —murmuró con desdén—. El diablo podría gobernar el infierno desde aquí.

Clavó los ojos en el techo y se acarició la espesa barba. En los últimos meses, su aspecto físico se había deteriorado tanto que nadie reconocería en él al marqués que conquistaba a cualquier dama en la que posase sus ojos. Aunque de vez en cuando se dejaba convencer por James para adecentarse un poco, su imagen le importaba tan poco como cualquiera de aquellas mujeres a las que había seducido para olvidarse de la única que significaba algo para él.

Con una mueca de autodesprecio, pensó que, tal vez, no iba desencaminado. Quizá la silla en la que estaba sentado no estuviera tan lejos del averno y él no fuera muy diferente al diablo.

Extrajo del bolsillo la nota que había recibido aquella mañana y sus ojos se enfocaron solo en la línea final. Tras meses de búsqueda, Clive Jones, uno de los detectives a los que había contratado, había tenido éxito y le había dado un nombre. Ben Cary. Así se llamaba el malnacido que había acabado con la vida de Briony. Ahora solo le quedaba encontrarlo y explicarle, de forma detallada, por qué aquello había sido un error.

Alguien llamó a la puerta y Everard apareció en el umbral. Sus ojos del color del carbón evitaron mirarlo.

—Lady Silverwood y su hija están aquí —anunció, imperturbable.

Sebastian contuvo una maldición y guardó el papel de nuevo. No, él no era el demonio. Satanás acababa de llegar y vestía lazos, plumas y volantes. Y por alguna razón que no alcanzaba a comprender, en los últimos tiempos había decidido visitarlo con una frecuencia que rozaba el acoso.

La estridente voz de su tía retumbó a lo largo del pasillo, seguida por aquella empalagosa entonación que su hija había adoptado desde hacía algún tiempo. Al parecer, había sido sugerencia de alguna iluminada institutriz que había considerado que aquello atraería a los hombres. Sebastian apretó los dientes. Por supuesto

que los atraería: a colgarse de la primera soga que encontrasen.

—Échalas —le indicó a Everard—. Diles que no estoy en casa, que he hecho voto de silencio o que he abandonado la civilización y ahora me dedico a cuidar ovejas en Gales. Lo que sea, pero consigue que se vayan.

—¡Qué vergüenza!

Sebastian se tragó una maldición. Al parecer, la educación de aquellas harpías no solo fallaba en su registro vocal, sino que ni siquiera eran capaces de esperar en la sala de visitas, como el resto de los mortales.

—Si tu padre levantara la cabeza, se sentiría abochornado por semejante comportamiento —indicó, disgustada—. Desairar así a tu propia sangre, que solo viene a preocuparse por ti.

Observó a aquella esperpéntica mujer con la atención que dedicaría a un escarabajo. A uno pelotero, sin duda. Su vestido, de un chirriante color naranja, estaba adornado con frunces que simulaban enormes rosas a lo largo de la falda, rematada por flecos amarillos. En el cuello, un gran lazo de seda con una piedra falsa cerraba un escote muy poco favorecedor. Como siempre, lucía un sombrero con tantas plumas que, si saliese volando en aquel mismo instante, Sebastian ni siquiera habría parpadeado.

—No necesito que me animes, tía —murmuró, iracundo—. Ya estaba más que dispuesto a despacharos sin el aliciente de defraudar una vez más a mi difunto progenitor.

La mujer chasqueó la lengua mientras su hija comenzaba a hacer pucheros. Sebastian cerró los ojos y una punzada en su costado le recordó la herida que acababa de coser. Se había apresurado. Era poco probable que aquel corte superficial le hubiese causado la muerte, pero si hubiese esperado tal vez hubiera logrado perder suficiente sangre como para caer inconsciente sobre la alfombra. ¡Ay, la inconsciencia! Regalo divino sería en ese momento.

Abrió los ojos despacio, dándole tiempo al universo para que borrase de su biblioteca todo rastro de aquellas mujeres. No hubo suerte. Allí seguía su prima, gimoteando mientras su madre trataba de consolarla.

Observó con desgana a la muchacha. Esa era su primera

temporada. Su tía insistía en ello cada vez que invadía su espacio privado, como si aquel hecho debiera tener algún significado para él. Embutida en un corsé demasiado apretado, llevaba un vestido color coral que desentonaba con su cabello rojo. Rodeada por decenas de volantes de gasa y tafetán, a Sebastian le recordó a un caniche. Ahogó un gruñido. Meses atrás, cuando aquel ser y su madre se habían personado en su casa de Hampshire, sus estridentes chillidos y gimoteos le habían recordado a una cacatúa. Como siguieran apareciendo con tanta frecuencia, su prima acabaría por evocar en su mente a un zoo completo.

—La temporada está a punto de terminar —informó su tía creyendo, quizá, que aquel hecho debía ser importante para él.

Sebastian alzó las cejas, un gesto interrogante que la mujer pareció comprender.

—¡Mi querida Theodosia no ha podido bailar ni una sola vez con su primo favorito! —Se llevó una mano al pecho con tal afectación que a punto estuvo de arrancar la piedra del enorme lazo—. Debes solucionarlo cuanto antes. La semana que viene los condes de...

—Tía —cortó de inmediato—. No es mi función escoltaros. Tienes un hijo capaz de desempeñar ese papel. Es más, la compañía de Edward es, sin lugar a dudas, mucho más adecuada que la mía. —Alzó una ceja—. Y soy el único primo de la *querida* Theodosia.

—¡Tú eres marqués! —exclamó, indignada—. Mi hijo ni siquiera heredará el título de su padre cuando este muera. Tu presencia animaría a otros nobles a acercarse a mi pequeña.

Sebastian observó de nuevo a su prima. Tenía un nombre absurdo, una voz ridícula y se paseaba por Londres sepultada bajo tantos metros de tela que cualquier caballero necesitaría un mapa para localizar su cuerpo. Ni siquiera él, un experto en mujeres, podría determinar si había algún rasgo bello en ella. Y que su madre cacareara a su alrededor de forma constante no la ayudaba. Que el título de su padre no hubiese sido más que una cortesía por su labor diplomática constituía el menor de sus problemas. Ningún caballero en su sano juicio se acercaría. Se abstuvo, sin embargo, de comentarlo en voz alta.

—No voy a acudir a ningún baile —concluyó con cansancio—. Si

quieres casar al caniche aumenta su dote, cambia de modista y despide a la institutriz.

—¡Eres un...!

—Y mantén la boca cerrada hasta que el pobre diablo al que logréis engatusar haya pronunciado el «sí, quiero». —La expresión ofendida de su tía no lo amilanó—. De hecho, yo esperaría a que hubiera engendrado su primer vástago y no hubiera vuelta atrás.

El rostro de lady Silverwood se tiñó de un rojo tan intenso que rivalizaba con el cabello de su hija. La muchacha, por su parte, parecía tan abochornada que Sebastian casi sintió lástima. Sus ojos se llenaron de lágrimas y un chillido ahogado escapó de su garganta. ¡Maldición! No estaba dispuesto a pasar por aquello de nuevo. Se levantó con presteza y se encaminó hacia la puerta.

—Ya sabéis donde está la salida.

Y, sin mirar atrás, se apresuró escaleras arriba.

Capítulo 5

Londres, 1869

—No debería estar aquí.

Clive tomó asiento junto al extraño aristócrata al que llevaba más de diez años sirviendo. Tras su expulsión de Scotland Yard, había decidido establecerse por su cuenta, pero su destrozada reputación después de lo ocurrido con el caso de los Ashbourne no le había granjeado demasiadas simpatías. Solo alguien tan furioso como para desear saltarse cualquier protocolo y lo bastante resentido como para no temer las consecuencias recurriría a él. Alguien como el marqués de Stratford.

—Hago su trabajo, al parecer. —El noble ni siquiera lo miró, sus ojos fijos en la puerta de la taberna—. Si Cary ha logrado ocultarse durante tanto tiempo es porque usted no lo está haciendo bien.

Sus palabras tal vez deberían haberlo ofendido, pero Clive se limitó a observarlo con atención. Cuando lo había conocido, había sido un joven de porte impecable, sonrisa indolente y un atractivo que iba más allá de la belleza física. Ocultaba, tras su frivolidad aparente, una mente despierta y una sensibilidad que Clive solo había logrado atisbar a escondidas, cuando vigilaba su casa a medianoche y escuchaba sus interpretaciones al violín. En los últimos tiempos, sin embargo, aquel muchacho se había transformado de tal modo que resultaba muy difícil identificarlo en el hombre huraño y descuidado que apenas hablaba y que observaba a todos con desconfianza.

—Cary no es nuevo en esto —explicó mientras seguía la mirada del marqués, que permanecía fija en un grupo de hombres que acababa de llegar al local—. Si fuera tan fácil encontrar a cualquiera de los integrantes de los Falcones, ya estarían todos meciéndose en el viento.

Stratford soltó un bufido y se acarició la hirsuta barba.

—Solo es un hombre —murmuró el marqués, más para sí mismo que para él—. No puede ocultarse para siempre.

Clive se encogió de hombros.

—Tengo informantes dispersos por media Inglaterra —indicó—. No permanece demasiado tiempo en ninguna parte y creemos que no duerme dos noches seguidas en el mismo lugar. Sabe lo que está haciendo y conoce este mundo mejor que nosotros.

Stratford lo fulminó con la mirada y se levantó.

—Lo contraté porque no era como los demás. Scotland Yard sigue insistiendo en que no hay pruebas concluyentes y creen que no existe relación entre los accidentes de mi infancia y los ataques de los últimos años. —Recogió el desgastado sombrero que había dejado en una esquina de la mesa y se lo puso—. Unos ineptos. Pero usted proviene de lo más bajo de la escala social. Tal vez yo sea ajeno a la realidad de Cary, pero usted se crio en ella.

Se alejó sin despedirse, y Clive lo vio perderse entre la gente que, a esas horas, abarrotaba ya el local.

Stratford era un tipo curioso. Desde que lo conocía, jamás lo había visto perder el buen humor, aún sabiendo que alguien había tratado de matarlo desde que no era más que un crío. Había afrontado su posible asesinato con una despreocupación rayana en la estupidez. Clive había pensado a menudo en que parecía darle igual si encontraban o no al culpable. La búsqueda del asesino de lady Briony, sin embargo, se había convertido en una obsesión. Aquel hombre vivía por y para atrapar a Ben Cary. Su obcecación se había topado con la impaciencia de quien fuera que quisiera verlo muerto, que había aumentado la frecuencia de sus ataques. No obstante, en lugar de volverse cauteloso, el marqués le estaba ofreciendo su cabeza en bandeja al moverse por los suburbios y frecuentar tabernas marginales como aquella.

Clive se levantó sin mirar a su alrededor. Cary no aparecería aquella noche.

En cuanto salió a la calle, un movimiento extraño en un callejón cercano llamó su atención. Se acercó sin acelerar el paso y vio cómo dos individuos trataban de reducir a un hombre que se resistía con todas sus fuerzas. Cuando uno de los asaltantes sacó una navaja y

la descargó sobre el hombro de la víctima, identificó su cabellera rubia.

—¡Ey! —gritó, acercándose con rapidez.

Uno de los tipos se giró y el marqués de Stratford aprovechó la distracción para propinarle un rodillazo en el estómago y zafarse de su agarre. Miró hacia Clive, indeciso unos segundos, hasta que finalmente salió corriendo.

***

Sebastian pasó un pañuelo húmedo sobre su bíceps, retirando la sangre que casi había cubierto por completo la tinta que decoraba la parte superior de su brazo. Resopló al ver cómo la tela se teñía de rojo y observó el tajo. Era pequeño, pero la hoja del cuchillo había atravesado las capas de piel y se había hundido en la carne. Aunque seguía sangrando, no parecía una herida demasiado grave. Tomó la aguja y procedió a coser con la precisión que la práctica otorgaba. En cuanto se sintió satisfecho con el resultado, lo vendó y apretó los extremos. Era la primera vez que huía como un cobarde y ni siquiera sabía por qué. Estaba tan cansado que la sola idea de defenderse había acabado por completo con las fuerzas que le quedaban. ¿Por qué no había dejado que lo mataran de una vez? Al menos, aquellos pobres diablos se habrían ido a casa con la satisfacción de haber completado su trabajo y él alcanzaría el puñetero descanso eterno. Sin embargo, pese a lo tentadora que le resultaba la idea de la muerte, había algo que lo impulsaba a seguir defendiéndose, aunque fuese como un fracasado pusilánime sin otra aspiración vital que la de seguir respirando cada día.

Contempló a la mujer morena de hermosos rasgos que lo observaba desde el otro lado de la habitación y cerró los ojos.

—No me veas así —ordenó con voz apagada, mirándola de nuevo —. No soy un dios ni un héroe. Jamás he sido la fantasía que perseguías.

Ella sonrió y en sus ojos del color de la medianoche brilló algo parecido al regocijo.

—Deseaba serlo —confesó—. Quería ser cada maldita cosa que

hubieras soñado.

No obtuvo respuesta. Como de costumbre, ella permaneció en silencio, mirándolo con una ternura que él sabía que no merecía. Siempre había sido así, incluso cuando fingía odiarlo. En cada recuerdo que tenía de Briony Buxton, la adoración de ella era obvia.

Su mente retrocedió en el tiempo. Casi sintió bajo sus pies la mullida nieve que cubría los campos de Hampshire. El aire gélido que le golpeaba la cara mientras subía la colina cargado con su trineo. Los jadeos entrecortados del heredero del duque de Brighton tratando de seguirle el ritmo.

—¡Vamos! —había gritado mirando por encima del hombro a Andrew Buxton, que subía la ladera casi sin resuello.

Aunque solo había nacido unos meses antes, Sebastian era más ágil, algo que le recordaba en cuanto tenía ocasión. Su amigo, por su parte, no tenía ningún problema en dejarle claro que era mucho más fuerte y solía apoyar dicha afirmación en evidencias terriblemente consistentes, ya fuera enterrándole el puño en el estómago o profanando su angelical belleza con un ojo morado.

En cuanto había alcanzado la parte más alta de la colina, se había girado y había apoyado el trineo en el suelo. Esperó con impaciencia a que el otro chico llegara a su lado y se colocara en posición de salida.

—Has tardado demasiado —había recriminado, acomodándose en el asiento de madera—. Así no nos dará tiempo a hacer otro descenso.

—Sabes que no hubiéramos podido bajar de todos modos —se había defendido el pequeño con el ceño fruncido—. Ni siquiera deberíamos hacerlo ahora. Ya tendríamos que estar en casa. Está anocheciendo y faltan diez minutos para que sirvan la cena. Mi madre me matará, y la tuya...

Había mirado a Sebastian y soltado un bufido. A él no le pasaría nada y ambos lo sabían. Pese al temperamento de la marquesa, era evidente que sentía auténtica devoción por su hijo. Lo perdonaría en cuanto le sonriera y le prometiese que jamás volvería a retrasarse. Aun cuando los dos sabrían que no tenía la menor intención de cumplir dicha promesa. Con solo doce años, Sebastian era ya un

mentiroso consumado.

—Vamos —había azuzado de nuevo, poniendo en marcha el trineo antes que su amigo, que se había apresurado a seguirlo ladera abajo.

El artilugio de madera había descendido con rapidez, deslizándose entre la nieve virgen de aquella colina de Hampshire. Sebastian había cerrado los ojos y disfrutado del viento helado en el rostro, del modo en que su abrigo se hinchaba mientras bajaba. De vez en cuando, el trineo rebotaba al chocar contra un montón demasiado duro o contra una piedra que había logrado llegar a la superficie. Las risas de ambos muchachos habían resonado entre los tímidos rayos de sol que acariciaban por última vez la espesa blancura, antes de despedirse para esconderse en el horizonte.

De pronto, un sonido extraño, un «clic» que no había alcanzado a comprender, había llamado la atención de Sebastian. Sin que tuviera tiempo de reaccionar, su trineo había perdido uno de sus patines y comenzado a zigzaguear con brusquedad. Había tirado con fuerza de la cuerda, tratando de estabilizarlo, pero iba demasiado rápido.

—¡¡Cuidado!!

El grito de Andrew lo había sobresaltado y se había dado cuenta de que iba directo hacia las ruinas de la antigua casa del guardabosques. En el último momento, había saltado del trineo, que se estrelló contra las piedras con un fuerte estrépito.

Sebastian había rodado colina abajo, recorriendo sin control los últimos metros mientras notaba como los golpes y los roces lo magullaban. Cuando por fin se había detenido, había apoyado la cabeza en la nieve y mirado al cielo, tratando de serenarse.

—¡Sebastian!

Había cerrado los ojos en cuanto aquella voz cantarina había llegado a sus oídos. Aquello era lo que le faltaba. Había musitado una oración en silencio, con la esperanza de que algún ser divino tuviera compasión de un pecador tan joven. Lo último que necesitaba en ese momento era que ella hubiera visto la caída. Porque si lo había hecho...

—¿Estás bien? —había preguntado ella llegando a la carrera y dejándose caer a su lado—. ¿Te has hecho daño? ¿Necesitas...?

Sebastian había alzado una mano, tratando de detener sus preguntas, pero solo había logrado que ella se la tomara y la examinara con la atención de un cirujano.

—¿Está rota? —le había preguntado, y había procedido a comprobar que todos los huesos de su brazo estuvieran intactos—. No lo parece —había murmurado y, sujetando con cuidado cada dedo, había comenzado a moverlos uno a uno—. Deberíamos llamar a tu madre. Y a un médico. Y...

—Estoy bien. —Si no la tranquilizaba enseguida, acabaría por congregar a todo el pueblo a su alrededor—. Ha sido una caída tonta, nada más.

—No me ha parecido...

—¡Eres un torpe! —se había burlado Andrew llegando a su lado y lanzándole una bola de nieve—. Y te he ganado.

Sebastian negó con la cabeza.

—Técnicamente —recordó—, yo he llegado antes.

—¡Ni hablar! ¡Era una carrera de trineos! No puedes ganar si el tuyo se hace pedazos antes de la meta.

Los tres habían mirado hacia las ruinas y contemplado con preocupación los trozos desiguales y las astillas en las que se había convertido el aparato.

—No entiendo qué ha pasado —había murmurado Sebastian—. Lo revisé esta mañana.

Andrew se había encogido de hombros.

—Eres un patoso, lord Sinclair —se había mofado—. Y un inútil. La próxima vez pide a uno de tus criados que revise tu material. ¡Vamos, Briony, o mamá nos matará!

Se había alejado corriendo, sosteniendo su trineo intacto con la mano izquierda.

La pequeña se había levantado y lo había mirado con intensidad. Sus ojos azules se clavaron en los suyos y le acarició la mejilla con su pequeña mano.

—Yo no creo que seas torpe, Sebastian —había afirmado con seriedad, y él le había sonreído. A sus cinco años, aquella cría menuda de sonrisa traviesa y rostro de muñeca sentía auténtica devoción por él.

Se había alejado trotando tras su hermano, y solo cuando ambos se habían perdido a lo lejos, Sebastian había gruñido de dolor. Había tratado de ponerse en pie, pero su pierna izquierda no respondía. En cuanto había observado la extraña forma de su rodilla había sabido, sin ninguna duda, que estaba rota. Había suspirado con cansancio, pensando en que en los últimos tiempos se lesionaba con tanta facilidad que su padre había amenazado con encerrarlo en su cuarto hasta que cumpliera la mayoría de edad. Si fuera otro tipo de hombre, Sebastian habría creído que se trataba de una broma o de una exageración, pero siendo quien era estaba claro que lo decía en serio. El marqués de Stratford no se arriesgaría a perder a su único heredero.

Con dificultad se había arrastrado colina arriba hasta alcanzar los restos de su trineo y había cogido uno de los trozos de madera más grandes. Apoyándose en él, logró ponerse en pie. Se tragó un gemido en cuanto el dolor ascendió por su pierna y recorrió su espina dorsal. Antes de emprender el camino a casa, sin embargo, había observado una de las patas a las que había estado sujeto el patín y fruncido el ceño. Se había agachado a duras penas para mirarlo de cerca. Aquel corte era demasiado limpio como para haberse producido por un golpe de nieve. Había recogido otra de las patas y la había inspeccionado con cautela. La rotura de ambas era similar. Suave, sin astillas. ¿Cómo demonios podía haber sucedido? Era demasiado joven, entonces, para comprender lo evidente. Alguien había boicoteado su trineo. Con probabilidad, la misma persona que, meses más tarde, sabotearía la escopeta con la que su padre se había empeñado en introducirlo en la caza. Esa, sin lugar a dudas, que a lo largo de los años había hecho que sus caballos se lesionaran de forma inexplicable o que las piezas en perfecto estado de los carruajes en los que él debía viajar se deterioraran de repente, causando graves accidentes. Esto último, precisamente, había sido lo que lo había cambiado todo. Cuando al inspeccionar el eje del carruaje en el que su madre había estado a punto de perder la vida lo había descubierto serrado, Sebastian se había dado cuenta de que nadie estaba seguro a su lado.

—¡Maldita seas! —gritó, volviendo a la realidad y mirando a la mujer que lo contemplaba desde el otro extremo de la habitación—. ¡No estás aquí!

Ella sonrió de nuevo y él dejó caer la cabeza entre las manos.

—No estás aquí —repitió para sí mismo, su voz poco más que un quejido ahogado—. No estás aquí. Pero ojalá pudiera retroceder en el tiempo y revivir, una y otra vez, cada segundo que pasé contigo.

Cerró los ojos con fuerza. Sabía que, cuando los abriera, ella se habría evaporado. Era su maldición. Su tortura. Desde hacía casi seis años, Briony se materializaba y se desvanecía sin criterio alguno, volviéndolo loco y, al mismo tiempo, convirtiéndose en lo único que todavía lo mantenía anclado al mundo. Una risa histérica subió por su garganta. Era un puto fantasma. Un ente etéreo creado por su cerebro. Y si él no se había pegado un tiro todavía era porque, en el fondo, de algún modo masoquista y autodestructivo, seguía creyendo que ella era real.

No escuchó el golpe en la puerta, y cuando Everard apareció ante su escritorio con su expresión circunspecta y su tupido bigote, pudo imaginar lo que pensaba. Lo mismo que creían todos. El marqués de Stratford era un demente, un lunático que se encerraba durante el día y vagaba por las calles de noche, hablaba solo y había perdido de vista el mundo real.

—Su excelencia, el duque de Brighton está aquí —informó, impávido, el sirviente.

Aquel dolor punzante que le recorrió el pecho no lo pilló por sorpresa. Andrew Buxton, el decimocuarto duque de Brighton, había sido su mejor amigo desde que tenía uso de razón. Y, sin embargo, él lo había traicionado de tal modo que había acabado con aquella amistad de un plumazo. En cuanto se había enterado de que Sebastian había sido el culpable de la ruina de su hermana, lo había echado de su casa y no había vuelto a dirigirle la palabra. Hasta ahora.

—¿Qué demonios quiere?

El mayordomo no respondió. Era evidente que Brighton no le había proporcionado tal información.

—No estoy en casa —gruñó y se levantó en busca de una botella

de whisky que hacía años que no probaba.

—Eso no te ayudará. —No se detuvo al oír aquella voz tan familiar como la suya propia. Se sirvió un vaso mientras, en silencio, le rogaba a cualquier deidad disponible que le arrebatara la consciencia de una maldita vez. No quería enfrentarse a él. No le quedaban fuerzas para hacerlo.

Sus manos temblaron de tal modo que tuvo que soltar la licorera antes de que se hiciera pedazos. El movimiento no le pasó desapercibido al duque. Con un bufido exasperado, se acercó al escritorio y se llevó la botella. Sin una palabra, vació el contenido en la maceta más cercana.

—Mi palmera favorita —ironizó Sebastian tratando de mostrarse burlón, como tantas veces en el pasado—. Al menos morirá saboreando el mejor whisky de Inglaterra.

Su patético intento de frivolizar solo le valió un gesto de desdén.

—¿Cuánto tiempo hace que no te bañas?

La impertinente pregunta debería haberlo molestado y, sin embargo, una leve sonrisa tiró de sus comisuras. Pese al tiempo que había transcurrido, Andrew seguía siendo fastidiosamente honesto.

—¿Te desagrada mi olor, duque? —lo aguijoneó—. Si hubiera sabido de tu visita, me habría acicalado para ti.

Le guiñó un ojo, provocador, pero Brighton no se inmutó. Su mirada escrutadora lo recorrió sin disimulo y Sebastian se sintió incómodo. Era consciente de lo que veía. Sus ojos inyectados en sangre tras tantas noches de insomnio. Su rostro ceniciento por la falta de luz solar y aire libre. Su cabello enmarañado y su hirsuta barba. Daba asco, pero cualquiera que viera en su interior descubriría que era todavía más repugnante por dentro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, por fin, con desgana. Cuanto antes hablara, antes podría largarse por donde había venido.

El duque no respondió de inmediato. Tomó asiento frente a él, pese a que no lo había invitado a hacerlo, y pareció sopesar sus siguientes palabras.

—Tu madre está preocupada —informó sin emoción—. Y has agotado la paciencia de tu primo.

Ninguna de las dos afirmaciones lo sorprendió. Le extrañaba que

Alexander no lo hubiera mandado al diablo todavía. Llevaba años preocupándose por él, siguiéndolo a cada tugurio o callejón en el que caía. Ya fuera en persona o por medio de alguno de sus espías, el dueño del Black Diamond jamás lo había dejado solo. Sin embargo, todo tenía un límite; y cuando meses atrás, Alex se había encontrado peleando con dos matones a las puertas de El Zorro y la Comadreja mientras Penelope, su esposa, traía al mundo a su primera hija, lo había rebasado.

En cuanto a su madre...

Sebastian había alcanzado la cúspide de su perversidad cuando la había exiliado en Hampshire, prohibiéndole pisar Londres bajo ninguna circunstancia y privándola de cualquier medio, material o financiero, para hacerlo. A ella. A la mujer que se lo había dado todo, que habría dado su vida por él si fuera necesario. Y podría engañarse afirmando que era por evitarle la decepción y el sufrimiento de ver a su hijo convertido en un desecho humano. Decir que era por ella y no por él, que no soportaría ver la desilusión y la pena en su rostro.

—Siento que hayas realizado semejante esfuerzo en vano —murmuró, sabedor del odio que Brighton sentía hacia la capital inglesa—. Pero seguro que el Señor sabrá recompensarte tamaña obra de caridad.

—Yo también estoy preocupado —confesó el duque, ignorando su sarcasmo—. No puedes seguir así mucho tiempo más.

Sebastian se encogió de hombros. Aquel movimiento logró que la camisa se tensara sobre su brazo y el color carmesí sustituyera al blanco con rapidez.

—Al parecer ese es tu objetivo. —Brighton observó con preocupación la sangre que manchaba la prenda—. Estás buscando que te maten para reunirte con ella.

El marqués rio sin humor.

—Haría cualquier cosa por verla de nuevo —declaró—, pero mis heridas nada tienen que ver con tu hermana.

Andrew lo miró, incrédulo. Era evidente que creía que él mismo salía buscando pelea. Estaba equivocado. Al menos en parte.

—Han intentado matarme desde que era un niño —reconoció,

cansado—. ¿Recuerdas lo torpe que me volvía a veces cuando éramos pequeños? ¿Los accidentes inexplicables?

El duque tardó unos segundos en reaccionar.

—¿El columpio?

Sebastian asintió. En Hampshire, Andrew y él habían conseguido fabricar un balancín atando un trozo de madera a la enorme rama de un roble. Aunque la idea inicial era que Briony lo utilizara, habían sido ellos los que más tiempo habían pasado balanceándose, hasta que la rama había estado a punto de aplastarlos.

—Hace tiempo que ya no se molestan en disimular.

El duque tardó en responder. Lo observó, especulativo, como si su cerebro tratase de poner orden entre todos sus recuerdos.

—No estás borracho —aseguró.

Sebastian parpadeó, sorprendido.

—¿Creías que lo estaba?

—Todos creen que lo estás —informó—. Alex, tu madre, hasta tus criados. Dicen que te encierras aquí para beber durante el día, que hablas solo y que apenas sales para continuar bebiendo en cualquier taberna de mala muerte cuando cae la noche.

—Llevo años sin probar ninguna bebida alcohólica, Brighton —indicó, ofendido.

—Ya veo —murmuró—. Supongo que tu aspecto hace pensar lo contrario.

Sebastian suspiró. No era solo su apariencia, era su andar errático, su incapacidad para concentrarse en nada y su falta de interés. Eran sus conversaciones casi diarias con un fantasma.

—Asumo que no tienes ni la más remota idea de quién puede estar detrás —reflexionó el duque, ajeno a sus pensamientos—. Imagino que ya has investigado a tu tío. Al fin y al cabo, sería el principal beneficiado por tu muerte.

Él asintió y se relajó en su asiento. Le resultaba extraño poder hablar con Andrew de nuevo como si no hubiese pasado nada entre ellos, como si no hubiese seducido a su hermana y la hubiese abandonado a su suerte después.

—Silverwood no tiene nada que ver —explicó—. He seguido cada uno de sus movimientos durante años y no hay nada que indique

que pueda estar involucrado. Además, no tendría sentido. Es un reformista. Incluso cuando le otorgaron el título de vizconde por su papel en la emancipación de esclavos, lo aceptó a regañadientes. Y su hijo es demasiado joven —se adelantó al ver que Andrew estaba a punto de replicar—. No debía de tener más de cinco o seis años cuando comenzaron los ataques.

El duque asintió, su mirada todavía fija en él. El silencio se adueñó de la estancia, denso como la niebla matutina de Londres, y Sebastian se dio cuenta de que la distancia que se había establecido entre ellos era ya insalvable. Había perdido al amor de su vida y a su mejor amigo casi al mismo tiempo, y se sentía tan vacío que, en su interior, casi podía oír el eco de sus propios pensamientos.

—Deberías pedirle ayuda a Alex —le aconsejó Andrew, levantándose—. Jamás has estado solo, aunque siempre te hayas empeñado en creerlo. Todos te habríamos apoyado. —Cuando estaba a punto de abandonar la habitación, se detuvo—. Ella lo habría entendido, ¿sabes? —titubeó, como si quisiera decirle algo que su lengua se negaba a pronunciar. Finalmente, negó con la cabeza y añadió con cansancio—: Y habría querido estar contigo de todos modos.

—Ese era el problema —susurró.

Capítulo 6

París, 1869

Sobre el escenario del Principal, los actores saludaron con una reverencia mientras los aplausos resonaban como nunca. Hacía semanas que se había colgado el cartel de «completo» para el estreno de esa noche y no cabía ni un alfiler. En vista del fervor del público, que se había puesto en pie para aclamar a los actores, el espectáculo había cumplido todas las expectativas.

Desde su posición destacada en el centro de la tarima, Brigitte recorrió los rostros entusiasmados con la mirada, sabedora de que si todas esas personas habían acudido allí había sido por ella.

Los recuerdos de sus inicios la inundaron, un eco lejano amortiguado por el clamor popular. Rememoró sus desastrosas primeras actuaciones, la sensación de ridículo y la decepción general. Las nefastas críticas de la prensa. Su carrera había estado a punto de desmoronarse y, con ella, el sueño de su protectora. Las especulaciones sobre sus meses de ausencia habían ido en aumento. Incluso se habían publicado viñetas cómicas de pésimo gusto que culpaban a su amante de haberla dejado tan exhausta que incluso le habría drenado el talento.

Sus compañeros dieron un paso atrás, dejándola sola como figura destacada. Los aplausos ganaron intensidad y se convirtieron, entonces, en una ovación enfebrecida. Brigitte sonrió mientras aquel reconocimiento la envolvía como una manta suave y cálida en pleno invierno. Jamás había experimentado algo semejante, como si el mundo entero girara en torno a ella. Eso era lo que su protectora debía de haber sentido: esa admiración, esa devoción ciega. Saludó a la multitud con una nueva reverencia. París por fin estaba a sus pies.

Indicó al resto de la compañía que volviera a su lado y, tras un

último saludo, abandonaron el escenario. Antes de hacerlo, sin embargo, la mirada de Brigitte se topó con la de Courbet y un estremecimiento le recorrió la espina dorsal. Aquel hombre no le gustaba y, pese a su aparente admiración que lo llevaba a estar presente en todas y cada una de sus actuaciones, estaba segura de que sus intenciones eran aviesas.

—Has estado espléndida —la felicitó Valois—. Nadie había visto jamás a una Angelina semejante.

Brigitte sonrió. Étiene Valois amaba al teatro más que a ninguna otra cosa. Vivía por y para la actuación; y sus cumplidos; si bien escasos, eran siempre sinceros.

—Su don Ramiro tampoco ha estado mal, monsieur —indicó—. Finge usted el amor casi como si lo hubiera experimentado alguna vez.

Valois hizo una mueca y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

—Si cualquier otro miembro de la compañía me hablara así, ya estaría en la calle.

—Si se deshiciera de mademoiselle Dubois sería el fin de su teatro. —Una nueva voz se unió a la conversación, sobresaltándolos a ambos—. Y usted lo sabe.

Brigitte miró al recién llegado con aversión. Pese a su asidua asistencia al Principal, raramente se acercaba a los camerinos.

—Le agradezco el cumplido, monsieur —mintió—, pero no debería estar aquí.

Courbet no mostró la menor incomodidad. La observó con detenimiento, como si buscase algo en ella que no lograba encontrar.

—Sé que ocultas algo —le dijo al fin, olvidando por completo la presencia de Valois—. Ninguna enfermedad tiene la capacidad de arrebatar el talento.

La expresión de Brigitte no se alteró. Mantuvo su mirada con determinación, dispuesta a no dejar que aquel tipo socavara su confianza.

—Veo que no ha estado muy atento ahí dentro, monsieur —respondió con altivez—. Hoy más que nunca, París me rinde pleitesía.

Su afirmación solo logró que aquel ser despreciable sonriera.

—He seguido cada segundo de la carrera de Brigitte. Conozco sus gestos, sus rasgos y el tono de su voz mejor que nadie. —Sus ojos desprendieron algo que ella no comprendió, una rabia reprimida y una aversión que le hicieron contener el aliento—. No sé quién eres ni cómo has llegado aquí, pero tú no eres ella.

Recurriendo a toda su capacidad de fingir, Brigitte rio.

—¿Se escucha, monsieur? ¿Cómo podría una impostora mantener su papel bajo el escrutinio diario de cientos de personas? Si no soy ella, ¿quién soy, pues?

Courbet negó con la cabeza.

—Lo descubriré y será el fin de tus días sobre el escenario. —Hizo una mueca—. Salvo que aceptes mi propuesta y te unas al Vaudeville. Entonces seré el mayor de tus aliados.

La sonrisa de Brigitte no vaciló.

—No sé cuántas veces necesita que le reitere mi rechazo, monsieur Courbet, antes de que acepte que si alguna vez actué en su teatro fue porque Valois todavía no poseía el Principal. —Lo fulminó con la mirada—. Jamás volveré a pisar el escenario del Vaudeville. Cuanto antes lo asuma, antes dejará de hacer el ridículo.

—Te arrepentirás de ello —gruñó el hombre y abandonó las bambalinas con rapidez.

Brigitte inspiró con fuerza, tratando de calmar su pulso desbocado. Solo entonces reparó en Valois y en que había asistido a aquel intercambio con una pasividad que no era habitual en él.

—Siento todo esto. No entiendo...

Él la detuvo con un gesto de la mano. Permaneció en silencio, con expresión imperturbable, mientras su mente parecía estar muy lejos de aquel lugar.

—Llevo algún tiempo sopesando la posibilidad de cambiar de aires —informó—. He estado hablando con algunos conocidos que poseen teatros de cierta importancia en Londres y Viena. Hacer una gira podría servir para atraer a nuevos benefactores y para extender nuestra fama más allá de Francia, sobre todo la tuya.

La miró un momento, pero enseguida regresó a sus pensamientos.

—Agilizaré los preparativos. Podemos empezar por Londres e ir

ampliando los destinos en función del éxito que obtengamos.

Brigitte negó con la cabeza.

—No es necesario. Acabamos de estrenar la obra. Si algo queda claro tras la interpretación de hoy es que va a ser un éxito. Mantendremos...

—No puedes quedarte aquí, Brigitte. —La seriedad con la que Valois la observaba le dejó claro que no iba a tener en cuenta su opinión en ese tema—. Courbet no es un buen enemigo.

—Pero todo lo que ha dicho es absurdo. Su teatro apenas subsiste a base de obras mediocres y alquileres a compañías sin prestigio. Es evidente que está enajenado.

Valois emitió un desdeñoso bufido.

—Sé que no eres ella desde la primera vez que te vi, Brigitte.

Aquella simple frase logró lo que Courbet no había conseguido. La seguridad con la que fingía se desmoronó en un instante. Notó como sus manos comenzaban a temblar y le fallaba la respiración. Se tambaleó y Valois la sujetó por el codo.

—Si fuera a darte la espalda, lo habría hecho cuando llegaste y te subiste al escenario mostrando la misma habilidad que una niña en la función de su escuela —aclaró con amargura—. Amé a Brigitte más de lo que puedas llegar a imaginar, y protegerte a ti es lo único que puedo hacer ya por ella.

A su alrededor, el sonido de los trabajadores limpiando y recogiendo el escenario parecía tan remoto que cualquiera diría que procedía de otro mundo. Valois permaneció en silencio, con la vista clavada en ella aun cuando no la estaba mirando. Su mente estaba muy lejos de allí.

—¿Sufrió? —preguntó en un susurro, y ella se planteó decirle la verdad, contarle que había agonizado durante semanas, que había tosido sangre y se había ahogado continuamente con su propia saliva, pero hacerlo partícipe de aquel dolor no le serviría de nada. Así que hizo lo que mejor sabía hacer: lo miró a los ojos y mintió.

Capítulo 7

Londres, 1869

Alice Spencer, condesa de Wyndham, trató de disimular la diversión que la incomodidad de la mujer que tenía enfrente le producía. Penelope Lonsdale, antaño lady Penelope Arden, fingía tan mal que cualquiera que la viera en ese momento se percataría de que preferiría caminar sobre ascuas ardiendo o que le clavasen alfileres en las uñas antes que compartir oxígeno con ella.

—Alex vendrá enseguida —le indicó la dama con una tensa sonrisa, mientras la invitaba a tomar asiento en uno de los sofás de la sala.

—No le quitaré mucho tiempo —indicó Alice y a punto estuvo de soltar una carcajada ante el suspiro de alivio de la otra mujer.

La observó sin disimulo. Jamás le había parecido hermosa. Tenía unos ojos marrones comunes y su cabello era de un tono castaño bastante insulso. Y, aun así, al mirarla con detenimiento se percató de que había una armonía en sus rasgos que la convertían en una mujer bella. Quizá no lo suficiente para poner a todos los caballeros de Londres a sus pies, pero sí para conquistar a uno de los más ricos. Alex estaba perdidamente enamorado de su esposa y no se molestaba en disimularlo. Y, a juzgar por la expresión de Penelope, que parecía deseosa de echarla a patadas, sus sentimientos eran más que correspondidos.

Con un suspiro se acomodó en el asiento. No podía juzgarla. Sabía que no era su amistad con Alex lo que la molestaba, sino el hecho de que, en el pasado, hubiera compartido dormitorio más de una vez. Y si bien Alice conocía a Alex lo suficiente como para saber que no engañaría a su esposa bajo ninguna circunstancia, Penelope podía estar doblemente tranquila, pues ella jamás se acostaba con hombres casados. Ni, mucho menos, enamorados.

El motivo de su visita regresó a su mente. Sebastian Sinclair,

marqués de Stratford, le había quitado el sueño más de una vez. Tras una aventura fugaz, había sido tan tonta como para prendarse de él. Lo había seguido como una colegiala, celosa de cuantas damas se le acercaban. Había pensado que era un calavera, que seducía a las mujeres por deporte y coleccionaba conquistas. En ese pequeño rincón de su cerebro que todavía conservaba la inocencia, había creído que algún día conocería a una mujer que lograría encandilarlo y que bien podría ser ella. Con ese convencimiento había asistido a la fiesta de Stanbridge y lo había observado de lejos, buscando el momento de acercarse a él. Y entonces la había conocido. A aquella dama con los ojos del color de las profundidades del océano que había captado la atención del marqués en cuanto había puesto un pie en el salón. La joven a la que ella había curado y a la que había animado a ser quien quisiera ser aquella noche. No había comprendido al principio de quién se trataba. Había creído que no era más que una nueva conquista de Sebastian, hasta que el nombre de aquella joven inocente se había visto envuelto en un escándalo con el hombre equivocado. Incluso ahora, tanto tiempo después, Londres seguía creyendo que lady Briony Buxton había sido la amante de Stanbridge. Pero Alice sabía quién había entrado en la biblioteca con ella y, desde luego, no había sido el conde. El sentimiento de culpabilidad por no haber hablado cuando debía la había perseguido durante años. Podría engañarse creyendo que se había mantenido al margen porque aquel asunto no era de su incumbencia, pero la realidad era que solo el egoísmo la había movido. Si se hubiera descubierto la verdad, Sebastian habría sido obligado a casarse con aquella mujer. Finalmente, el peso de la culpa había sido demasiado y había decidido ayudar a Briony para que se convirtiera en lady Stratford. Estaba dispuesta a arrastrar a Sebastian al altar, aunque eso la destrozara. Por desgracia, solo unas semanas después, lady Briony había muerto. Y entonces, Alice había descubierto la verdad. El marqués de Stratford no era un calavera ni buscaba a la mujer adecuada. Aquel tipo amaba a Briony más de lo que ella había creído que fuera posible. Solo el amor más profundo explicaría el cambio que se había producido en él. Aunque siguiera respirando, el corazón del noble se había detenido al mismo tiempo

que el de lady Briony.

—Buenas tardes. —El saludo de Alex al entrar en la estancia la arrancó de sus cavilaciones. Alice le sonrió y observó, con una mezcla de incredulidad y regocijo, la estampa que tenía ante ella. Aquel tipo que en otro tiempo había lucido con orgullo la etiqueta de desalmado portaba a su hija en sus brazos como si de un pequeño tesoro se tratase. La adoración en su semblante era tal que Alice se sintió incómoda interrumpiendo una escena tan íntima.

—Me iré enseguida —aclaró, pero él solo esbozó una sonrisa. Otro cambio significativo. Antaño, Alex Lonsdale jamás sonreía.

La pequeña gorjeó y estiró las manitas tratando de agarrar el pelo oscuro de su padre. Con una carcajada, Alex le hizo cosquillas mientras besaba su sonrosada mejilla.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó finalmente, tomando asiento junto a su esposa.

Alice se aclaró la garganta y apartó la mirada de aquella pareja tan diferente a la que ella había formado una vez con lord Wyndham.

—Necesito pedirte un favor. Anoche asistí al estreno de una nueva obra en Covent Garden. *La Cenerentola*. —Sin ocultar su fascinación, explicó—: Rossini ha logrado convertir un cuento de hadas en una auténtica obra de arte.

Se detuvo un momento, buscando las palabras adecuadas para plantear su petición.

—Quiero que lleves a Stratford a la próxima representación.

Alex la miró con extrañeza mientras acunaba a la pequeña, que parecía a punto de quedarse dormida.

—Hace seis años que Sebastian no acude a evento alguno —explicó, como si ella no se hubiera percatado de ello—. No aparecerá en público, y mucho menos por un cuento infantil.

—Por eso recurro a ti —persuadió—. Tienes un palco en Covent Garden lo bastante discreto como para que pase desapercibido.

Alex alzó una ceja, burlón, y ella comprendió lo estúpido que era aquel argumento. No había forma humana de impedir que el marqués fuese el centro de atención en cuanto apareciese de nuevo en público. Londres lo echaba demasiado de menos.

—Es importante —concluyó sin más—. Creo que puede sacarlo del

estado en el que se encuentra.

—Aunque me encanta Rossini —murmuró Penelope, que había permanecido en silencio hasta ese momento—, no creo que ninguna obra del mundo pueda devolvernos a Sebastian.

—No es la obra —aclaró Alice mirándola a los ojos—. Es la actriz.

Capítulo 8

Sentado en una de las mesas más próximas a la entrada del pub, los ojos de Sebastian no se apartaron ni un instante de la puerta. No le dedicó ni una sola mirada a la joven sonriente que se acercó para servirle la pinta que había pedido y que no tenía ninguna intención de probar. Ni siquiera cuando ella se agachó para dejar la bebida sobre la mesa y lo rozó con su generoso busto mostró el menor interés.

—¿Esperas a alguien, cariñ...?

—Lárgate —la interrumpió, tendiéndole unas monedas.

Ella dudó unos segundos, sopesando, quizá, si podría convencerlo para obtener algo más de él aquella noche. Sin embargo, ante su total indiferencia, no tardó en darse por vencida. Tomando las monedas, se alejó farfullando en voz baja.

A su alrededor, las animadas conversaciones se entrelazaban formando una incomprensible cacofonía de acentos e idiomas. La Posada del Hombre Ahorcado era una taberna situada a medio camino entre Whitechapel y el muelle de St. Katharine, y concentraba a individuos de ocupación y nacionalidad tan dispares que podía considerarse algo así como una Torre de Babel moderna. En ella se reunían también algunas de las alimañas más infames de la ciudad: ladrones, carteristas y pandilleros. Asesinos. Sebastian observaba a aquellas criaturas que se movían al margen de la ley con la indiferencia de quien contempla la acuarela de un paisaje. Llevaba años frecuentando lugares como aquel sin sentir nada en absoluto. Jamás pensaba en las víctimas ni en las motivaciones. No estaba allí como juez, sino como verdugo. En cuanto lograra encontrar a Ben Cary, se ocuparía de impartir justicia sin necesidad de ninguna sentencia.

Entrecerró los ojos cuando un grupo de hombres ingresaron en el

local. Los observó con atención, buscando en alguno de ellos los rasgos que Clive le había descrito: cabello oscuro, dientes podridos, la mano izquierda llena de cicatrices. Cualquiera de los presentes podría obedecer a una descripción tan corriente. Pero el hombre al que él buscaba tenía algo que lo diferenciaba de todos los demás. Seis años atrás, una feroz infección lo había convertido en un lisiado. Pese a que los Falcones de Dover, una de las bandas de forajidos más peligrosas del país, lo habían rodeado de una impenetrable red de protección y la información sobre él era tan escasa como los días soleados en un invierno inglés, los detectives a los que Sebastian tenía contratados habían descubierto un dato crucial. Poco después de la desaparición de Briony, a Ben Cary habían tenido que amputarle su mano derecha. Desde entonces, para los Falcones había sido más una carga que un efectivo. Aunque habían protegido su identidad —y su vida— durante varios años a causa de su parentesco con uno de sus líderes, habían acabado por abandonarlo a su suerte. Y esa era la razón por la que Sebastian vagaba cada noche por las tabernas más cuestionables del East End. Ben Cary se ocultaba en los suburbios de Londres desde hacía varios meses. Sus hombres lo habían visto por las inmediaciones de Whitechapel, pero era tan escurridizo como una sanguijuela y se escabullía entre las sombras con tanta facilidad que parecía imposible seguirle el rastro.

La puerta se abrió de nuevo y Sebastian reconoció al instante al recién llegado. Con una mueca de disgusto, esperó a que aquellos perspicaces ojos grises lo localizaran en el oscuro local. Su primo, mucho más acostumbrado que él a moverse por tugurios y callejones, no tardó más que unos segundos en llegar a su mesa.

—Tu elección de lugares de ocio resulta cada vez más deplorable —murmuró con un tono de exasperación mientras se permitía caer a su lado—. Y dado que Brighton asegura que has dejado de beber, me pregunto qué demonios buscas en un lugar como este. ¿Sarna? ¿Tifus? ¿Servirle tu cabeza en bandeja a quien sea que quiere matarte?

Sebastian dio vueltas a la jarra de cerveza intacta, dibujando círculos de líquido sobre la pegajosa mesa repleta de muescas.

—Veo que te han hecho un informe detallado de la situación —

replicó sin mirar a Alex—. ¿Qué haces aquí, de todos modos? ¿No tienes una mujer y una hija de las que ocuparte?

Su primo soltó un bufido.

—Aunque nada me gustaría más que estar con mi esposa y mi hija, a quien, por cierto, todavía no te has molestado en conocer, es evidente que ellas se apañan mucho mejor que tú. Y sí, Brighton me ha contado lo que ocurre. —Lo fulminó con la mirada—. No te haces una idea de lo satisfecho que me sentí cuando una tercera persona me informó de algo que deberías haberme contado tú. Hace quince años, de hecho.

Sus palabras se perdieron en el aire, pues Sebastian ya no le prestaba atención. Su mirada estaba fija en los dos hombres que acababan de entrar en la taberna. Uno de ellos, el más alto, se acercó a la barra con decisión mientras el otro, un sujeto flaco y desaliñado, escrutaba el lugar con disimulo. Sin embargo, no fue su aspecto lo que despertó su interés, sino la posición de su brazo derecho en el bolsillo de su desgastado pantalón. Una postura extraña, como si la muñeca se estuviera apoyando precariamente sobre la costura. Como si...

Sebastian se levantó al instante. Sus ojos se encontraron con los de aquel individuo, que dio un paso atrás, como si lo reconociera. El movimiento provocó que la prenda se pegase a su muslo y el bolsillo se desinflara. Por supuesto que la posición de su brazo era rara.

Sin pensárselo, Sebastian se abalanzó contra él, pero el tipo resultó más ágil de lo que parecía. Lo esquivó sin dificultad y salió corriendo, embistiendo a un hombre con bigote que abría la puerta en ese momento.

—Maldito hijo de... —El individuo no había terminado de maldecir cuando fue arrollado de nuevo por Sebastian, que no le prestó atención.

Corrió tras la oscura silueta por la transitada calle en la que se encontraba la taberna. El aire gélido entumecía sus fosas nasales y los adoquines pegajosos dificultaban su carrera. Pese al frío y la hora, varios hombres discutían en un lateral, cerca de un par de caballos agotados que alguien había atado con descuido a una verja cercana.

A escasos metros, el sonido apagado de los pasos de aquel tipo se perdió tras una esquina y Sebastian lo siguió sin mirar atrás. Pese a su aspecto escuálido, el hombre corría tanto que no lograba reducir la distancia entre ellos. Tras recorrer un par de calles principales, se internaron en un oscuro callejón, esquivando montones de estiércol y vendedores ambulantes. Una prostituta, apoyada en una farola que emitía una tenue luz amarillenta, lo llamó, zalamera, apreciando en el corte de su abrigo y en el brillo de sus botas que no pertenecía a aquel lugar. Sebastian trató de mantener el ritmo, impulsado por la rabia, el odio y aquel dolor sordo y constante que llevaba seis años robándole el aliento. Sin embargo, sus piernas comenzaron a fallar, recordándole el maltrato al que había sometido a su cuerpo en los últimos tiempos. La suerte, no obstante, parecía estar de su lado esta vez. El callejón se estrechó todavía más hasta que, por fin, el muro de ladrillos de un edificio abandonado les cortó el paso. La suciedad y el musgo habían cubierto casi toda aquella fachada, y las ventanas estaban tapiadas con tablas de madera podridas. Junto a una puerta cerrada se apilaban varias cajas y algunas ruedas de carruaje deterioradas.

Solo entonces el otro hombre se giró y lo miró a los ojos.

—Llevo años buscándote, maldito hijo de puta —siseó Sebastian con los dientes apretados.

—Lo sé —respondió aquel tipo sin rastro de temor en su voz—. Pero estás siguiendo al hombre equivocado.

Sebastian no procesó sus palabras. Lo único que su cerebro comprendía era que por fin lo tenía ante él.

—Yo no la maté —continuó, impasible—. Aquel caballero apareció de la nada y...

El sonido de unos pasos en el callejón los distrajo a ambos, y, antes de que Sebastian pudiera reaccionar, el hombre golpeó la puerta con fuerza y desapareció. Él trató de seguirlo, pero alguien lo sujetó del hombro con tanta fuerza que a punto estuvo de caer de espaldas.

—¿Estás loco? —La furia de su primo era evidente en su tono—. No sabes qué demonios hay ahí dentro.

—Me importa una mierda. —La impotencia y la rabia se mezclaron

en su interior de tal modo que sentía que podía explotar en cualquier momento—. ¡Ya lo tenía!

Alex no lo soltó.

—Tengo una hija, Stratford —explicó con calma—. Me gustaría verla crecer. Pero si entras en ese maldito edificio tendré que seguirte, y sabes igual que yo que las probabilidades de que salgamos vivos no están de nuestro lado. Ese tipo sabe por dónde se mueve y te ha conducido hasta aquí por una razón.

Aquellas palabras no lo calmaron. No era tonto. Comprendía a lo que se exponía. Y no le importaba. Miró de reojo a Alex. Él también lo sabía. Por eso había mencionado a la cría.

—Deberías estar en tu maldito club con tu familia —murmuró con cansancio.

Su primo asintió.

—Debería. Pero sabes que no te dejaré solo. —Tiró de él para obligarlo a emprender el camino de regreso—. No puedes seguir así. Han pasado seis años.

Sebastian negó con la cabeza mientras arrastraba los pies, como si ya no le quedaran fuerzas.

—Es hora de seguir adelante —continuó Alex—. Mañana te llevaré al teatro. —Y, adelantándose a su indignación, agregó—: Puedes llegar por tu propio pie y mantener la dignidad, o sujeto y amordazado por unos cuantos hombres del club. Tú decides. Pero mañana el marqués de Stratford acudirá a Covent Garden.

Capítulo 9

Sebastian se encontró sentado en su palco, asistiendo por enésima vez a la misma representación. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de algo como lo hacía en aquel momento y la obra que se desarrollaba sobre las tablas poco tenía que ver.

Acomodándose en su butaca, observó a la mujer cuya presencia llenaba el escenario. En ese momento, el personaje de Angelina entonaba un aria con tal sentimiento que el teatro entero había enmudecido y todos la miraban con absorto embelesamiento, como si las emociones del personaje se hubieran convertido en propias. Sebastian esbozó una sutil sonrisa. Aquel personaje dulce y virginal no era el apropiado para ella, aun cuando parecía hecho a su medida. Su voz de contralto, grave y ligeramente ronca, era demasiado sugerente para la inocente Cenerentola, pero constituía el complemento perfecto para aquel cuerpo menudo, de formas ligeras y curvas voluptuosas.

Era una mujer hecha para el placer. Sus ojos, que recorrían el teatro con un descaro impropio de una doncella, constituían una silenciosa invitación al pecado, y aunque había tratado de olvidarlo, no le quedaba más remedio que asumir que él era un pecador consumado.

Tal y como había sucedido en las ocasiones anteriores, se encontró deseándola con tal desesperación que incluso le asustaba. Solo una vez había sentido algo semejante, hasta el punto de que había buscado en todas sus compañeras de cama algún rasgo de ella. Ni siquiera había logrado retener sus nombres en su mente. Todas habían sido, de un modo u otro, lady Briony Buxton. Unas habían tenido su pelo, suave y oscuro. Otras, sus manos. Otras, su boca. Pero he aquí que esta mujer no podía ser más diferente a ella: su cabello de fuego; su experimentada mirada, alejada del candor

juvenil de Briony; sus gestos medidos, estudiados, propios de una experta seductora. Todo en ella evocaba a noches eternas de placer, sin promesas ni remordimientos.

Recorrió con descaro a aquella mujer que le robaba la respiración y se dio cuenta de que después de una vida amándola y seis años en el infierno, por fin estaba preparado para dejar atrás a Briony.

Con cierta inquietud se dispuso a disfrutar de los últimos instantes de la obra. En cuanto terminara, se acercaría a los camerinos y le haría una propuesta que ella no pudiera rechazar. Lo había decidido semanas atrás, la primera vez que la vio. Su primo lo había arrastrado a la fuerza hasta la butaca, obligándolo a permanecer sentado mientras sentía que el teatro entero lo observaba con más atención que a los actores sobre el escenario. Sin embargo, en cuanto ella había aparecido en escena, todo a su alrededor se había evaporado y había sabido que tenía que ser suya. Ni siquiera cuando Alex lo había informado de quién era su amante se había desanimado. Él era el marqués de Stratford. Lograría conquistarla. Solo los remordimientos lo habían detenido, la sensación de que estaba abandonando a Briony, de que la estaba traicionando de nuevo. Pero nada más había postergado lo inevitable. Desde entonces, no había logrado apartarla de su mente y había acudido al teatro una y otra vez. Su fascinación por Rossini no había pasado desapercibida. Los cotilleos sobre su regreso a la sociedad no habían tardado en surgir. Sin embargo, el hecho de que sus únicas apariciones fueran aquellas había acabado por aburrir a sus congéneres.

Los ojos de ella recorrieron el teatro con insolencia mientras entonaba las últimas notas y una burlona sonrisa se dibujó en sus labios. Pero cuando sus miradas se encontraron, titubeó. Una vacilación casi imperceptible de la que ningún espectador normal se hubiera percatado. Pero él la había observado ensimismado durante tanto tiempo que podía percibir incluso la más sutil de las oscilaciones.

Y, de pronto, comenzó a ver en ella unos rasgos que ya creía superados. Creyó distinguir un pequeño lunar junto a su boca. Unas manos conocidas. Unos labios que ya había besado. Incluso percibió

con claridad sus ojos de medianoche aun cuando era plenamente consciente de que sería imposible distinguirlos a esa distancia. Aquella mujer no podía ser más distinta a Briony y, sin embargo, él la tenía ante sí de nuevo, con tal nitidez que casi sentía que podría tocarla si estiraba los dedos, como tantas noches a lo largo de los últimos años.

Miles de recuerdos de ella lo asaltaron de repente. Todo aquello que creía haber olvidado volvió a su mente. ¿Por qué ahora? ¿Por qué cuando creía poder seguir adelante volvía al punto de partida?

—¡Joder! —exclamó, sobresaltando a lord y lady Langley, que se encontraban en el palco de al lado.

Sintiéndose enfermo de pronto, abandonó su butaca a trompicones. Caminó sin rumbo por el entramado de pasillos del teatro sin mirar por dónde pasaba y sin saber a dónde iba. Solo cuando se hubo alejado lo suficiente, se apoyó contra una pared y se apretó las sienes con fuerza. Estaba perdiendo el juicio. Se estaba volviendo loco y ni siquiera eso le importaba. Tal vez pudiera encontrar por fin la paz que se le escapaba.

El sonido de voces acercándose lo sobresaltó. La obra había terminado y los espectadores abandonaban sus asientos. Pronto los pasillos serían un hervidero.

Incapaz de enfrentarse al mundo en ese momento, siguió caminando sin rumbo, adentrándose en las entrañas del teatro. Para cuando se quiso dar cuenta, había llegado al trascenio. Los actores salían de escena tras el aplauso final. Y entonces la tuvo frente a él. Brigitte Dubois. La diva que había conquistado Francia. La misteriosa mujer a la que nadie conocía. No concedía entrevistas, no permitía que nadie se acercara. Y cuando sus ojos se encontraron, Sebastian entendió por qué. Si alguien se aproximaba demasiado podría descubrir la verdad. Podría percatarse de que esa mujer era una impostora. Porque la inalcanzable Brigitte Dubois había sido una vez la hermana de un duque.

***

Nick caminó con tranquilidad hacia los camerinos, como hacía cada

noche en que ella representaba. A nadie le sorprendió verlo tomar aquella dirección. Su relación era de sobra conocida. Una relación que había servido a ambos por igual. A él le había ayudado a sostener una reputación de la que ya estaba hastiado. A ella la había mantenido a salvo. Seguramente jamás entendería qué lo había llevado a convertirse en su protector. Mentiría si dijera que no había tenido la intención de seducirla al principio. Aquellos ojos extraordinarios lo habían perseguido en sueños desde que los había visto por primera vez, en un lugar al que ella no debería haber acudido.

En su mente irrumpió el recuerdo de aquella noche, cuando la había sorprendido casi desnuda en su biblioteca. Tras tropezarse con ella no había logrado sacársela de la cabeza y topársela en aquellas condiciones le había parecido un regalo del cielo.

—Así que esta es la cara de un ángel —le había dicho recorriéndola con la mirada—. Uno muy travieso, por lo que veo.

Y entonces había reparado en su expresión y se había dado cuenta de que no había sorprendido un encuentro casual. El tipo que había estado con ella le importaba de verdad. Y ella no era como las demás mujeres del baile.

—Quizá debería vestirse —le había indicado, ocultando con su insolencia lo incómodo que se sentía—. No es que a mí me moleste, por supuesto.

Ella había reaccionado. Sus manos habían temblado tanto al tratar de arreglarse el vestido que él había soltado un bufido exasperado. No le gustaban las vírgenes. No tenía paciencia ni ánimo para tratar con la inocencia o la ingenuidad. Prefería a las mujeres experimentadas. A poder ser, de mala reputación. Era demasiado indolente como para estar mintiendo u ocultando cosas para proteger a nadie. Y, sin embargo, aquella joven había despertado en él algo que no había comprendido. Alguien había llamado a la puerta, y cuando la manilla se había movido, había hecho algo que jamás había creído posible.

—Tendrá que casarse conmigo —le había propuesto sin pensar—. Thorne no guardará un secreto como este.

Ella lo había mirado como si se hubiese vuelto loco, y él mismo, en

cuanto se había escuchado, se había planteado que podría ser así.

—Jamás me casaré con nadie —había susurrado ella, llenándolo de alivio y frustración al mismo tiempo. Entonces, el reportero del Morning Post con el que se había citado días atrás había entrado en la estancia y aquella muchacha estuvo perdida.

Curiosamente, el destino la había puesto de nuevo en su camino. Y, en algún punto entre el fatídico baile en el que ella había echado a perder su reputación y el momento actual, una aventura con ella había dejado de interesarle. Brigitte se había convertido en la persona más valiosa que existía en su vida.

Acababa de doblar la esquina cuando vio a Stratford y no necesitó más que un vistazo a su rostro para darse cuenta de que todo había acabado. Él la había reconocido.

Maldiciendo para sus adentros, se acercó a paso ligero. Había sido una mala idea. Desde el principio, le había advertido que regresar a Inglaterra era arriesgado. Pero la situación con Courbet y la obstinación de Valois habían sido más fuertes que la prudencia. Además, Brigitte Dubois no podría ser eterna sin haber pisado los escenarios de Londres.

Sin perder un instante, sujetó al marqués y lo arrastró hacia la sala de ensayo más cercana. Solo la estupefacción del hombre le permitió moverlo sin resistencia. Sin embargo, se recuperó demasiado pronto. Trató de zafarse y Nick lo sujetó más fuerte.

—Ni se te ocurra joderlo ahora —susurró con furia.

Stratford lo fulminó con la mirada, pero no se amilanó.

—Ya le arruinaste la vida una vez —increpó mientras lo obligaba a entrar en la sala—. Ni siquiera tú puedes ser tan hijo de puta como para hundirla de nuevo.

La furia del hombre se intensificó. Lo vio en la tensión de su cuerpo, en el fuego de sus ojos y en la fuerza con que apretaba la mandíbula. Y no pudo más que maravillarse de que no hiciese estallar en pedazos aquel hueso en concreto.

En cuanto la puerta se cerró, Stratford se enfrentó a él.

—¡Eres un cabrón! —gritó—. Sabías que estaba viva.

Nick no se molestó en responder. No le había hecho ninguna pregunta, en realidad.

—Permitiste que todos la creyéramos muerta —continuó el marqués fuera de sí—. Su familia ha pasado un infierno y te ha dado igual.

Nick suspiró. No iba a asumir culpas que no le correspondían. Además, dudaba que Stratford estuviera pensando en los Buxton en ese momento.

—Fue su hermano quien aseguró haber encontrado su cuerpo —replicó con calma—. Yo solo he cuidado de ella.

Tal vez fueran sus palabras o la tranquilidad con la que las pronunció, pero Stratford perdió el poco control que le quedaba. Trató de agarrarlo, pero Nick se zafó como pudo. Ya había estado a punto de estrangularlo una vez, no tenía interés en que probara suerte de nuevo.

—¿La has convertido en tu querida para cuidarla?

Nick rio.

—Ese ha sido un incentivo extra —replicó, solo para provocarlo.

No fue una buena idea. La expresión del otro hombre le dejó claro que quería matarlo.

—Tenía que protegerla —murmuró. La única verdad que decía en mucho tiempo.

Sebastian se envaró, como si aquella información le doliese más que todo lo que había descubierto esa noche.

—Briony siempre ha tenido quien la ampare —gruñó.

Y entonces fue el turno de Nick de enfurecerse. Nadie la había cuidado jamás. De lo contrario, ella no habría acabado fingiendo ser alguien que no era, y no solo sobre el escenario. Si a alguien le hubiese importado, la habrían obligado a convertirse en lady Stanbridge años atrás. O habría descubierto, como él había hecho, quién había sido el malnacido que la había abandonado en su biblioteca y habría citado al amanecer al imbécil que tenía ante él.

—Me gustaría saber dónde estaba ese protector mientras se desangraba sobre los adoquines de Dover —replicó, apretando los dientes.

Al menos, entre la neblina de furia que lo dominaba, tuvo la satisfacción de ver cómo la sangre abandonaba el rostro del marqués.

—No soy como tú, Stratford —increpó sin sentir la menor compasión por aquel tipo—. Puedo ser inmoral o irresponsable, pero no soy un mentiroso. Si yo no tuviese un pasaje para el mismo barco que ella aquella noche, habría muerto. Incluso así, estuvo muy cerca de reunirse con san Pedro.

El otro hombre tardó en responder, como si su cerebro no lograse procesar sus palabras. Nick lo observó con más detenimiento. Los numerosos cambios que se habían producido en aquel marqués mimado por la sociedad no lo pillaron por sorpresa. Desde el instante en el que había decidido proteger a Brigitte, no había perdido de vista a ninguno de sus allegados, Stratford incluido. Conocía sus rutinas. Lo había visto salir algunas noches, frecuentar tugurios y barrios marginales, con la apariencia de un vagabundo. Pese a que algunas semanas atrás se había afeitado y su pelo lucía un nuevo corte a la moda, había perdido tanto peso que el traje le caía demasiado flojo, y su mirada se había vuelto tan dura como el acero.

—¿Qué pasó? —le preguntó Stratford, por fin.

Nick negó con la cabeza.

—No me corresponde a mí responder a esa pregunta. —Suspiró—. No eres un buen tipo, Stratford, aunque Brigitte siempre haya creído lo contrario. Si de mí dependiera, jamás volverías a estar cerca de ella.

—Su nombre no es...

—Briony ya no existe —lo cortó, tajante—. Cuando antes lo asumas, mejor para todos.

Se giró para marcharse.

—Déjala en paz —advirtió, antes de salir—. Le diré que hemos hablado, pero es ella la que debe decidir si desea volver a verte.

Capítulo 10

Sebastian se quedó mirando la puerta cuando Stanbridge desapareció. La intensidad del rechazo que sintió lo pilló desprevenido. Aunque nunca habían sido especialmente cercanos, su relación en el pasado había sido distendida y cordial. Ambos habían coincidido con frecuencia en eventos poco adecuados y habían compartido juergas y risas. Sin embargo, cuando, años atrás, él había afirmado con la frialdad de quien no siente aprecio por nadie que Briony estaba muerta, había estado a punto de estrangularlo. Y ahora, al saber que había pasado con ella los últimos años, que la había protegido cuando él no había logrado hacerlo y que se sentía, incluso, con el derecho a decidir si podía verla o no, sentía deseos de quemar el mundo.

—Bastardo —murmuró.

Si aquel imbécil pensaba que podía decirle qué hacer, estaba equivocado.

Salió de la sala demasiado deprisa y a punto estuvo de llevarse por delante a un par de encargados de vestuario que transportaban un perchero repleto de vestidos.

—¡Cuidado, amigo! —advirtió el de mayor edad, dando un paso atrás—. Las prisas nunca han sido buenas entre bambalinas.

Esquivó como pudo aquel embrollo de telas y encajes, solo para toparse con varios operarios cargados con distintas partes del decorado de aquella noche. Las piezas eran grandes y difíciles de manejar, por lo que el pasillo había sido inhabilitado para cualquier otro menester.

—Maldita sea —murmuró, buscando algún hueco por el que escabullirse.

—¿Desea algo?

Aquella pregunta lo sobresaltó. Se dio la vuelta y vio que, a solo

unos pasos de distancia, un hombre alto, de cabello castaño y ojos verdes lo observaba con atención. Sus rasgos le resultaban vagamente familiares y no tardó en darse cuenta de que había estado sobre el escenario encarnando al enamorado de la dulce Cenerentola. Dudó. ¿Qué relación tenía aquel tipo con Briony?

—Necesito llegar a los camerinos.

Su interlocutor lo estudió con detenimiento, pero nada en su rostro delató sus pensamientos. Sebastian hizo una mueca de desagrado. Por lo general, le resultaba sencillo leer a la gente, pero estaba ante un actor profesional. Era imposible saber qué demonios pensaba.

—Lo siento, milord. —Que fuera capaz de deducir su posición social solo con mirarlo no le gustó—. Los camerinos son de uso privado.

Se observaron unos segundos, pero ninguno abrió la boca.

—No importa —murmuró Sebastian, al fin. No iba a darse por vencido con tanta facilidad. Habría otras formas de acercarse a ella.

Sin despedirse, comenzó a alejarse en dirección opuesta. Asistiría a cada maldita función, acamparía ante el teatro de ser necesario, pero lograría hablar con ella.

—Pese a la insistencia de lord Stanbridge —indicó el hombre a su espalda—, Brigitte se negó a quedarse en Coventry Hall.

Sebastian miró al actor por encima del hombro y le sorprendió la atención con la que lo observaba.

—Se aloja en el 26 de Cheyne Row desde que llegamos a Londres.

Uno de los decorados se cayó con estruendo y alguien soltó una blasfemia.

—¿Qué demonios...?

El otro hombre perdió el interés en la conversación y se apresuró hacia los operarios.

Sebastian no se movió. La dirección que aquel tipo le había dado le resultaba familiar, pero no lograba identificarla. Salió del teatro y buscó su carruaje.

—¿Dónde está Cheyne Row? —le preguntó a su cochero, impaciente.

El hombre se ajustó los guantes y le abrió la puerta antes de responder.

—Es una calle de Chelsea, milord.

Chelsea. Solo tardó unos segundos en notar cómo la furia, el sentimiento de traición y la pena se apoderaban de él. Brighton había estado en su casa, le había asegurado que estaba preocupado por él.

Se subió al coche y esperó a que el chófer regresara al pescante. Entonces cerró los ojos y dejó caer la cabeza contra el respaldo del asiento. El duque siempre había sido una persona honesta, que le ocultara algo como aquello evidenciaba que había perdido para siempre su confianza.

—Al 26 de Cheyne Row —indicó.

No miró por la ventana ni prestó atención al paisaje. La furia que había sentido al descubrir que ella seguía viva se disipó casi por completo y una sensación de apatía lo invadió. ¿Qué iba a decirle cuando la viera? ¿Con qué derecho iba a presentarse ante ella después del modo en que la había tratado?

Cuando el coche se detuvo en aquel barrio discreto, frente a un edificio de ladrillo sin apenas ornamentos, titubeó. Se apeó con indecisión y miró a su alrededor. Era tarde. La calle estaba desierta y solo un par de ventanas permanecían iluminadas. No tenía sentido que estuviera allí. Debería volver a casa y pensar algo antes de acercarse a ella. No podía...

Antes de que tomara decisión alguna, la puerta de roble se abrió y, desde el umbral de la que había sido una vez la casa familiar de la condesa de Ashford, los ojos azules de Briony le atravesaron el alma.

—Entra. —Tembló como un niño cuando escuchó aquella voz tan familiar y desconocida al mismo tiempo. No había olvidado ninguno de sus rasgos, ni su olor ni el tacto de sus manos. Y, sin embargo, su voz se había ido distorsionando en su memoria. Tal vez por eso aquel fantasma que imaginaba en su biblioteca jamás le había respondido—. Entra o márchate, pero hazlo antes de que alguien te vea —apremió ella, con una voz tan gélida que lo arrancó de su ensimismamiento. En el pasado, ni siquiera cuando lo insultaba o discutía con él había empleado un tono como aquel.

No miró a su alrededor ni prestó atención a nada de lo que lo rodeaba mientras se encaminaba hacia el interior de la casa. Sus

ojos no se apartaron de Briony ni un segundo, temeroso de que, si lo hacía, ella desapareciera como tantas veces a lo largo de los últimos años.

—Me estabas esperando —murmuró al percatarse de la silla que ella había colocado junto a la ventana del *hall*.

Briony se encogió de hombros.

—Antes de salir del teatro, Nick vino a buscarme. Me aseguró que esperarías a que yo decidiera si deseaba verte.

Que se refiriera a Stanbridge por su nombre de pila lo enfureció.

—Es obvio que él no te conoce como yo —continuó ella, ajena a su ira—, o sabría que al marqués de Stratford solo le importan los deseos del marqués de Stratford.

—Briony... —llamó, solo para sentir cómo sonaba de nuevo su nombre en sus labios.

***

Brigitte observó al hombre que tenía ante ella como si de un completo desconocido se tratara.

—Mi nombre es Brigitte Dubois —lo corrigió, impasible—. Briony murió hace mucho tiempo.

—Eso no...

Alzó una mano para detenerlo. No quería escucharlo, no quería saber nada de él. En cuanto Nick le había contado que había descubierto la verdad, su único deseo había sido mantenerlo tan lejos como fuera posible. Pero no era tonta y conocía a Sebastian, así que se había limitado a esperarlo, impaciente por terminar de una vez con aquel capítulo de su vida.

Caminó hacia la sala, sabiendo que él la seguiría, y se ubicó en una butaca de terciopelo verde que necesitaba con urgencia ser tapizada de nuevo. No lo invitó a tomar asiento. ¿Para qué? Le daba igual si estaba cómodo o no, si permanecía de pie, sentado o si decidía hacer el pino en medio de la estancia. Lo único que deseaba era que se marchara cuanto antes y no volver a verlo jamás.

Su falta de modales no pareció surtir ningún efecto. Él seguía mirándola, casi sin pestañear, como si fuera incapaz de apartar sus

ojos de ella.

Brigitte carraspeó, incómoda, pero no logró la menor reacción. Suspiró con cansancio. Bien, aquello iba a durar más de lo que esperaba.

Se arrellanó en la butaca y lo observó con la misma intensidad con la que él lo hacía. No había sabido nada de Stratford en los últimos seis años. Jamás le había preguntado por él a Nick ni prestaba atención a ningún cotilleo o información proveniente de Londres. Regresar a la ciudad había supuesto encontrarse con una realidad que le era ya ajena. Las últimas semanas habían sido complicadas en más de un sentido.

Observó al hombre que tenía ante ella. Pese a que lo había vislumbrado con frecuencia entre el público del teatro, había estado demasiado lejos como para distinguir sus rasgos con nitidez. La sorprendió, pues, descubrir que apenas se parecía al muchacho de sus recuerdos. Llevaba el pelo más corto que años atrás y, aunque seguía vistiendo con elegancia, sus trajes ya no se ajustaban como antaño. Había perdido peso, y aquel rostro aniñado con unos rasgos tan suaves que parecían esculpidos por las manos divinas del mismísimo Hefesto había sido sustituido por una expresión dura, sombría, como si la vitalidad y la juventud lo hubiesen abandonado mucho antes de tiempo. Se preguntó a qué se debería semejante transformación, si las arrugas prematuras que se habían formado en su frente y la oscuridad bajo sus ojos serían fruto de la vida disoluta y la despreocupación tras las que se había empeñado en ocultarse. Jamás había comprendido su conducta ni sus decisiones vitales. Había conocido a Sebastian, sabía que aquel comportamiento corrompido y la superficialidad que lo rodeaba no lo satisfacían. Y sin embargo...

Suspiró. No conocía a Stratford. Era evidente que jamás lo había hecho. Lo había perseguido como una niña, convencida de algo que había sido irreal. Había creído que él la quería, pero Sebastian le había demostrado, una y otra vez, que no era cierto. Tras el desastre sucedido en el baile de Stanbridge, se había convencido de que ella había sido la culpable por engañarlo. Por tenderle una trampa para atarlo a ella. El tiempo le había demostrado, sin embargo, que él la

habría abandonado de todos modos. Meses atrás, durante una de las veladas que Valois celebraba en su casa de Montmartre, uno de sus amigos les había hablado de la navaja de Ockham. Aunque empleó aquella regla para justificar por qué creía que *La dama de las camelias* no tenía intenciones políticas ocultas y solo buscaba conmover a un público demasiado apático y frívolo, Brigitte había pensado a menudo en ella como la muestra de que Sebastian jamás la había amado. Al fin y al cabo, si en igualdad de condiciones la explicación más sencilla es la más probable, la razón más simple para el rechazo continuado de Stratford era que no la quería. Sin motivos ocultos o explicaciones complejas y enrevesadas.

—¿Vamos a quedarnos así toda la noche? —interrogó con la apremiante necesidad de apartarse de él de una vez—. Ha sido un día largo, estoy cansada y, a diferencia de ti, tengo un trabajo que me obliga a madrugar.

Él no le respondió. Parecía incapaz de reaccionar, como si la conmoción de tenerla delante lo hubiera convertido en una estatua. Brigitte resopló. Se puso de pie, dispuesta a abandonar la habitación y dejarlo allí hasta que decidiese largarse. Cuando pasó por su lado, sin embargo, Sebastian estiró el brazo y la sujetó por la muñeca. Y cuando ella lo miró a los ojos hizo lo último que hubiera esperado: tiró de ella y se apoderó de su boca. La besó como lo había hecho en el baile de los Brackwell, como en la biblioteca de Coventry Hall. Como la última vez que habían estado juntos. Y, no obstante, de un modo totalmente distinto. La desesperación de entonces se había transformado en un miedo tan atroz que lo hacía temblar de un modo incontenible. Brigitte notó la tensión en la forma en que la agarraba, los estremecimientos que lo recorrían. La besó como si temiera que se evaporara, que se le escapara entre los dedos. Como si quisiese meterse bajo su piel, fundirse con su alma y no apartarse nunca. La besó como ella siempre había deseado que lo hiciera. Y, sin embargo, ella no le respondió. Tras la sorpresa inicial, giró la cara y esperó a que él se percatara de su rechazo.

Poco a poco, Sebastian pareció recobrar el dominio de sí mismo. Al menos en parte. La miró a los ojos, sin soltarla, y suspiró.

—Cásate conmigo.

Si le hubiese pedido que se fugaran juntos y se dedicaran a criar alces en Laponia no la hubiera sorprendido tanto. Pese a todo su entrenamiento, no pudo ocultar su asombro.

—Vaya —murmuró, tragando saliva—. Esa proposición deberías habérmela hecho hace once años, antes de escapar por el balcón y abandonarme en una casa ajena.

—No podía...

—O hace seis —continuó ella, cada vez más enfadada—, después de buscarme en la boda de mi hermano, besarme y salir huyendo de nuevo.

—Briony...

—¡Briony está muerta! —Brigitte se paseó por la sala, debatiéndose entre la incredulidad y el deseo de lanzarle algo: el libro que reposaba sobre la mesa de café, el jarrón de porcelana en el que alguna de las criadas había colocado jazmines rosados, el reloj de oro macizo que decoraba la repisa de la chimenea. Miró a este con anhelo, pero acabó descartándolo con una mueca—. No soy ella, Sebastian. Dejé de ser ella incluso antes de abandonar Bramshaw Manor, pero tú ni siquiera te diste cuenta.

Inspiró hondo y lo miró de nuevo.

—¿Por qué iba a aceptar una propuesta como la suya, milord? —Alzó el mentón y recuperó la impasibilidad que la caracterizaba—. No siento el menor deseo de quedarme aquí, ni de codearme con la nobleza. Y no necesito su dinero.

Él no respondió. Se limitó a observarla, como si tratara de descifrar lo que ella ocultaba. Como si buscara a la Briony que había conocido.

—No soy ella —le repitió, deseando que él lo entendiera—. Tengo otra vida, mucho más plena y gratificante que la que nunca tuvo Briony. Ni mis deseos ni mis sueños son los mismos.

—Cásate conmigo de todos modos —insistió él, y Brigitte no supo qué responder, no porque tuviese la menor intención de aceptar aquella insensatez, sino porque él no parecía capaz de procesar sus respuestas.

—¿Nadie te ha informado de mi relación con Nick?

Él se encogió de hombros.

—No me importa.

Brigitte rio sin humor. ¿Qué demonios le pasaba a aquel idiota?

—Me rechazaste cuando era una debutante, cuando todo mi mundo giraba en torno a ti, pero me quieres ahora que le pertenezco a otro.

—Te he querido siempre —la corrigió él, acercándose y acariciándole una mejilla con los dedos—. Te he amado tanto que preferiría arder en el infierno antes que ponerte en peligro. —Arrugó la frente, como si no supiera cómo continuar—. ¿Brighton no te ha contado nada?

Ella se apartó.

—Hace años que no hablo con mi hermano. Cuando decidimos venir a Londres le escribí a la única persona que me ayudó a largarme de aquella cárcel. —Hizo una mueca—. Fue ella quien le pidió a Kate que dejara que «una buena amiga» se quedara en su casa.

—Te enterramos en Petersfield —le indicó él, analizando su reacción—. Tu madre estaba destrozada.

Brigitte se apartó de nuevo y le dio la espalda.

—Lo sé —respondió sin el menor rastro de emoción en la voz—. Pero yo no pedí nada de aquello. Supongo que mi familia es experta en ocultar sus trapos sucios tras historias inventadas.

La expresión de Sebastian cambió. La miró con desaprobación mientras procesaba lo que acababa de decir.

—Desapareciste sin decir nada —indicó, como si ella necesitara un recordatorio—. Te buscamos sin descanso incluso después de que el imbécil de Stanbridge nos asegurara que estabas muerta. —Negó con la cabeza y apartó la mirada de ella por primera vez—. Tu familia no podía estar en vilo para siempre, alerta por los comentarios maliciosos y los rumores que surgían en torno a tu persona, siguiendo cada pista falsa que muchos daban por diversión, solo para mofarse de un duque. Incluso yo entiendo que necesitaban recuperar una cierta normalidad y un lugar donde poder llorarte.

Brigitte suspiró. Hacía mucho tiempo que no se permitía pensar en su familia. Su relación con su hermano había sido distante desde su desastroso debut y su madre era una persona de fuerte carácter,

pero que prestaba muy poca atención a los sentimientos ajenos.

—Lottie se pasó semanas llorando —continuó Sebastian—. Ha dormido en tu cuarto desde entonces.

Aquellas palabras fueron certeras como una puñalada en el pecho. La mención de su sobrina logró que sus ojos se llenaran de lágrimas. ¡Maldición! Se suponía que ya nada la afectaba. La muerte de su protectora había sido el último golpe que había procesado. Desde entonces, aquella frialdad y apatía que Sophie siempre fingía se habían vuelto reales en su sustituta. Y, sin embargo, la mención de una mocosa acababa de echar abajo el muro que había construido.

—Me voy a la cama —informó, huyendo de la estancia para que Sebastian no se percatara de su expresión—. Ya sabes dónde está la puerta.

Capítulo 11

—No le veo el menor parecido a ti —se burló Sebastian mientras sostenía entre sus brazos a Isabella, la pequeña a la que Alex y Penelope habían traído al mundo y que había heredado los ojos grises y el pelo oscuro de su familia paterna.

Su primo rio y la niña emitió un gorgorito, como si compartiera la diversión de su padre.

—Penelope está encantada. —Alex hizo una mueca—. Expresó tan a menudo su deseo de tener un bebé con mis ojos que el universo no osaría contrariarla.

La pequeña pareció aburrirse de aquella conversación y trató de escabullirse del regazo de Sebastian, que acabó dejándola sobre la alfombra. En el momento en que tocó el suelo, la niña gateó a una velocidad que sorprendió al marqués. Con decisión, se dirigió a un aparador cercano y, tras abrir la puerta, se metió dentro.

—Es evidente, sin embargo —explicó Alex mientras iba en busca de su hija—, que tanto su carácter como su inclinación a tomar decisiones vitales cuestionables son herencia exclusiva de su madre.

Sebastian miró cómo su primo rescataba a la pequeña y la hacía bailar en sus brazos. Los cambios que el matrimonio con Penny habían producido en Alex habían sido evidentes casi desde el principio. No obstante, pese al desconcierto general, a Sebastian no le habían sorprendido en absoluto. A pesar de la apariencia cínica y displicente que siempre había proyectado, su primo no era más que un niño asustado y necesitado de cariño. Y Sebastian conocía lo suficiente a Penny como para saber que lo que a ella le sobraba era amor. Aunque lo apreciaba más de lo que le gustaría, no pudo evitar sentir una punzada de envidia.

—¿Has logrado ya memorizar toda la obra? —Las palabras de Alex, que se había sentado con la pequeña en una butaca cercana al sofá

que él ocupaba, lo sobresaltaron. Tardó unos segundos en procesarlas y, finalmente, suspiró.

—¿Qué es lo que sabes? —interrogó. Hacía mucho tiempo que no socializaba de forma voluntaria y, tras el encuentro con Briony del día anterior, se sentía bastante exhausto. Estaba claro que había perdido sus habilidades.

Alex se encogió de hombros.

—Que frecuentas tanto el teatro que están pensando en cambiarle el nombre y tallarte un busto conmemorativo justo en la entrada, para que todos puedan saludarte antes de ocupar sus asientos.

—Eres un asno —murmuró Sebastian, y Alex se rio.

—¿Qué es lo que la hace tan especial? —le preguntó, al fin.

—¿A la obra?

Alex resopló.

—Tú no vas al teatro por la obra. —Lo miró a los ojos—. Si acudes a cada puñetera representación es por la actriz.

—¿Sabes quién es?

Su primo hizo un gesto negativo.

—Tengo entendido que no se prodiga mucho. Ninguno de nuestros clientes sabe demasiado de ella y los comentarios que hacen... —titubeó—. Es una actriz. Ya sabes el tipo de cosas que pueden decir.

—Es Briony —informó, tratando de ignorar lo que había dicho Alex. Era lo único que podía hacer para no intentar sonsacarle los nombres de todos los idiotas que hubieran hecho un comentario despectivo sobre ella, con la clara y firme intención de molerlos a golpes lo antes posible.

La sorpresa se hizo evidente en el rostro de su primo, que acomodó a Isabella en sus brazos para que se durmiera mientras lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Has vuelto a beber?

Si no tuviera a su hija, Sebastian le hubiera lanzado la lámpara más cercana.

—Estoy sobrio y lo sabes.

—Pero lo que dices es absurdo. Briony está muerta. Yo mismo asistí a su funeral.

Sebastian suspiró.

—Asistimos al entierro de un ataúd vacío. La he visto. He hablado con ella. Es Briony.

En otras circunstancias, el desconcierto de su primo le habría resultado divertido. En esta ocasión, sin embargo, se limitó a observarlo con cansancio, hasta que logró recuperar el habla.

—No lo entiendo. ¿Cómo puede una persona desaparecer sin dejar rastro y regresar con una identidad diferente? —negó, incrédulo—. Brigitte Dubois es una celebridad en Francia desde hace años. No puede ser Briony.

Sebastian fijó sus ojos en los de su primo.

—Te aseguro que es ella. —Alex comenzó a negar de nuevo, pero él lo atajó—. Toda mi vida la he pasado junto a ella. La vi crecer, jugué con ella cuando éramos niños y la he amado cada maldito segundo de los últimos quince años. ¿De verdad crees que existe la menor posibilidad, por remota que sea, de que me equivoque?

Se dio cuenta de lo que había dicho y suspiró. Ya no importaba. Reconocer ante su primo que la quería solo era una confirmación de algo que había sido siempre evidente para todos.

—No lo entendía —dijo Alex en voz baja—. Pese al tipo de hombre que soy, no concebía que hubieras abandonado a su suerte a la mujer a la que amabas. Imagino que era tu forma estúpida y equivocada de tratar de protegerla.

Sebastian lo fulminó con la mirada.

—¿Has visto a mi madre? —La falta de respuesta de su primo lo irritó todavía más—. La mujer a la que le debo la vida está condenada a ser una inválida por mi culpa. ¿Qué le hubiera esperado a Briony a mi lado?

—Supongo que nadie la habría apuñalado ni iría por ahí escondiéndose tras una identidad falsa —respondió Alex con desfachatez—. Si es que lo de la cuchillada es cierto.

Sebastian no respondió. Había tenido seis años para reflexionar sobre cómo podrían haber sido las cosas, y ahora que ella estaba de vuelta, no iba a dedicar ni un solo segundo más a aquello.

—Le he pedido que se case conmigo.

Alex negó con la cabeza.

—Eres un idiota. ¿De verdad creías que te aceptaría? Has llegado

con una década de retraso.

—No me ha rechazado.

La sorpresa se reflejó en el rostro de su primo.

—Es imposible que te haya aceptado.

—Tampoco lo ha hecho.

Si no tuviera a su hija en brazos, Sebastian estaba seguro de que Alex respondería con un comentario soez. En su lugar, puso los ojos en blanco y se arrellanó contra el respaldo de la butaca.

—Fue Alice quien me pidió que te llevara a ver la obra —informó.

Sebastian frunció el ceño. Lady Wyndham lo odiaba desde hacía mucho tiempo, cuando él ni siquiera había logrado recordar su nombre después de haber pasado la noche en su cama.

—Alguien tuvo que ayudar a Briony —murmuró para sí mismo—. Esta noche, ella misma me confesó que se quedaba en casa de Kate porque alguien le había pedido alojamiento para una buena amiga.

Alex hizo una mueca.

—Es imposible que Brighton no lo sepa.

—Perdonad que os interrumpa —Penny eligió ese momento para entrar en la sala en busca de su hija—, pero debo acostar a... —Miró a la pequeña y le sonrió a su esposo—. Veo que ya os las habéis apañado sin mí.

Alex se levantó, todavía con la niña en brazos, y besó a su mujer en la sien.

—La voy a llevar arriba —informó, dirigiendo la mirada a Sebastian —. Mientras tanto, puedes aprovechar para informar a mi esposa de este extraordinario suceso. Siendo la prima del duque de Brighton, creo que su interés en todo lo relacionado con lady Briony es más que legítimo.

En cuanto el hombre abandonó la sala, Sebastian se dio cuenta de que aquella conversación iba a ser mucho más difícil.

—Verás, Penny... —susurró—. Tu prima está viva.

Capítulo 12

La voz de Brigitte envolvió a los espectadores de Covent Garden con su tesitura grave y aterciopelada. Su intervención final era tan emotiva, su ejecución tan perfecta, que la prensa la había descrito como la única diva capaz de elevar a lo sublime a un personaje pueril que había pasado por la historia sin pena ni gloria y de convertir una obra sencilla como *La Cenerentola* en el culmen del arte dramático.

Brigitte sonrió para sus adentros al tiempo que el personaje de Angelina perdonaba a quienes la habían lastimado.

El público, enfebrecido, rompió en aplausos una noche más mientras ella, desde su posición privilegiada, recorría la sala. Había varios rostros conocidos. Algunos nobles que la habían visto actuar en Francia. Un puñado de críticos teatrales. La figura de Brigitte estaba más que consolidada; su talento, fuera de toda duda. Resultaba curioso, sin embargo, que aquellos que se habían burlado de sus primeras actuaciones, bromeando sobre la supuesta pérdida de sus aptitudes, nunca repararan en la evidencia que ondeaba ante sus ojos. Su voz había cambiado. Pero en lugar de cuestionarse el porqué, habían atribuido aquel fenómeno a la madurez, ignorando que algo así era físicamente imposible. Brigitte Dubois nunca había sido una contralto y ahora llenaba teatros con las notas más profundas que una mujer hubiera emitido jamás.

Sus ojos se encontraron con los de Sebastian que, una noche más, la observaba embelesado. Por unos instantes, se permitió perderse en aquellas profundidades cristalinas y algo dentro de ella se removió. No le había mentido. Ella ya no era Briony. Todo su mundo había cambiado y con ello sus deseos. Y, sin embargo, por un momento sintió añoranza de la muchacha que había sido. Regresaron a su mente aquellos recuerdos en los que no se había

permitido pensar. Los juegos infantiles. Las sonrisas robadas. La sensación de no querer estar en ningún otro lugar en el mundo cuando estaba junto a él.

Apartó la mirada, incómoda. Ya no era una niña. Sebastian ya no formaba parte de su vida. Sus ojos se encontraron, de pronto, con otros mucho menos acogedores. Dio un paso atrás y Valois le apoyó una mano en la espalda.

—¿Qué ocurre? —susurró, sin dejar de sonreír.

—Courbet está aquí —respondió notando como cada fibra de su ser se tensaba.

Valois recorrió las butacas con la vista hasta que lo localizó.

—Maldito imbécil —juró al tiempo que en el rostro del otro hombre se dibujaba una diabólica sonrisa.

Por algún motivo, los ojos de Brigitte regresaron a Sebastian y se dio cuenta al instante de que él se había percatado de que algo iba mal. Lo vio alejarse de la barandilla de su palco, dispuesto a acudir en su ayuda. Sin embargo, no bien había dado un par de pasos cuando la dama de apariencia estrambótica que había estado compartiendo palco con él lo tomó del brazo y lo condujo en dirección contraria. La jovencita de estridente cabello rojo que los acompañaba los siguió con desgana.

—Sonríe —le indicó Valois, haciéndole notar que había perdido la concentración, y Brigitte se maldijo. Era la primera vez que su máscara caía en público. Miró a Courbet. Aquel miserable se había dado cuenta.

***

—¡Qué estupendo que hayas venido! —canturreó lady Silverwood mientras enlazaba su brazo con el de Sebastian y lo arrastraba hacia las escaleras.

Se las había encontrado en cuanto había bajado de su carruaje y, por un momento, había tenido la sensación de que lo estaban esperando. Que asistía al teatro cada vez que *La Cenerentola* se representaba era un hecho de sobra conocido, por lo que aquella posibilidad no resultaba del todo descabellada. Por alguna razón que

no alcanzaba a comprender, aquellas mujeres se habían invitado a su palco y las diatribas de su tía habían ensombrecido la actuación de Briony hasta que lo habían hecho perder la paciencia. Le había ordenado que se callara de tan malos modos que, tras dedicarle una ofendida mirada, la mujer había guardado sepulcral silencio el resto de la representación.

Ahora, sin embargo, el efecto de su reprimenda parecía haberse disipado porque la dama parloteaba de nuevo sin parar.

—Debes escoltarnos a casa —continuaba la mujer ajena a su incomodidad—. Mi pequeña Theodosia no ha parado de hablar de ti y de las ganas que tenía de verte otra vez.

Sebastian miró a su prima y, por primera vez, no le recordó a ningún animal. Aunque los tonos de naranja que llevaba no la favorecían en absoluto, había prescindido de los volantes y el número de lazos que lucía en su atuendo parecía casi razonable. Al no encontrar en su apariencia nada que le hiciese desear arrancarse los ojos, reparó en su rostro y se dio cuenta de que la «pequeña Theodosia» se sentía casi tan incómoda como él. Además, parecía sentir unas ganas genuinas de estrangular a su madre. Cuando sus ojos se encontraron, alzó una ceja y ella bajó la vista, avergonzada. Sebastian rio y su atención regresó al esperpento que tenía por tía.

—Milady, nada me resultaría menos agradable esta noche que acompañarlas. —La expresión ofendida de la dama a punto estuvo de hacerlo estallar en carcajadas—. Además, tengo un asunto importante que atender.

Lady Silverwood chasqueó la lengua, poco dispuesta a darse por vencida.

—Puedes fornicar con la actriz a la que te comías con los ojos en cualquier otro momento —murmuró con los dientes apretados—. Es tu obligación como caballero y cabeza de familia el escoltarnos a casa si no disponemos de carruaje.

La diversión de Sebastian se esfumó. Fulminó a su tía con la mirada con una expresión tan atroz que ella se encogió.

—Si vuelve a hablar en esos términos de mi futura esposa —advirtió en un tono tan alto que varias personas se giraron a mirarlos —, le aseguro que ni todo el trabajo diplomático de su marido ni

cada penique que la modista les estafa por esas aberraciones que llaman «vestidos» le servirán para casar a la «pequeña Theodosia» con nadie por encima del estatus social de un barrendero.

Les dio la espalda y se alejó, no sin antes escuchar el despectivo siseo de su tía.

—No puedes pretender convertir a una puta en marquesa.

Apretó los puños, haciendo un esfuerzo hercúleo por no darse la vuelta. Que su tía era una cabeza hueca no era ningún secreto, pero que careciese del mínimo instinto de supervivencia era algo que acababa de descubrir. Se dirigió con decisión hacia los camerinos solo para encontrarse de nuevo con Stanbridge.

—¿Qué demonios haces aquí? —lo increpó, tratando de sortearlo.

El conde lo miró con desgana, mientras continuaba caminando hacia los vestuarios.

—Si lo de visitar a Brigitte en su alojamiento a horas intempestivas se va a convertir en costumbre —advirtió—, la convenceré de que se traslade a mi casa.

Sebastian lo sujetó por las solapas.

—Aléjate de ella.

Stanbridge lo apartó de un empujón, mucho más molesto de lo que Sebastian lo hubiera visto nunca.

—No te equivoques, Stratford —advirtió, mirándolo a los ojos—. Nada me haría más feliz que darte la paliza de tu vida. Pero la respeto demasiado para eso.

—No lo suficiente o no la habrías convertido en tu querida.

El conde se arregló la chaqueta y sonrió.

—Fuiste tú quien la convirtió en mi amante cuando huiste como un cobarde por el balcón de mi biblioteca.

—¿Ella te lo contó?

—Jamás me ha hablado de ti —respondió con desgana—. Tampoco era necesario. Te sorprendería la cantidad de cosas que sé por mí mismo.

—Es demasiado buena para ser la querida de nadie —murmuró Sebastian.

Stanbridge suspiró.

—Ambos estamos de acuerdo en ese punto. Pero fuiste tú quien la

sedujo y la abandonó después. Y, ¿para qué? Creías ser un héroe alejándote de la mujer que amas solo porque alguien atentaba contra tu vida de vez en cuando, pero no la cuidabas con ello. Solo te protegías a ti mismo.

Sebastian lo miró con desconfianza. ¿Cómo demonios sabía aquello? Stanbridge pareció leerle el pensamiento y soltó un bufido.

—Acabo de decírtelo. Sé mucho más de lo que crees. En eso consiste mi trabajo.

—Creía que tu única tarea vital era ser un calavera inmoral y depravado —respondió con disgusto.

El conde rio.

—Que los imbéciles como tú creáis eso también forma parte de mi trabajo. —Negó con la cabeza—. Tu madre no podrá volver a caminar por haberse subido en un carruaje en el que tenías que haber viajado tú, ¿crees, acaso, que te culpa por ello?

Sebastian no respondió y Stanbridge pareció entender su silencio como una invitación a continuar.

—Tu problema eres tú mismo, Stratford. No tenías miedo de que a Briony le sucediera algo, temías lo que te ocurriría a ti si la perdías. Y ya ves, al final la perdiste de todos modos.

La puerta ante la que se encontraban se abrió y Brigitte los fulminó con la mirada.

—Os agradecería que celebraseis vuestras reuniones en otra parte. —Salió, con paso ligero, como si huyera de algo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntaron Sebastian y Stanbridge al unísono.

Ella se detuvo un momento. Cuando se giró, solo miró al conde.

—Courbet está aquí —murmuró.

Stanbridge se apresuró hacia ella y la tomó del codo.

—¿Quién demonios es Courbet? —preguntó Sebastian, siguiéndolos.

Ninguno de los dos se molestó en responderle. Recorrieron los pasillos traseros del teatro con la familiaridad de quien se mueve por ellos a diario, hasta alcanzar una de las salidas auxiliares que el arquitecto había añadido tratando de facilitar la evacuación en caso de incendio.

—Voy a por el carruaje —indicó Stanbridge—. No te muevas.

Ella asintió y se ocultó entre las sombras. Sebastian se paró a su lado.

—No deberías estar aquí —indicó ella con voz fría.

—Es el único lugar donde debería estar.

Brigitte apretó la mandíbula.

—Supongo que para el marqués de Stratford debe ser difícil asumir que sobra. Incluso cuando una mujer y su amante están a punto de irse a casa juntos.

—No vas a ir a Coventry Hall.

Ella rio sin humor.

—Su casa. Mi casa. Tu casa. ¿Crees que importa? Llevamos seis años viéndonos casi cada día y la reputación de Nick le precede. ¿Qué crees que cambiará el lugar a donde vayamos?

Sebastian hizo una mueca, pero no iba a rendirse. Había conocido el infierno al creer que la había perdido y no estaba dispuesto a regresar allí de nuevo. Iba a atarla a él con todos los lazos, humanos o divinos, que fuera posible. Y la mantendría a salvo. No sabía cómo, pero podía hacerlo. Nunca compartirían carruaje. Contrataría a mil guardaespaldas. Se mudarían a la montaña más remota de Escocia.

—Me da igual lo que haya pasado entre vosotros —afirmó—. Quiero que seas mi esposa.

Ella se llevó una mano a la frente y se apretó los ojos.

—¿Por qué ahora, Sebastian? —preguntó, cansada—. Durante años pensé que me despreciabas por haberte engañado porque yo sabía que nos iban a descubrir, pero en la boda de mi hermano fingiste no saber de qué te hablaba.

Sebastian suspiró.

—No lo sabía. Y, si las circunstancias hubieran sido diferentes, no me hubiera importado. De hecho, no era necesaria ninguna trampa para atraparme. Siempre he sido tuyo. Pero no podía estar contigo y tú deberías haber podido disfrutar de tu primer baile y de tu temporada, como todas las demás.

Ella negó con tristeza.

—No la quería. No deseaba exhibirme por los salones mostrando un interés que no sentía. Ni estaba dispuesta a fingir que existía la

menor posibilidad de que me interesara por ningún otro caballero mientras tú te paseabas por ahí con quién sabe qué damas. Solo deseaba que volvieras conmigo a casa. Quería escuchar de nuevo el *Canon en Re mayor*. —Se encogió de hombros—. Pero no volviste a tocar para mí.

Sebastian suspiró.

—Siempre toco para ti, Briony.

En el momento en que sus ojos se encontraron, el reloj se detuvo. De pronto solo fueron ellos de nuevo, como tanto tiempo atrás. Sebastian acortó la distancia y, sujetándole el rostro entre las manos, acarició los labios de ella con los suyos.

—No he vivido ni un solo segundo desde que te fuiste —susurró contra su boca—. Hubiera bajado al infierno y retado al mismísimo diablo solo por pasar un minuto más contigo.

Briony le acarició una mejilla mientras sus alientos se mezclaban y la eternidad parecía posible.

—Sebastian —dijo con tristeza—. Ya no soy ella.

Un rayo de luna arrancó un destello del objeto que se acercó con rapidez al cuello del marqués. Los segundos que tardaron en identificar el filo de la navaja resultaron fatales. Todo ocurrió demasiado deprisa. La sangre. La fuerza inexplicable que lo empujó a un lado. El sonido sordo de un hombre al caer.

Sebastian se llevó la mano al punto en el que sentía un escozor conocido. Había pasado por aquello tantas veces...

Observó los dedos manchados de rojo y sus ojos buscaron de inmediato a Briony, que permanecía paralizada. Por primera vez desde que había regresado, atisbó en aquel rostro impasible un pedazo de la niña que una vez había sido. El miedo que sentía cada vez que lo veía caer y corría a su lado. El amor que jamás se había molestado en ocultar.

—¡Es solo un rasguño, por el amor de Dios! —bufó una voz tras ellos, y Sebastian se dio cuenta de que era cierto. El cuchillo apenas había rozado la piel y, pese a lo aparatoso del corte, ni siquiera necesitaría suturarlo—. Cuando os venga bien podríais echarme una mano por aquí. —La voz a su espalda parecía cada vez más exasperada—. Sin prisa, ¿eh?

Cuando se dio la vuelta vio que Stanbridge sujetaba a duras penas a un muchacho joven, pero mucho más alto que él, que forcejeaba con desesperación.

—Estoy a diez segundos de golpear tu cabeza contra el suelo y ver qué sucede —gruñó el conde con los dientes apretados por el esfuerzo—. Ya lo hubiera hecho si este idiota no te necesitara vivo.

Sebastian se apresuró a ayudarlo. Entre los dos consiguieron reducir al individuo, que soltó una blasfemia entrecortada.

—Bonito vocabulario —apuntó Stanbridge —. ¿Te lo enseñó tu mamá?

El tipo lo fulminó con la mirada y comenzó a luchar de nuevo. Sus convulsos movimientos hicieron trastabillar a Sebastian, que a punto estuvo de perder el equilibrio. En cuanto se recobró, hizo lo que Stanbridge debería haber hecho desde el principio. Alzó su mano derecha y lo dejó inconsciente de un puñetazo.

—Veo que la paciencia no es una de tus virtudes —indicó Nick con sorna—. Aunque ahora mismo me alegro de que conmigo optaras por la lenta y civilizada opción del estrangulamiento.

Que bromeara sobre lo sucedido años atrás cuando, mientras buscaban a Briony, él afirmara con frialdad que estaba muerta, lo irritó. Stanbridge pareció darse cuenta de ello, porque cambió de tema de inmediato.

—De nada —observó, alzando una ceja—. Estoy aquí para servirte.

Briony se acercó a ellos y le tendió un pañuelo a Sebastian, que lo miró con extrañeza.

—Tu cuello —le recordó ella.

Fue consciente, entonces, del escozor en su garganta y de la humedad de su camisa.

—Gracias. —Rozó los dedos fríos de ella al tomar la tela y Briony apartó la mano con rapidez.

—Qué importancia tiene el esfuerzo de un hombre por reducir a un maleante que trataba de asesinarte en comparación con el sacrificio de una dama al desprenderse de su pañuelo —gruñó Stanbridge y Sebastian casi sonrió.

—A ti también —indicó sin mirarlo, y el conde soltó un resoplido.

—Aunque tu habilidad con los puños ha quedado más que

demostrada, si pretendes sonsacarle a este infeliz alguna información quizá deberíamos llevárnoslo de aquí. —Hizo una mueca —. Y dado que mi carruaje está justo a la vuelta de la esquina, supongo que yo seré el afortunado transportista.

Entre los dos arrastraron al muchacho hacia el vehículo, mientras Briony los seguía en silencio. En cuanto el chófer se percató de su presencia, se apresuró a ayudarlos.

—Milord —saludó con una inclinación de cabeza, antes de tomar al joven por las axilas y alzarlo para echárselo al hombro, como si cargar hombres inconscientes formase parte de su día a día.

Soltó al tipo sobre el pescante y, tras sacar un par de cuerdas de un compartimento oculto bajo el asiento, procedió a inmovilizar sus pies y sus manos.

—No parece su primera vez —murmuró Sebastian sin apartar sus ojos del cochero.

A su lado, Stanbridge rio en voz baja.

—¿A tu casa? —le preguntó el conde, y Sebastian hizo una mueca.

—Tengo una idea mejor.

Stanbridge lo miró un momento, se acercó al carruaje y abrió él mismo la puerta del habitáculo. Le tendió la mano a Briony y ella la aceptó con una familiaridad que exasperó a Sebastian. Antes de que el conde la siguiera al interior, él mismo se adelantó y se sentó a su lado.

—Las damas primero, por supuesto —farfulló Stanbridge, subiendo tras él, pero Sebastian ignoró su ironía. Centró toda su atención en Briony, que mantenía la vista fija en la oscuridad tras la ventana y seguía inusualmente callada.

—Lo siento —se disculpó, aunque no estaba seguro de que ella lo escuchara.

—¿Qué ha sido eso, Sebastian? —murmuró sin mirarlo.

Stanbridge, que había ocupado el asiento opuesto, soltó un suspiro y cerró los ojos, dejando claro que aquella conversación no iba con él.

Sebastian dudó, sin saber qué responderle.

—¿Recuerdas el accidente de trineo? —preguntó al fin.

Ella asintió, sus ojos todavía perdidos en la noche de Londres.

—¿Y el día que mi caballo casi me aplasta cuando tropezó al saltar la acequia que separa nuestras propiedades?

Esta vez ella sí lo miró.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó con cansancio.

—No eran accidentes. El trineo estaba manipulado. Alguien había colocado un trozo de alambre en la herradura del caballo. —Ella no dijo nada y él continuó—: El patrón siempre era el mismo: en situaciones cotidianas de las que yo debía formar parte, algo fallaba. Daba igual cuántas veces revisara mi escopeta antes de salir de caza o cuántas personas inspeccionaran cualquier aparato que yo fuera a manipular. —Se rascó la sien, sin saber muy bien cómo continuar—. Me pasé años creyendo que atraía a la mala suerte. Con el paso del tiempo, sin embargo, comprendí que los accidentes no ocurrían cuando cambiaba de planes en el último momento y comencé, incluso, a encontrar cierta diversión en el reto. Era como si estuviese echándole un pulso al destino.

Stanbridge abrió un ojo, quizá tratando de leer la expresión de Briony. No debió hallar nada que mereciese la pena analizar porque lo cerró de nuevo casi de inmediato.

—Hasta que mi madre casi muere por viajar en un carruaje en el que debería haber ido yo —prosiguió Sebastian en voz baja—. Ella es una lectora voraz. Una vez a la semana se reunía con un grupo de damas con las que comentaba el libro que habían leído y acordaban la siguiente lectura. Aquella tarde debería haber usado el landó, pues el carruaje estaba preparado para que yo partiera hacia Londres a la mañana siguiente, pero hacía mucho viento y el cielo estaba demasiado cubierto. Traté de convencerla para que se quedara, mas ella se negó en rotundo a faltar a su cita, así que insistí en que se llevara el otro coche. Ni siquiera llegó al pueblo. El eje de la rueda trasera se rompió al girar en una pendiente y el carruaje dio varias vueltas colina abajo antes de detenerse. Pese a que el cochero, que había saltado a tiempo, corrió a socorrerla enseguida, el desenlace ya lo conoces. —Notó cómo la tensión y la ira se apoderaban de él y apretó los puños—. Cuando inspeccionamos las piezas, vimos que una había sido serrada.

Briony abrió la boca, pero él la silenció con un gesto. Ahora que

había comenzado no iba a detenerse.

—En aquel momento me di cuenta de que nadie estaría seguro a mi lado. Así que me alejé de ti tanto como pude. ¿Cómo iba a ponerte en peligro?

Stanbridge resopló y vocalizó un «cobarde» en silencio. Sebastian lo ignoró.

—Pero eres obstinada y a mí me costaba Dios y ayuda recordar el riesgo cuando te tenía cerca. —Tensó la mandíbula—. Al final te lastimé de todos modos.

Cuando se detuvo, ella lo observó un momento.

—Entiendo que ya no disimulan —murmuró—. Lo de esta noche no ha sido una situación aislada.

Sebastian se encogió de hombros.

—A quien quiera que sea, no se le da muy bien.

Briony asintió, pensativa.

—Eres un cobarde —acusó, finalmente, y Stanbridge soltó una risilla—. ¿Se te pasó por la cabeza alguna vez contarme lo que pasaba? ¿Sopesaste, siquiera, que me gustaría formar parte de una decisión como esa?

—Hubieras querido estar a mi lado a pesar de todo —declaró Sebastian sin dudar.

—Por supuesto —afirmó, cada vez más enfadada—. Y hubiera estado en mi derecho a hacerlo. Porque no soy una muñeca de porcelana ni una mascota. Soy una persona con la capacidad de decidir por mí misma y tú me privaste de eso. Bajo el pretexto de protegerme, me condenaste.

—¡Estás viva! —le recordó, alzando la voz.

—¿Eso crees? —Briony se sujetó la cabeza entre las manos—. Noche tras noche me subo a un escenario y me convierto en mujeres que no son yo. Uso una peluca y me oculto bajo un montón de maquillaje. Finjo las lágrimas y las sonrisas. Pero mi actuación no finaliza cuando cae el telón. Cuando el público se va, yo sigo interpretando. Quizá a Brigitte, quizá a otra persona. Lo único que tengo claro es que ya no soy Briony. Ella se quedó en alguna parte del camino, entre los cotilleos malintencionados tras lo sucedido en Londres, la decepción de su familia y tu indiferencia.

—Jamás te mostré indiferencia.

—Perdóname, pues —le dedicó una iracunda mirada—. Tu rechazo, tu desprecio, tus palabras hirientes sin mirarme a los ojos.

—Hemos llegado —informó Stanbridge, que pareció percibir antes que ellos cómo el carruaje ralentizaba el paso hasta detenerse por completo—. Por más fascinado que esté con vuestro intercambio, me gustaría terminar con mi acción benéfica de esta noche e irme a casa.

Capítulo 13

El Black Diamond era una joya oculta en el centro de Londres. El edificio había sido diseñado por un arquitecto por entonces desconocido cuyos servicios, a partir de la inauguración del club, habían sido requeridos por algunas de las familias más importantes de Inglaterra. Su forma redondeada y las dos torres cuadradas de mármol que lo enmarcaban le conferían una apariencia única entre las construcciones de líneas rectas y estuco que se extendían a lo largo de Jermyn Street. Sus múltiples ventanas franqueadas por columnas corintias y arcos de medio punto estaban iluminadas y lo alejaban de la oscuridad que se asociaba a ese tipo de locales. Antaño, el lóbrego callejón que conducía a su puerta trasera había sido el único punto sombrío de cuanto lo rodeaba, pero la llegada de Penelope a la vida de Alex había acabado incluso con esas tinieblas.

El carruaje avanzó por los limpios adoquines de la callejuela y se detuvo ante la brillante puerta roja que conducía a las estancias de servicio.

Stanbridge se bajó antes de que las ruedas dejaran de girar.

—Aquí liberamos carga, Louis —indicó a su cochero, que se apresuró a echarse de nuevo sobre su hombro al tipo inmovilizado.

Sebastian le dedicó una última mirada a Briony.

—Deberías bajar y conocer a Isabella.

Ella no respondió. Giró la cara y fijó sus ojos en el cristal de la ventana.

—No puedes esconderte para siempre —susurró él antes de apearse.

Llamó a la puerta con los nudillos y una pulcra mujer de cabello blanco y apariencia de adorable abuelita apareció enseguida.

—Buenas noches, señora Sharp —saludó Sebastian con una sonrisa—. Me temo que hoy seré una visita incómoda.

Los ojos de la anciana se dirigieron al bulto maniatado, pero no se inmutó. Se apartó, franqueándoles la entrada, como si no hubiese nada de extraordinario en todo aquello.

—Usted siempre es bienvenido, milord —afirmó con una ligera inclinación de cabeza—. Avisaré a Alex de que están aquí.

Sebastian conocía el club a la perfección y avanzó por los pasillos de servicio hacia la biblioteca personal de su primo. Aquellas estancias estaban cerradas al público, por lo que no existía ningún riesgo de que alguno de los socios que a esas horas se divertían en las salas los viera por accidente.

En cuanto alcanzaron la biblioteca, el bulto comenzó a forcejear y el chófer lo dejó caer sin cuidado sobre la alfombra. Los ojos enfurecidos del muchacho se clavaron en Sebastian con odio. Él sonrió.

—Y pensar que solía ser conocido por mi encanto —ironizó, sentándose en una butaca y cruzando las piernas ante sí.

El cochero de Stanbridge se disculpó y regresó por donde habían venido. Una punzada de celos recorrió a Sebastian. Stanbridge acompañaría a Briony a casa esa noche, como tantas otras. Seis años. Aquel miserable había estado con ella mientras él hablaba con un fantasma. Había sabido que estaba viva mientras él esperaba la muerte con anhelo para reunirse con ella. La había tocado mientras él sufría evocando, una y otra vez, el tacto de su piel.

—Así que este es el asunto delicado del que hablaba la señora Sharp.

La voz de su primo se filtró entre la ola de ira que empezaba a consumirlo. Alex cerró la puerta tras él y se acercó al individuo tendido en el suelo. Cuando este se giró y se miraron a los ojos, su primo no disimuló su sorpresa.

—Vaya —dijo, alzando las cejas—. El pequeño Alfie, que creía haber elegido el bando ganador cuando ayudó a secuestrar a mi esposa, ha acabado maniatado en mi club.

Se acercó y lo que Sebastian vio en su expresión lo asustó incluso a él.

—Lo necesitamos vivo —informó con rapidez—. Esta noche ha tratado de rajarme el cuello.

Alex apretó los puños, pero todo cuanto hizo fue apartarlo con el pie y continuar caminando hasta apoyarse contra una mesa cercana. Se cruzó de brazos y lo miró, pensativo.

—Un matón —gruñó—. Te alimenté, te ayudé a alejarte de aquel malnacido al que llamabas «padre» y que te molía a golpes. Y tú me traicionaste. ¿Y para qué? Para acabar entre la escoria del East End, haciendo daño a otros por cuatro monedas y exponiéndote cada día a que te atrapen y te cuelguen.

Alfie no respondió. Dejó de forcejear y se limitó a permanecer inmóvil, con la mirada perdida y la mandíbula apretada.

—¿Quién te contrató?

El muchacho no pareció oírlo, así que Alex se acercó a él de nuevo. Sujetándolo por la pechera de la sucia camisa que vestía, lo levantó de un tirón.

—¿Para quién trabajas, Alfie? —preguntó de nuevo.

El chico lo miró a los ojos unos segundos antes de escupirlo. Sin soltarlo, Alex se limpió la cara con la manga.

—Deberías dar gracias al cielo porque la venganza hace años que no forma parte de mi vida. De lo contrario, es probable que acabase colgándote por los tobillos de la ventana del segundo piso.

Lo soltó de golpe. Incapaz de sostenerse, el chico cayó al suelo con estruendo.

—Si no hablas tú, hablarán otros.

Sebastian vio cómo su primo abandonaba la biblioteca con paso furioso, dejándolo solo con el airado muchacho.

—Si te sirve de consuelo, no eres el único que ha tratado de matarme hasta ahora, pero has sido el que ha estado más cerca de conseguirlo —explicó con humor—. Es algo a tener en cuenta. De hecho, deberías incluirlo en tus referencias.

Al tipo no pareció hacerle gracia la broma. Juventud. Ya ni sentido del humor tenían.

Sebastian se sentó de nuevo y cerró los ojos. La imagen dolida de Briony en el carruaje se materializó en su cerebro. Lo había acusado de haberla condenado. Se llevó una mano a la frente y se apretó las sienes con los dedos. Tal vez tuviese razón. En su afán por protegerlos, había acabado haciéndoles daño a todos. A Brighton. A

Briony. A su propia madre. O tal vez lo que Stanbridge le había dicho fuese cierto. No los protegía a ellos, sino a sí mismo.

—Milord —saludó Dave, uno de los hombres de confianza de Alex —. El señor Lonsdale me ha pedido que traslade a... —miró al muchacho del suelo e hizo una mueca— a nuestro invitado a la bodega.

Sebastian suspiró. No estaba dispuesto a alargar más aquello. Sabía exactamente lo que haría su primo. Encerraría a Alfie un par de días, mientras su red de mocosos espías descubría dónde, cuándo y quién lo había contratado. Después, reuniría tantas pruebas inculpatorias que, en cuanto liberara al chico, no tardarían ni una hora en sentenciarlo. Se haría viejo antes de volver a ver la luz del sol, si es que no lo condenaban a muerte.

—¿Podrías dejarnos un momento, Dave?

El hombre dudó, como si la idea de no llevar a cabo de inmediato la petición de Alex le desagradara. Por fin, aceptó y salió de la estancia, cerrando la puerta despacio tras de sí.

Sebastian se levantó y, sacado una navaja del bolsillo interior de su chaqueta, cortó las cuerdas que mantenían inmovilizado a Alfie. El muchacho lo miró con una mezcla de confusión e ira y Sebastian se encogió de hombros.

—Sabes que si intentas huir te dejaré inconsciente de nuevo.

Regresó a la butaca y lo invitó a sentarse en la de enfrente. La mirada de Alfie se dirigió a la puerta.

—Soy más rápido de lo que parezco —le informó—. Te noquearía en tu segunda zancada.

Desde donde estaba, casi podía oír los engranajes del cerebro del chico tratando de calcular sus posibilidades. Sebastian percibió el momento exacto en el que tomaba una decisión. Sus piernas se tensaron. Su mirada se endureció.

Tal y como había prometido, Sebastian lo tumbó mucho antes de que alcanzara la puerta.

—Te dije que era rápido —le recordó mientras lo levantaba del suelo de un tirón, todavía confuso por el golpe, y lo dejaba caer en la butaca que le había señalado desde el principio—. Ahora vamos a hablar. Me dirás todo lo que quiero saber, con detalles. Y si me

satisface tu respuesta, te acompañaré a la salida y serás libre.

—El señor Lonsdale nunca me va a dejar ir —afirmó revelando un marcado acento *cockney*.

A Sebastian le agradó que no dudara de su palabra. Había mentido tantas veces que pocos eran ya los que lo creían.

—En un par de horas, Alex tendrá material suficiente como para que cualquier magistrado te condene —corroboró—. Sin embargo, a quien has tratado de matar esta noche ha sido a mí. No hará nada si soy yo quien decide liberarte.

—¿Por qué haría tal cosa? —preguntó con desconfianza.

Sebastian suspiró.

—Porque eres poco más que un niño. No hallaría satisfacción alguna en saber que, de algún modo, soy responsable de tu muerte. Y sabes que, sea cual sea la sentencia, ese es el desenlace más probable. Si no te condenan a la horca, morirás en la cárcel.

El chico pareció sopesar sus opciones de nuevo. Sus ojos, sin embargo, permanecieron bien alejados de la puerta.

—No sé quién era. Vino un par de veces, preguntando de todo. Que si teníamos familia, que en qué trabajábamos. Hace unas semanas, soltó que tenía un negocio. Que nos pagaba si nos cargábamos a alguien. Pero pagaba una miseria, ¿sabe? Y encima era *pa* quitar de en medio a un lord. Nadie iba a jugársela por tan poca pasta. Pero yo... yo estaba *desesperao*.

—¿Cómo era?

—Viejo. Con el pelo gris como el humo y los ojos oscuros. Tenía un mostacho que le tapaba media cara. Nos miraba como si fuéramos ratas ansiosas por saltar tras su oferta.

Aquello describía a la mitad de los nobles del país, si es que el hombre lo era. Sebastian suspiró mientras la esperanza que había albergado de acabar con su mala suerte aquella noche se disipaba como la niebla matutina.

—¿Algo más? ¿Dónde te reunirías con él para reclamar tu pago?

Alfie hizo un gesto de negación.

—Me soltó dos libras y dijo que me daría otras cinco cuando el trabajo estuviera hecho. Que él vendría a buscarme.

La puerta de la biblioteca se abrió y Alex apareció de nuevo.

—¿Por qué no has dejado que Dave se lo lleve? —preguntó de mal humor.

Sebastian se levantó, dispuesto a regresar a casa.

—No era necesario. Yo mismo me he encargado del asunto. Ahora, quiero que lo dejes marchar. No es más que un niño.

Alex alzó una ceja.

—Traes al desgraciado que ayudó a secuestrar a mi esposa y que ha intentado asesinarte a mi club y pretendes que lo deje ir sin más.

Asintió y su primo soltó un bufido.

—Eres un imbécil, Stratford. ¿Crees que no va a intentarlo de nuevo? Lo soltaremos y en dos días tratará de rajarte el cuello otra vez. A ti o a cualquier otra persona por la que alguien le suelte un par de monedas.

Sebastian se encogió de hombros.

—Lidiaremos con ese problema cuando llegue el momento —soltó con tranquilidad. Estaba cansado de todo y sus pensamientos regresaban, una y otra vez, a las palabras de la mujer a la que había dejado en el carruaje.

«Lo único que tengo claro es que ya no soy Briony».

Capítulo 14

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Nick cuando su coche se detuvo ante el 26 de Cheyne Row.

Brigitte, que había permanecido en silencio todo el viaje con la mirada perdida más allá de la ventana y ensimismada en sus pensamientos, se giró hacia él.

—¿A qué te refieres?

—A Courbet. —Stanbridge alzó una ceja, como si supiera que no le había dedicado ni un solo pensamiento al dueño del Vaudeville desde que la había dejado a solas con Sebastian.

En cuanto el cochero abrió la puerta, el conde se apeó y tendió su mano hacia ella, que la aceptó con total naturalidad.

—No voy a hacer nada —dijo, caminando hacia la entrada de la casa—. No tiene pruebas y nadie creería que una usurpadora adoptó la identidad de una de las actrices más célebres del momento ante las narices de todo el mundo. Es una historia tan inverosímil que lo tomarían por un lunático.

Al ver que él no la seguía, lo miró interrogante.

—No creo que desees mi compañía esta noche.

Brigitte negó con la cabeza.

—Eres mi amigo —afirmó—. Siempre eres bienvenido.

Stanbridge suspiró y la siguió al interior. No necesitó que lo acompañase a la sala ni que lo invitase a tomar asiento. Con la familiaridad de quien había pasado innumerables horas a su lado, caminó hacia la ventana y se acomodó en la butaca que siempre usaba.

—No me fío de él —le dijo cuando ella se sentó enfrente—. Por lo que he averiguado, tiene varias órdenes de embargo sobre su teatro y ninguna perspectiva de mejora en el horizonte. Su arrogancia lo llevó a rechazar un par de obras de autores desconocidos que

resultaron ser un éxito y pocos dramaturgos quieren ya trabajar en el Vaudeville.

Ella se encogió de hombros.

—Ese es su problema.

—No lo entiendes —señaló—. Está desesperado. Y no hay nada más peligroso que un hombre acorralado.

Brigitte no dijo nada. Permanecieron en silencio mientras el tictac del reloj resonaba en la estancia y la noche avanzaba. La relación entre ellos era tan cómoda que no necesitaban llenar los minutos con palabras vacías.

Miró a Nick, que tenía los ojos cerrados y las piernas estiradas ante sí, y su mente regresó a aquella noche de otoño, tantos años atrás, en el que gracias a él ella había nacido de nuevo.

Poco después de que el cuchillo de su atacante se hundiera en su vientre, había perdido la consciencia. Antes, sin embargo, había escuchado una voz vagamente familiar gritando algo que no había entendido y había sentido como su agresor la dejaba caer sobre los sucios adoquines y salía corriendo. Había percibido sus pisadas apuradas, el retumbar del suelo bajo su cuerpo. Unas lustrosas botas que se detenían junto a ella.

Habían pasado varios días antes de que recobrara la consciencia por completo. Desorientada y dolorida, había abierto los ojos en una luminosa habitación de cortinas color crema y muebles blancos. El mullido colchón de plumas había sido acomodado con cuidado y, sobre la mesilla, diversos tarros y útiles que no había reconocido habían sido organizados con esmero. Había notado en su rostro una fría brisa y se había percatado de que alguien había dejado la ventana entreabierta.

—Me alegra ver que ya está despierta —había dicho una voz amable y ante ella había aparecido un hombre de cabello negro abundante y pobladas patillas, en cuyo rostro se percibían algunas marcas provocadas por la viruela—. Empezaba a pensar que no lo conseguiríamos.

Ella había tratado de decir algo, pero tenía la boca pastosa y un desagradable regusto metálico en la lengua. El hombre pareció comprenderlo porque sirvió un vaso de agua de la jarra que había

sobre una mesa cercana y la ayudó a tomar un sorbo.

—Poco a poco, querida —le había dicho con voz tranquila—. Llevamos días hidratándola con una cuchara.

Brigitte había cerrado los ojos, tratando de recordar algo. Sabía que se había despertado varias veces, pero todo permanecía confuso en su mente. Solo la imagen de un caballero moreno de ojos azules aparecía con cierta nitidez en su cerebro.

—Stanbridge... —Había logrado articular, y el hombre que la acompañaba había asentido.

—El conde vendrá esta tarde. Ha tenido que salir para solucionar algunos asuntos. Apenas se ha separado de usted en los últimos tres días.

Aquella información había copado todos sus pensamientos durante las siguientes horas. No conocía al conde, solo habían interactuado una vez y había estado demasiado conmocionada por lo sucedido con Sebastian como para prestarle atención. La imagen que tenía de él se basaba, sobre todo, en los rumores que corrían sobre su persona y distaban mucho de describirlo como alguien en quien confiar. Al contrario. Su reputación de calavera inmoral y libertino se sostenía sobre cientos de historias, todas igual de escandalosas. Que hubiese estado tan pendiente de su bienestar se oponía por completo a aquella idea.

—Parece que estamos destinados a encontrarnos —había dicho él cuando, aquella tarde, había entrado en su habitación con total confianza—. No deja de ponernos en situaciones comprometidas.

Ella lo había mirado, demasiado cansada como para avergonzarse de la situación, y había creído atisbar en sus ojos una inquietud extraña, como si en verdad le preocupase su bienestar.

—Lord Stanbridge —lo había saludado, y él se había reído entre dientes.

—Nick —había dicho—. A estas alturas creo que debería llamarme Nick.

Brigitte había dudado, como si usar su nombre de pila fuese mucho más familiar que tenerlo en su cuarto mientras ella vestía únicamente su ropa de dormir, y él había reído de nuevo.

—Antes de que el médico llegara, fui yo quien la atendió —confesó

sin pudor—. Tuve que detener la hemorragia y limpiar la herida. Comprenderá que necesitara cortarle el vestido para hacerlo.

Ella había enrojecido, pero él no había parecido darse cuenta.

—Tengo algunos conocimientos médicos básicos —había continuado, ajeno a su incomodidad— y la suerte de conocer al doctor desde hace algunos años. Gracias a que se encontraba en Londres intentando convencer a un conjunto de ineptos con bata de que las infecciones mortales de muchos pacientes se deben a la falta de higiene de quien los trata, pude contactar con él. Si Lister no hubiera estado cerca es probable que usted no hubiera sobrevivido.

Brigitte había tardado varias semanas más en recuperarse y, para cuando lo hizo, su imagen de Stanbridge había cambiado por completo. Aquel hombre se había convertido en su mejor amigo y, por supuesto, se dirigía a él por su nombre de pila.

—¿En qué piensas? —preguntó Nick trayéndola de vuelta al presente.

—En ti —respondió con sinceridad y, cuando él la miró, Brigitte le hizo un guiño coqueto.

Stanbridge negó con la cabeza y ella rio. Cualquier flirteo entre ellos era pura fantasía.

—Deberías tomar una decisión —le advirtió Nick, levantándose de su asiento y estirándose la chaqueta.

—No me da miedo Courbet —afirmó, acompañándolo hacia la salida—. Estoy segura de que no puede hacer nada contra mí.

Él resopló y la besó en la mejilla.

—Me refería a Stratford —aclaró abriendo la puerta y saliendo al exterior.

Brigitte se quedó paralizada.

—No hay nada que decidir —agregó, por fin—. Sebastian ya no forma parte de mi vida.

Nick suspiró y Brigitte creyó oírlo murmurar, pero no fue capaz de distinguir sus palabras. Bajó las escaleras sin volverse, pero antes de que subiera al carruaje, ella lo detuvo.

—Ayúdalo —pidió con un hilo de voz—. Por favor.

Él no se giró, pero ella supo que la había oído. Percibió su leve asentimiento antes de que montara en su vehículo y se perdiera en

la oscuridad.

Regresó a la casa y se apoyó contra la puerta. A su mente regresó el instante en el que había visto la afilada hoja de la navaja en el cuello de Sebastian. Por un momento, había sentido que todo desaparecía bajo sus pies. Su garganta se había cerrado, incapaz de emitir ningún sonido. Su vello se había erizado y una tensión insoportable había agarrotado cada uno de sus músculos. La desesperación más absoluta que nadie podía haber experimentado jamás se había apoderado de ella. Y se había dado cuenta de que quizá su mente supiera que ya no era Briony, pero su corazón todavía no había sido informado al respecto.

Capítulo 15

—Lo tenemos. Lo hemos atrapado esta noche cuando trataba de subir al tren rumbo a Liverpool.

Sebastian levantó la vista de los documentos que estaba revisando y miró a Clive, confuso.

—Dado que ahora mismo vas tras dos delincuentes distintos, tal vez deberías aclararme de quién demonios estás hablando.

El detective hizo una mueca.

—Ben Cary —indicó—. Mis hombres lo vigilan en un almacén de Farringdon.

El marqués dejó la pluma con cuidado y se acomodó en el asiento. Por fin tenía a aquel hijo de puta a su merced. Ahora podría exponerle, de forma detallada, minuciosa y, desde luego, muy dolorosa, por qué hacerle daño a Briony había sido un terrible error.

—Vamos —indicó, levantándose.

Se dirigió a la puerta con determinación, dispuesto a terminar con aquello lo antes posible. Sin embargo, cuando Everard le tendió su abrigo, dudó. Briony lo había acusado una vez de tomar decisiones que le incumbían sin tenerla en cuenta. De haberla anulado.

El mayordomo carraspeó y Sebastian percibió su expresión molesta. Tomó la prenda que le tendía, casi disculpándose por ello. Aunque su eficiencia era indiscutible, no era un sirviente agradable. Hablaba poco y observaba las normas con una rigurosidad que rozaba la obsesión. Dirigía al resto de los criados con mano de hierro y, a menudo, perdía la paciencia. Pese a que siempre lo había tratado con la consideración propia de su rango, Sebastian sabía que no lo respetaba del modo en que lo había hecho con su padre.

Salió al exterior seguido por Clive. Antes de llegar al carruaje, se detuvo.

—Tendremos que hacer una parada —informó—. No es a mí a

quien le corresponde decidir qué hacer.

Cuando el carruaje se detuvo ante la mansión de Cheyne Row, Sebastian no albergaba la menor duda sobre que aquello era lo correcto. Le indicó a su acompañante que esperase allí y subió los escalones que conducían a la puerta de dos en dos. Llamó con seguridad y el sonido sordo de la aldaba de bronce retumbó en el interior. No esperó a que la criada que le abrió lo invitase a pasar. Se introdujo en la vivienda y la buscó, ignorando las llamadas de la sirvienta. Tras comprobar que no se encontraba en aquel piso, subió las escaleras con rapidez. Abrió una puerta tras otra hasta que alcanzó su objetivo. El olor a lavanda penetró en sus fosas nasales y la agradable luz matutina que bañaba la estancia lo cegó un momento. Tumbada sobre una colcha bordada, Briony lo observaba con desconcierto, rodeada por decenas de papeles desperdigados.

—¿Qué narices haces aquí? —le preguntó, haciendo una señal de despedida a la criada que lo había seguido.

—Tienes que venir conmigo. Tenemos a Cary.

Ella alzó las cejas en una mueca interrogante.

—El hombre que te atacó en Dover.

Las manos de Briony, que había comenzado a recoger las hojas, se quedaron paralizadas. Un ligero temblor la recorrió y Sebastian dio un paso al frente, dispuesto a protegerla incluso del pasado.

No obstante, cuando trató de agarrarla, ella se apartó.

—¿Por qué has venido? —Su voz no era más que un susurro.

—Porque no quiero volver a arrebatarte la capacidad de decidir. Nunca has sido un ser sin voluntad para mí, Briony, sino el eje en el que se apoyaba el mundo.

Ella no dijo nada. Permaneció en silencio, viéndolo sin mirarlo. Tardó unos segundos en comenzar a recoger de nuevo y lo hizo sin emitir sonido alguno. Apiló todos los papeles sobre la mesilla y se levantó.

—No deberías haberlo buscado —murmuró cuando pasó a su lado —. No conocía su nombre hasta ahora y he tratado de borrarlo de mi cabeza. No quiero sobre mis hombros una responsabilidad como esa. Haz lo que creas conveniente con él.

Abandonó la habitación sin mirarlo y cerró la puerta tras ella.

***

Brigitte llegó al teatro antes de lo habitual. Se subió al escenario y recorrió el decorado con los dedos. Apenas había dormido y unas marcas oscuras se percibían bajo sus ojos. Regresar a Inglaterra había sido un error. No habían logrado deshacerse de Courbet y los recuerdos la acosaban con más insistencia cada día. Andrew. Kate. Lottie. Había resultado más fácil no sentir remordimientos cuando no se permitía pensar en ellos. En París, su cerebro había estado tan ocupado convirtiéndola en Brigitte Dubois que lo relacionado con Briony había desaparecido. Ahora, sin embargo, todo volvía con más intensidad.

Se sentó en el suelo, cruzando las piernas bajo la falda rosa que vestía, y apoyó las mejillas en las manos. Saber el nombre del tipo que la había atacado no había hecho más que complicar las cosas. Era como si, de repente, la ilusión de que todo había sido un sueño se desvaneciera y la realidad la golpeara en la cara.

Cerró los ojos e inspiró hondo. Angelina había perdonado a cuantos la habían lastimado, no había permitido que su futuro se viera condicionado por rencores del pasado. Pero ella no era Angelina. Pensar en aquel hombre la angustiaba y, al mismo tiempo, el deseo de hacerle daño, de provocarle el mismo dolor que ella había sentido, se había colado en su interior. Ella, que jamás había sido rencorosa, se había encontrado luchando contra aquel eco que clamaba venganza. Incluso ahora, tras tomar una decisión que su parte serena le decía que era correcta, se sentía tentada de buscar a Sebastian y aceptar su oferta. De convertirse en juez y verdugo al mismo tiempo.

—Has llegado pronto.

Valois se sentó a su lado y adoptó la misma posición que ella. Con sus largas piernas cruzadas y los brazos apoyados en las rodillas, parecía más joven de lo que realmente era. Sus ojos verdes miraron al frente, a los asientos vacíos que esa noche se ocuparían de nuevo.

—Courbet está haciendo preguntas sobre ti —la informó sin mirarla —. Por algún motivo, cree que tienes algún tipo de relación con el

marqués de Stratford.

Ella suspiró y hundió más la cabeza entre las manos.

—Es un imbécil —murmuró entre dientes.

Valois asintió en silencio.

—No se puede borrar una vida —reflexionó el hombre—. Puedes dejarlo todo atrás, empezar de nuevo cuantas veces quieras, pero siempre habrá un trozo de tu pasado que te persiga.

Se levantó y le tendió la mano. Brigitte la aceptó a desgana y se puso en pie.

—No sé quién eres ni por qué aceptaste su descabellada idea, pero recuerda que los sueños de Brigitte no tienen por qué convertirse en los tuyos. Podemos deshacernos de Courbet confesando la verdad nosotros mismos. Con un nombre u otro, seguirás siendo la mejor sobre el escenario. O podemos permitirle que siga presionándonos hasta que todo nos estalle en la cara.

Valois se dio la vuelta y se dirigió hacia la chácena. Antes de abandonar el escenario, sin embargo, se giró de nuevo.

—No muchos nobles aceptarían venir al teatro cada noche y ver cómo la mujer a la que aman besa a otro sobre las tablas.

—Nick lleva años haciéndolo.

La risa de Valois le llegó apagada entre el decorado.

—Soy actor, querida. Sé distinguir una relación falsa del amor verdadero. Ni Stanbridge te ha puesto un dedo encima jamás ni tú has deseado nunca que lo haga. Del marqués de Stratford no puedo decir lo mismo.

Capítulo 16

—¿Tienes algo? —preguntó Nick, entrando en el despacho de Lonsdale y tomando asiento antes de que este se lo indicara.

—No. Varios chicos vieron al hombre, pero su descripción es la misma que la que Alfie le dio a Stratford. Sus rasgos son demasiado comunes, podría tratarse de cualquiera. Además, ni siquiera creo que sea un noble.

—¿Por qué?

—Sebastian no tiene enemigos y los únicos que ganarían algo con su desaparición son Silverwood y su hijo, pero ni ellos ni sus sirvientes o allegados se parecen al hombre que buscamos. Además, ninguno de los dos parece tener el menor interés en el título.

Nick se arrellanó en la butaca y frunció el ceño. Después de que Brigitte le pidiera que ayudara a Stratford había acudido al Black Diamond y había iniciado algo semejante a una colaboración con Lonsdale. Esperaba poder resolver el caso sin demasiado esfuerzo por su parte, pero, por el momento, las cosas no estaban resultando tan fáciles.

—Lleva más de veinte años intentando acabar con él y no lo ha logrado lo que solo tendría sentido si el tipo fuese un inepto —indicó —. Pero se ha mantenido lo bastante cerca como para conocer sus actividades y rutinas sin que nadie sospeche, por lo que no puedo considerarlo un completo inútil.

El otro hombre se encogió de hombros.

—No debió de resultarle muy difícil ocultarse si nadie lo buscaba. Durante mucho tiempo, el propio Sebastian pensaba que eran accidentes. Ni siquiera la policía le creyó cuando insinuó lo contrario. Y contratar a Clive Jones fue una estupidez.

Nick lo miró, interrogante.

—Imagino que Sebastian supuso que sus métodos en el caso del

hijo menor de los Ashbourne lo convertían en la persona ideal para encargarse de la situación. —Esbozó una ligera sonrisa—. Coacciones, testimonios comprados, pruebas falsas. Clive haría lo que fuera necesario para resolverlo y eso era lo único que importaba.

—No me parece que lo desapruebes.

—Por supuesto que no. Sería justo lo que yo haría. Pero hay demasiados cabos sueltos. La desaparición del muchacho se produjo cuando su padre le había cerrado el grifo después de haber perdido una fortuna en partidas clandestinas y mujeres de mala reputación. Clive lo encuentra en una propiedad del norte que pertenece a su familia desde hace generaciones y, aunque los secuestradores pelearon hasta matarse, el chico no parece haber sufrido ni un rasguño. Poco después de haber resuelto el caso, Scotland Yard expulsa a Clive, pero él tiene los fondos suficientes para comprarse una casa en Bloomsbury y establecerse por su cuenta y, pese a que mi primo parece ser su único cliente, no tiene deudas y lleva un nivel de vida que pocos detectives pueden permitirse. El muchacho, por su parte, presentó poco después una solicitud para ser aceptado en el Black Diamond y aportó pruebas más que suficientes de su solvencia.

Nick alzó una ceja.

—Asumo que el rescate que la familia pagó por él jamás se recuperó.

Lonsdale asintió y lo observó por encima del escritorio.

—No debemos descartar la posibilidad de que el inspector haya sido sobornado o esté bailando con dos parejas. —Hizo una mueca de fastidio—. Desenmascarar a tipos que juegan a dos bandas se me da bastante mal.

Nick no entendió el comentario, pero asintió de todos modos. La información de Lonsdale no lo sorprendía. De hecho, hacía varios días que tenía hombres tras Clive Jones.

—¿Qué ha pasado con Cary? —le preguntó, aunque conocía la respuesta. Había seguido cada paso de Stratford desde la noche en que Brigitte le había pedido que lo ayudara, incluso cuando este había conducido al forajido ante las autoridades y, dada la evidente

—y lógica— falta de pruebas para acusarlo por la muerte de Briony Buxton, lo había entregado como miembro de los Falcones de Dover, sobre los que pesaban acusaciones tan graves como el secuestro, la extorsión e, incluso, el asesinato.

Lonsdale suspiró.

—Lo encontraron esta mañana con la cara verde y pringado por su propio vómito. —Soltó un bufido despectivo—. Esos incompetentes permitieron que lo envenenaran antes de que pudiera declarar.

—Supongo que los Falcones andan cerca —apuntó, pero Lonsdale se encogió de hombros.

—Hay tanta gente en esta ciudad que en algún momento recurrió a ellos para lavar sus trapos sucios, que muchos harían cualquier cosa para asegurar su silencio.

—Cada uno tiene lo que se merece —murmuró Nick, levantándose —. ¿Sigues teniendo al chico?

Lonsdale asintió.

—Debería entregárselo a Scotland Yard, pero me gusta recordarle de vez en cuando lo que le hizo a mi esposa.

—Mantenlo oculto unos días más —indicó Nick antes de abrir la puerta—. Nadie sabe que su intento de asesinato fue fallido y es posible que quien lo haya contratado esté pendiente de recibir alguna noticia al respecto. Tal vez podamos usar su incertidumbre a nuestro favor.

***

Una noche más, Sebastian llegó pronto al teatro. El público todavía era escaso y los palcos contiguos aún no habían sido ocupados. En otra época, aquello le habría parecido patético. El Sebastian de antaño, el que disfrutaba con los intercambios sociales, habría llegado en el momento álgido, en el minuto exacto, lo bastante tarde como para que toda la nobleza estuviese allí, pero no tanto como para que hubiesen ocupado sus asientos. Habría entrado en el edificio con una pícara sonrisa, intercambiado comentarios superfluos y regalado unos cuantos halagos, antes de dirigirse a su propio palco.

Pero el actual Sebastian ya no fingía. Su interpretación había acabado tiempo atrás. No le importaba lo que pensaran de él ni buscaba validación en la admiración ajena. Evitaba intercambios innecesarios o reuniones sin un objetivo.

—Jamás lo hubiera considerado un entusiasta del teatro.

Casi había alcanzado su palco cuando escuchó aquella voz a su espalda. Se detuvo, reacio a girarse. Sabía que ella había sido la que había convencido a Alex para que lo llevase a Covent Garden la primera noche, pero, por más vueltas que le había dado, no lograba comprender por qué.

—Un placer verla, lady Wyndham —murmuró, encarándola por fin.

Ella soltó un resoplido de incredulidad.

—No hay nadie más presente, lord Stratford. Ahorrémonos la hipocresía. Sé que no le caigo bien y entiendo que ha de ser muy difícil mostrarse educado con la misma mujer que lo hizo arrodillarse en su sala de estar.

Sebastian negó con la cabeza al recordar aquel incidente. El duque de Brighton había necesitado la ayuda de aquella mujer para deshacerse de su pasado, y él se había visto obligado a pedirle perdón por lo que había sucedido entre ellos tiempo atrás para poder ayudar a su amigo. Y, pese a la humillación, lo había hecho sin dudar, porque su orgullo le importaba mucho menos que aquellos a los que quería.

—Espero que disfrute de la obra —murmuró, dispuesto a librarse de ella cuanto antes.

Se encaminó a su palco, pero se detuvo antes de alcanzarlo y se giró.

—¿La ayudaste a huir? —preguntó, tuteándola mientras la miraba a los ojos.

Ella no fingió no comprender la pregunta.

—Podría mentirte —indicó—. Mereces que lo haga. Pero no soy como tú. Jamás he sido una buena embustera. No podría haber ido a su entierro si hubiese sabido que estaba viva. La reconocí por casualidad, cuando la vi caminando hacia el teatro.

Se miraron en silencio, dos enemigos con un único interés en común.

—¿Por qué querías que yo la encontrara?

Alice titubeó. Era una mujer tan segura de sí misma que verla vacilar lo sorprendió.

—Ella no es como nosotros —dijo apartando la vista—. No se merecía lo que le hiciste. Te vi abandonarla en aquella biblioteca y creí, durante algún tiempo, que para ti era una más. Pensé en ayudarla a atraparte en la fiesta de lady Wentworth porque los remordimientos me abrumaban. Habría sido perfecto. Hubiera reconstruido mi honor al hacer lo que debería haber hecho entonces y, al mismo tiempo, me hubiera vengado de ti obligándote a asentarte. Pero entonces ella desapareció, y tú... —Se tiró de las mangas del vestido con nerviosismo, y Sebastian creyó atisbar en aquella resuelta mujer un retazo de la joven que una vez debía haber sido—. Tú desapareciste con ella. Y comprendí que no eras lo que yo pensaba y que amabas a Briony Buxton más de lo que creí que fuera posible.

Se detuvo, sin mirarlo, con las manos temblando y una expresión de profunda tristeza en el rostro.

—Muy pocas personas tienen una segunda oportunidad. No la eches a perder.

Se giró con rapidez y el vuelo de su vestido gris perla levantó una suave brisa a su alrededor. Sebastian la miró alejarse, con la cabeza erguida y el porte de una reina, y aquella vulnerabilidad que acababa de atisbar le pareció una ilusión.

—Lo siento, Alice —dijo a su espalda, pero ella ya no lo escuchaba.

Apartó la cortina y entró en su palco. Con la mirada fija en el escenario y la mente sumida en sus propios pensamientos, ocupó su asiento. Se acomodó contra el respaldo y estiró las piernas. Y solo entonces se dio cuenta de que no estaba solo.

Un hombre moreno con espesos mechones blancos en las sienes se hallaba apoyado contra uno de los laterales y lo observaba con perturbadora atención.

—Creo que se ha equivocado, señor —indicó, señalándole la cortina—. Este es un palco privado.

El caballero sonrió y dos dientes de oro brillaron a la luz de las lámparas.

—Es una mujer fascinante, ¿verdad? —afirmó, ignorando sus palabras y dirigiendo su atención al grueso telón que ocultaba el decorado—. Ha nacido para esto.

Sebastian frunció el ceño. ¿De qué demonios hablaba?

—La primera vez que la vi pensé que era un sueño —seguía aquel tipo, su mirada perdida y su expresión extasiada le resultaron tan inquietantes que se incorporó del asiento—. El súmmum de la belleza y el talento en una misma mujer. Era imposible que fuera de carne y hueso.

Sebastian dio un paso atrás, dispuesto a huir si aquel individuo realizaba el menor movimiento, pero él permanecía tan ensimismado en sus propias divagaciones que no le prestó atención.

—Intenté retenerla, pero ella era leal a ese estúpido de Valois. —Su expresión se tornó furiosa—. Ese maldito jamás la ha valorado. Comparte escenario con ella como si fuera su igual, como si un gusano pudiese atrapar una estrella.

Se apartó de la pared y se acercó a la balaustrada. Agarró con fuerza el pasamanos mientras su mirada permanecía fija en el escenario.

—Debería estar en un pedestal, representar obras que hubiesen sido escritas solo para ella. —Se giró tan de repente que Sebastian a punto estuvo de caerse de espaldas—. ¡Y ni siquiera es ella ya! ¡Es una usurpadora! ¡Una impostora que ha ocupado el lugar de Brigitte!

Se acercó a Sebastian, amenazador. Tras las cortinas, los primeros espectadores que se dirigían ya a sus asientos conversaban, ajenos a lo que sucedía allí dentro.

—Y usted, lord Stratford, lo sabe. Sabe quién es. La falsa Brigitte. La que tiene sus ojos. Y sus labios. Y sus manos. —El tono de su voz fue ganando intensidad—. ¡Pero no es ella!

En cuanto el tipo dio un paso hacia él, Sebastian se giró y abandonó el palco. Caminó deprisa en dirección a los camerinos. No tenía ni idea de quién demonios era aquel chiflado, pero no iba a permitir que se acercara a Briony.

—¡Lord Stratford! —El vizconde Laverton se dirigía a él con una sonrisa ladeada y sus prominentes carrillos meciéndose con cada paso—. ¿Asistirá a la sesión parlamentaria la próxima semana? El

proyecto de ley que hemos propuesto...

—Lo siento, lord Laverton —se disculpó, pasando a su lado sin detenerse—. Hable con Lonsdale.

La mención de su primo, que, pese a su condición de bastardo, había heredado el título de conde de Middlesbrough tras la muerte de este, incomodó al noble, que murmuró un «arribista» entre dientes. Sebastian lo ignoró y siguió caminando. No se paró cuando el hijo pequeño del conde de Auberry, otrora uno de sus compañero de fatigas, trató de alcanzarlo, ni cuando una viuda cuyo nombre no recordaba fingió tropezar contra él. Recorrió los anchos pasillos que comenzaban a abarrotarse hasta alcanzar aquellos más estrechos por los que se movían los trabajadores del teatro. El ir y venir de los tramoyistas, los músicos y los actores le pareció caótico al principio, pero pronto se dio cuenta de que había un cierto orden en el caos.

—Vuelva a su lugar —indicó un tipo cargado con una lámpara que pasó a su lado— o acabará haciéndose daño.

Esquivó a un grupo de hombres que movía un gran panel de madera y al propio Valois que daba órdenes mientras leía un libreto arrugado.

Sabía cuál era el camerino de Briony. La había visto entrar y salir de él. En cuanto alcanzó la puerta, ingresó sin llamar.

—¡Te he dicho que no necesito ayuda, Hannah!

Sebastian se quedó paralizado en cuanto la vio. No llevaba la peluca pelirroja que ocultaba su cabello de ébano ni había en su rostro el menor rastro de maquillaje que ocultara el lunar junto a su boca que tantas veces había deseado besar. Vestida tan solo con unos pololos de algodón, era como si el tiempo hubiese retrocedido y Briony se hallase ante él tal y como la recordaba. Sin embargo, no fue su aspecto lo que lo paralizó, ni su desnudez, fue la larga cicatriz que le atravesaba la parte baja del vientre, una línea desigual, más ancha y abultada en el lado derecho, que desentonaba en aquella piel suave y pálida como si alguien hubiese dejado caer un hierro al rojo vivo sobre un manto de nieve.

—No deberías estar aquí —lo acusó, dándole la espalda.

Tomó con rapidez una blanca camisola de lino y se apresuró a cubrirse. Sebastian la vio vestirse, una prenda detrás de otra, sin

lograr emitir ningún sonido. Lo habían lastimado tantas veces que había perdido la cuenta y, sin embargo, ninguna de aquellas heridas le había causado el dolor que sentía en ese instante. Era algo físico, una sensación punzante en su propio estómago pero, sobre todo, lo destrozaba por dentro. Un tormento visceral que se extendía por su cuerpo y le estrangulaba el corazón y las entrañas como si de un alambre de espinas se tratase. De algún modo, todo había sido abstracto hasta ese momento. Incluso cuando la había creído muerta había sido irreal de algún modo. Pero el tenerla delante, tal y como la recordaba, con aquella marca como prueba de lo cerca que había estado de perderla para siempre, volvió la situación insoportable. Él había tenido la culpa. Debería haberla protegido, haber cuidado de ella.

—Tengo prisa —indicó la joven, poniéndose la peluca—. La obra está a punto de comenzar.

Solo entonces Sebastian reaccionó y le sujetó el brazo con delicadeza.

—No puedes salir ahí —advirtió—. Esta noche no.

Ella frunció el ceño y se soltó de un tirón.

—Hace mucho que no obedezco órdenes, milord. —Lo fulminó con la mirada mientras aplicaba con rapidez una gruesa capa de polvos sobre su rostro—. Ni de usted ni de nadie.

Sebastian negó con la cabeza.

—No recuerdo haberte dado una orden jamás. —Suspiró—. No es seguro. Hay un tipo. No sé quién es ni qué quiere, pero no me gusta el modo en que habla de ti.

Ella rio con cinismo, pasando a su lado.

—Sé cómo hablan de mí la mayoría de los hombres, Stratford. Sea lo que sea lo que has oído, dudo que sea muy diferente a lo que han llegado a decirme a la cara.

—No lo entiendes...

Sebastian trató de sujetarla de nuevo, pero ella se apartó. Abrió la puerta y desapareció por el pasillo.

—¡Maldita sea!

Salió tras ella y casi tropezó con Stanbridge.

—Te estaba buscando —indicó el conde con una gravedad impropia

de él—. Tenemos que hablar.

—Ahora no —cortó Sebastian sin dedicarle una segunda mirada antes de correr tras los pasos de Briony.

***

Nick vio a Stratford desaparecer por el pasillo y maldijo en voz baja. La casualidad había querido que aquella tarde, mientras merodeaba por el East End con su indumentaria de trabajo, las manos en los bolsillos y el rostro oculto bajo una gastada gorra de *tweed*, se topase de frente con un hombre que respondía a la descripción que Alfie les había dado. El tipo no le había prestado la menor atención mientras caminaba con la cabeza erguida y el paso seguro, mirando a cada lado como si buscase a alguien. Por algún motivo, aquella actitud extraña, el nerviosismo contenido que había adivinado bajo su apariencia serena, lo había intrigado y había decidido seguirlo. Lo había visto acercarse a varios grupos de muchachos, intercambiar con ellos algunas palabras y continuar su camino. Nick se había mantenido apartado, tal y como hacía siempre. La distancia no le permitía escuchar lo que decían, pero sabía que podría, de necesitarlo, reconstruir sus pasos después. Su memoria eidética le permitía reconocer a cualquiera a quien ya hubiese visto con anterioridad. Podría regresar una semana más tarde y encontrar a todos y cada uno de aquellos críos en medio de una multitud.

El hombre había tardado más de una hora en lograr lo que buscaba. Por fin, en un callejón de Greenfield Street, un chiquillo que no podía tener más de once o doce años había asentido y el tipo le había entregado unas monedas. Nick había sonreído para sus adentros mientras aquel individuo volvía tras sus pasos. Pese a que había estado tentado de ir tras el muchacho, algo lo había impulsado a parar un coche de alquiler y seguir al viejo. No había tardado en darse cuenta de que había tomado la decisión correcta. Cuando el coche se detuvo ante la mansión de Belgravia, Nick comprendió por qué Stratford había estado perdido desde el principio. Resulta muy difícil desconfiar de quien vive bajo tu mismo techo. Pero, sobre todo, se dio cuenta de que aquel hombre de cabello gris y expresión

hosca no era la persona a la que debían atrapar.

Capítulo 17

Como cada noche de representación, Brigitte ocupó su lugar en el escenario. Con cuidado, colocó los pliegues del viejo vestido que lucía en un medido desorden sobre las tablas y tomó el fuelle que uno de los utileros le tendía. El resto de los actores ocuparon sus puestos y Valois dio unas indicaciones de última hora a los tramoyistas. Tras las cortinas, las conversaciones del público formaban un persistente murmullo, como el rumor constante de un río descendiendo colina abajo. Todo era mecánico, rutinario. Cada participante ocupaba su lugar sumido en sus propios pensamientos, repasando sus líneas o pensado en el siguiente movimiento. Los músicos afinaban los instrumentos ojeando ya la próxima partitura.

Cualquier otro día, Brigitte esbozaría una tranquilizadora sonrisa cuando alguno de sus compañeros la mirara, pero esa noche su mente no estaba en la representación. La expresión de Sebastian al ver la cicatriz copaba sus pensamientos. La repugnancia y el desagrado se habían hecho evidentes en su semblante. Y no podía culparlo. Ella misma evitaba mirarse y jamás permitía que nadie la ayudase a vestirse o bañarse. Durante su convalecencia, mientras el doctor aplicaba ungüentos cicatrizantes y la herida lucía todos los colores posibles, se había topado a menudo aquel mismo desagrado en la expresión de las doncellas que la ayudaban a asearse. Asco. Y lástima. En cuanto había comenzado a recuperarse, las había despachado y ella misma se había ocupado de todo. En el teatro no había sido distinto. Las criadas que antaño ayudaban a su protectora habían sido reasignadas a otras actrices y toda la compañía sabía que nadie debía entrar en el camerino de Brigitte mientras ella se cambiaba. Pero Sebastian no formaba parte de la compañía. Y, aunque lo hubiera hecho, Brigitte lo conocía lo suficiente como para saber que aquella advertencia no habría hecho más que azuzar su

curiosidad.

La campana sonó y las luces se atenuaron. El sonido de las voces fue disminuyendo hasta desaparecer casi por completo. Como cada noche, Valois hizo un gesto y las enormes cortinas comenzaron a apartarse. Angelina apareció de rodillas, con el semblante sereno y su cabello rojo semioculto bajo un pañuelo, tratando de avivar el fuego de la chimenea mientras el sonido de su voz entonando la melodía inicial resonaba en el teatro.

—*Una volta c'era un Re, che a star solo, che a star solo s'annoiò...*

Brigitte dejó de existir. Y Briony. Solo estaba la Cenerentola enamorándose de don Ramiro, el criado haciéndose pasar por príncipe. Las malvadas hermanastras. Todo el teatro guardaba silencio, absorto en aquella historia de amor que había atravesado los siglos. Un sencillo cuento infantil convertido en prodigio.

Los minutos pasaron. Cenerentola trató de convencer a su padre de que le permitiera ir al baile, pero este la reprendió furioso.

—*Vilissima. D'un estrazion bassissima* —reprochó don Magnífico.

—¡Intrusa! —gritó alguien desde el público.

Brigitte estaba tan absorta en su papel que tardó en darse cuenta de que aquella acusación no formaba parte de la obra. Su mirada se dirigió a Valois, que parecía tan desconcertado como ella. Tras unos segundos de parálisis, les indicó, con un ligero movimiento de cabeza, que siguieran adelante. El actor que había sido interrumpido a mitad de la frase trató de recuperar su diálogo, pero antes de que pronunciara una sola palabra, un revuelo entre los espectadores lo detuvo. Varios gritos resonaron en el edificio antes de que Brigitte localizara al desencadenante de aquel alboroto. En medio del pasillo central, la mirada desquiciada de Courbet recorría el escenario mientras su mano derecha temblaba sujetando una pistola. La visión del arma provocó un caos inmediato. Los palcos se vaciaron con rapidez. En el patio de butacas, los espectadores trataban de salir a trompicones.

Los actores que estaban más cerca de los bastidores escaparon sin mirar atrás, abandonando a su suerte a las grandes estrellas de la compañía, que ocupaban la parte central de la escena. Por el rabillo del ojo, Brigitte percibió una cabellera rubia que entraba por uno de

los laterales. El idiota de Sebastian, en lugar de huir, se lanzaba hacia el peligro.

—¡No eres ella! —gritó Courbet acercándose—. ¿Qué has hecho con Brigitte?

La pistola se agitaba en su mano como una rama movida por el viento, y el dedo que rozaba el gatillo se estiraba y se encogía de forma espasmódica.

—¡Te necesito! —murmuró alcanzando el borde del escenario y alzando la cabeza para verla—. Nadie está a tu altura. No importa cuántas actrices lo intenten, no pueden llenar el escenario como tú.

Brigitte puso los ojos en blanco. Aquel tipo había perdido la cabeza por completo. La acusaba y le rogaba al mismo tiempo, la adoración y el odio confundiéndose en su mirada.

—Mi teatro es tuyo —aseguró Courbet, y ella negó con disgusto.

—Prefiero morir mil veces, monsieur, antes que volver a pisar el Vaudeville.

Aquello encolerizó al hombre, que perdió totalmente los papeles. A su espalda, Valois soltó una maldición.

—¿Qué demonios pretendes? —siseó—. Ese chiflado va a matarnos a todos. Dile que irás con él para que baje la maldita pistola.

Brigitte apretó la mandíbula. Mentía y fingía a diario y, sin embargo, algo le impedía hacerlo para complacer a aquel tarado. El orgullo, quizá. El hastío.

—No le tengo miedo —respondió, alzando la barbilla.

Todo pasó demasiado deprisa. Courbet perdió el poco control que le quedaba. La mano tembló y el dedo se tensó. El estruendo de un disparo resonó entre las paredes del teatro, atenuado en parte por los gritos de los espectadores que todavía no habían logrado salir. Brigitte sintió un fuerte impacto en el pecho y cayó sobre las tablas. El quejido ahogado de Courbet le llegó amortiguado y fue seguido casi de inmediato por un golpe sordo, como si algo pesado chocara contra el suelo de repente. Permaneció quieta, la mirada fija en los varales sobre el escenario. A su alrededor, varios actores corrían y Valois se acercó a ella con el rostro pálido. Notó el olor metálico y dulzón de la sangre y como su vestido comenzaba a humedecerse. Cerró los ojos sabiendo que si la muerte la acechaba de nuevo, no

lograría burlarla. Sin embargo, esta vez el dolor no apareció, ni el escozor familiar de las heridas. Trató de erguirse, pero se dio cuenta de que algo la presionaba contra el suelo, un peso desconocido sobre su vientre. Y fue entonces cuando lo vio.

Sebastian permanecía inmóvil, medio tumbado sobre ella, mientras la gente se congregaba a su alrededor. La sangre brotaba de su costado y comprendió que no había sido ella la que había recibido el disparo. Su cerebro trató de reconstruir la escena, de dilucidar en qué momento él la había alcanzado, pero todo le resultaba demasiado confuso.

—¡Fuera!

Aquella voz familiar la hizo suspirar de alivio.

—Nick... —murmuró cuando él se dejó caer a su lado—. Courbet me apuntaba a mí.

Él asintió mientras sujetaba a Sebastian y le daba la vuelta.

—Mierda. —Ni siquiera fue un susurro, una palabra tan tenue como la brisa de un pétalo al caer. Pero ella lo escuchó igualmente. Y comprendió lo que significaba.

Miró el pecho de Sebastian. La sangre brotaba en su costado izquierdo encharcando el suelo a su alrededor. Él abrió los ojos, su mirada desenfocada se encontró con la de ella. Una ligera sonrisa se dibujó en sus pálidos labios.

—Esta vez sí que he llegado a tiempo —susurró antes de perder la consciencia de nuevo.

Brigitte le sujetó la muñeca de inmediato. Su pulso latía tan débil que apenas lo percibía.

—Nick... —reclamó con urgencia; y cuando el conde se volvió, tuvo ante él de nuevo a aquella ingenua muchacha que había recorrido sola las calles de Londres y se había internado en un mundo de pecado para poder reunirse con el marqués de Stratford—. No dejes que muera.

Capítulo 18

—Tenemos que moverlo —indicó Nick secándose el rostro con la manga.

Habían desalojado el edificio y convertido el escenario en un hospital improvisado. Sobre las tablas, las toallas y los paños que Nick había usado para detener la hemorragia se apilaban en una esquina como una montaña carmesí, y el olor del antiséptico con el que había desinfectado la herida se filtraba en sus fosas nasales. Un par de doctores que habían presenciado la obra habían querido tomar las riendas, pero en cuanto los había visto acercarse sin molestarse siquiera en lavarse las manos, los había despachado. Pese a los improperios que ambos le habían dedicado, Nick se había mantenido firme. Había pasado el tiempo suficiente junto a Lister y prestado la atención necesaria como para comprender que la limpieza y la desinfección eran más importantes que cualquier otra medida. Así, pese a que sus conocimientos sobre medicina eran limitados, había actuado conforme le dictaba la ciencia y el sentido común. Tras pedir que buscaran a Louis de inmediato, había procedido a limpiarse las manos con una botella de ginebra que Valois había conseguido en alguna parte. Había analizado la herida con cuidado, comprobando con alivio que la bala había entrado y salido con limpieza y que, al menos en apariencia, ningún órgano vital había sido dañado. Su cochero había llegado de prisa, portando el maletín de primeros auxilios que siempre los acompañaba en el carruaje. Entre los dos, habían logrado detener la hemorragia y limpiado la herida a conciencia con una solución antiséptica que el propio Lister les había enseñado a preparar.

En el suelo, Stratford había abierto los ojos un par de veces, pero no había tardado en desmayarse de nuevo. Brigitte, con el rostro casi tan pálido como el del herido, se había negado a soltar su mano

ni una sola vez.

—Él querría quedarse en su propia casa —indicó Lonsdale, que había asistido con su esposa a la representación de esa noche con la intención de acercarse a Brigitte y había acabado presenciando cómo su primo recibía un tiro en el pecho—, pero estará mucho mejor atendido en el club.

Nick terminó de vendar al marqués y se enjuagó las manos en una palangana que una de las costureras había llevado. El agua cristalina adquirió un intenso tono rojizo de inmediato, y en cuanto levantó la vista, vio cómo los ojos de Brigitte brillaban por las lágrimas contenidas.

—No sé si es una buena idea —indicó, sin apartar la mirada de ella.

Lonsdale frunció el ceño, al tiempo que su esposa se acercaba a él.

—Nadie puede entrar ni salir del club sin que yo lo sepa, Stanbridge —le advirtió—. Y Courbet no volverá a ser un problema.

Nick se levantó y se secó en una toalla limpia. Miró a los presentes y suspiró.

—¿Podrían dejarnos un momento? —les pidió a los actores y trabajadores que se habían congregado a su alrededor—. Tal vez Valois quiera darles unos días de descanso después de lo sucedido.

La mirada del director se dirigió a la mujer que, sentada en el suelo, permanecía ajena a todo, su atención centrada en el débil subir y bajar del pecho de Stratford.

—Creo que a todos nos vendrá bien un poco de tiempo libre —murmuró por fin, indicando a su compañía que todo había terminado allí aquella noche.

El escenario se fue vaciando entre el frufrú de los vestidos de las actrices y las conversaciones en voz baja. Uno de los agentes de Scotland Yard que había permanecido en el teatro después de que sus compañeros llegaran para llevarse a un maltrecho Courbet titubeó.

—Lamento mucho lo sucedido, pero sería de gran ayuda que, en los próximos días, se presentaran a prestar declaración. —Se aclaró la garganta, con una leve tensión en la voz, y evitó mirar a Lonsdale —. En especial, considerando que uno de ustedes intervino de

forma... significativa contra el agresor.

Nick casi sonrió. El actual conde de Middlesbrough había intervenido de una forma más que significativa. Había sido él quien había reducido a Courbet y, en el proceso, le había dado una paliza que le costaría mucho olvidar. La expresión de Lonsdale, sin embargo, distaba mucho de ser divertida.

—Asegúrense de que ese hijo de puta no vuelva a ver la luz del sol —advirtió furibundo—. O seré yo quien se ocupe de ello.

El agente asintió, incómodo, y abandonó el escenario por uno de los laterales.

Cuando las voces y los sonidos se apagaron por completo, Penelope se acercó con cautela a Brigitte y se arrodilló junto a ella. Sin mediar palabra, la abrazó con fuerza y sollozó.

Nick suspiró con cansancio. Estaba agotado y no parecía que fuera a descansar en un futuro cercano.

—Sé quién atenta contra la vida de tu primo —le dijo a Lonsdale mientras comenzaba a guardar en el maletín los útiles con los que había cosido la herida de Stratford.

—Everard —asintió él, y Nick lo miró sorprendido.

—Esta tarde lo seguí después de que...

—Tratara de comprar a otro muchacho para que le rajara el cuello esta noche —terminó Lonsdale por él—. Tú seguiste al viejo, pero el chico trabaja para mí.

Nick observó aquellos ojos grises tan extraños que no se apartaban de la figura tendida en el suelo.

—Supongo que sabes que él no es el instigador —murmuró, y la mirada iracunda de Lonsdale le dejó claro que él también había llegado a esa conclusión—. Podemos aprovechar la situación. Haremos correr el rumor de que Stratford se debate entre la vida y la muerte en tu club, pero lo mantendremos seguro en Coventry Hall. Everard no es más que un sirviente. Quien esté detrás de todo esto sabe que no se le permitirá la entrada. Trataremos de ponerlo nervioso. Y si no funciona, anunciaremos que el marqués no se ha recuperado de sus heridas. —Miró a Brigitte—. Lo de fingir muertes no es algo nuevo por aquí.

Ella no hizo ningún movimiento y Nick comprendió que su mente

estaba muy lejos de allí.

—Los expertos en teatro sois vosotros —asintió Lonsdale—. ¿Por dónde empezamos?

Stanbridge se encogió de hombros.

—El público estará esperando. —La voz de Brigitte les llegó apagada pero segura—. Después de lo sucedido aquí, muy pocos se habrán ido a casa. Alguien debe hacerse pasar por Sebastian. Lo subiremos en un carruaje que se dirija al Black Diamond. Vosotros —miró a Lonsdale y luego a su prima— iréis tras él. Es muy probable que os sigan. Deberéis seguir actuando hasta que os encontréis dentro.

Acarició la mano de Stratford con el pulgar.

—Nosotros nos iremos cuando los alrededores se despejen. Lo sacaremos en uno de los baúles de atrezo por una de las salidas de emergencia.

—Enviaremos a Dave a por los útiles personales de Stratford —añadió Penelope—. Informará a Everard de lo sucedido y de que el marqués se encuentra en el club. Lo usaremos para que le transmita la información que consideremos oportuna.

Su esposo asintió.

—Al muchacho se le da bien fingir honestidad. —Nick creyó detectar un cierto sarcasmo en su voz—. También se ocupará de informarlo de que el chico al que contrató trabaja para mí y de que estamos muy cerca de atrapar a quien atenta contra la vida de su señor. Dedicaremos los próximos días a poner nervioso al mayordomo y veremos a dónde nos conduce.

***

—Al final siempre me salgo con la mía —indicó Nick cuando terminaron de acomodar a Sebastian en una espaciosa habitación de Coventry Hall.

Brigitte lo miró, interrogante, y él rio en voz baja.

—He conseguido que te instales en mi casa.

Ella hizo una mueca y se sentó junto a la cama.

—Tenías razón con respecto a Courbet. Debería haber aceptado

irme con él...

Nick suspiró y apoyó una mano en su hombro.

—Alguien que entra en un teatro abarrotado empuñando una pistola no está en sus cabales. Y en esas circunstancias es muy difícil prever cómo va a reaccionar. Quizá se hubiera calmado o quizá no. Quizá hubiéramos logrado reducirlo o quizá el desenlace hubiese sido peor.

La mirada de Brigitte regresó al hombre tendido sobre la cama y una lágrima se deslizó por su mejilla. ¿Existía, acaso, un desenlace peor que ese?

—No va a morir. —Nick pareció leer sus pensamientos—. La herida no es tan grave como parecía.

Se agachó junto a ella y sujetó su rostro entre las manos, obligándola a mirarlo.

—Sobrevivirá, Briony. —Que él la llamara por su nombre solo logró derribar todas las defensas que lograban mantener las lágrimas a raya. Con un sollozo entrecortado, se dejó caer contra su pecho—. Ningún hombre al que amen como tú lo haces se atrevería a darse por vencido —murmuró él junto a su oído.

—Yo no...

—Niégaselo a quien quieras —indicó con suavidad—, pero no te mientas a ti misma. Da igual quién seas: Brigitte, Briony, la hermana de un duque o una actriz de renombre. Lo amas de todas formas.

Le dio un beso tierno en la frente y se levantó.

—Te aconsejaría que descansaras —dijo antes de abandonar la habitación—, pero sé que no me harás caso.

Cuando el crujido de la puerta le indicó que Nick se había ido, Brigitte se levantó y se sentó en la cama. Deslizó con cuidado la sábana que cubría el torso de Sebastian y observó el dibujo que tanto la había sorprendido cuando le habían cortado la camisa en el teatro para poder tratar la herida. Acarició con el dedo las hojas palmadas y de bordes dentados que adornaban su hombro izquierdo, los zarcillos que se enredaban entre ellas. El dibujo se extendía por su clavícula hasta terminar sobre su pecho con una serie de pequeñas flores con forma de estrella. Pese a tratarse de una planta trepadora sumamente tóxica, él había llevado la bryonia

justo sobre su corazón.

A continuación, su atención se centró en todas aquellas cicatrices que plagaban su cuerpo. Había decenas de marcas desperdigadas como constelaciones sobre su tórax y sus brazos. Algunas eran tan finas como el trazo de una pluma. Otras, más gruesas y llamativas. Tenía una con forma de estrella justo sobre la clavícula izquierda que resultaba, incluso, bonita. Sin embargo, la que más la había impresionado era la que se encontraba en su costado derecho, casi paralela al lugar en donde había impactado la bala de Courbet. Se trataba de una lesión desigual, como si alguien hubiese hundido en la carne la hoja de un cuchillo y lo hubiese girado con saña. Brigitte se estremeció y, por primera vez, imaginó cómo debían de haber sido las cosas para él. La infancia de un niño cuyas actividades más inocuas se convertían en peligros potenciales. La sensación de amenaza constante, siempre mirando por encima del hombro. La impotencia. La culpabilidad.

Recordó a la marquesa, tan dinámica y activa, postrada en una silla de ruedas. Pese a que ella había mantenido casi intacto su fuerte carácter y su vitalidad, para Sebastian debía haber sido una tortura verla cada día sabiendo que era él quien tenía que haber viajado en aquel carruaje. Siguió una de las cicatrices más largas con el índice mientras a su mente regresaban imágenes del pasado que creía ya olvidadas. Sebastian, caminando con muletas tras el incidente con el trineo. Andrew, tratando de hacerlo reír sabiendo cuánto le dolía tras romperse varias costillas al caer de una escalera. Su rostro magullado, las heridas inexplicables, las cojeras y las ausencias que no lograba justificar. El modo en que apartaba la mirada cada vez que la rechazaba y la tensión contenida cuando ella se negaba a apartarse. Sus visitas diarias a Bramshaw Manor y la forma en la que la provocaba cuando ella trataba de ignorarlo. Su mirada constante sobre ella incluso cuando se odiaban.

Notó cómo su interior se revolvía y la angustia la asfixiaba. Ojalá lo hubiera sabido. Ojalá hubiera podido protegerlo de todo aquello.

No trató de contener las lágrimas. ¿Qué importaba? Él, que no había dudado un instante en ayudar a los Buxton cuando lo habían necesitado, que había recibido a su primo con los brazos abiertos

cuando todos rechazaban a aquel pequeño bastardo de ojos sobrenaturales, que había sido leal y justo con cuantos lo rodeaban, siempre había estado solo.

Sebastian se removió, inquieto, y las sábanas se tensaron. Lo cubrió de nuevo y trató de levantarse para no molestarlo con su peso, pero su mano sujetó la tela de su falda.

—No me dejes —murmuró con voz rasposa mientras sus ojos vidriosos se clavaban en los de ella—. No desaparezcas de nuevo.

Brigitte regresó a su posición inicial y tomó su mano fría entre las suyas. Le acarició la palma y entrelazó sus dedos con los de él.

—Sebastian... —dijo sin saber bien cómo seguir. Sin embargo, cuando alzó la vista vio que él se había dormido otra vez—. Descansa —susurró y se inclinó para besarlo en la frente—. Yo no me voy a ninguna parte.

Capítulo 19

Los días pasaron sin que Sebastian mostrara signos evidentes de mejora. La cantidad de sangre que había perdido así como el mal estado físico en el que se encontraba antes del ataque lo mantenían semiinconsciente la mayor parte del tiempo, y tan débil cuando lograba abrir los ojos que ni siquiera era capaz de sujetar una cuchara. Sin embargo, el hecho de que tampoco empeorase invitaba al optimismo. Nick limpiaba la herida con frecuencia y entre los dos se encargaban de asearlo y de mantener la habitación pulcra y ventilada, pues Brigitte ni siquiera permitía que las criadas se acercaran para cambiar las sábanas por miedo a que lo lastimaran. Como había prometido, no se apartó de su lado. Sujetaba su mano cuando se removía, inquieto, y lo calmaba cuando la fiebre subía y comenzaba a delirar. A veces, la llamaba en sueños con tal desesperación en la voz que a ella se le hacía un nudo en la garganta y se le partía un poco el alma. Otras, murmuraba frases ininteligibles o apretaba los dientes como si tratase de ocultar el dolor. El doctor Grimsby, uno de los pocos profesionales en los que Nick confiaba, había acudido a propósito desde Manchester para vigilar su evolución, pero, pese a sus reiterados intentos por administrarle una dosis de láudano que lo ayudase a sobrellevar el malestar, Sebastian se negaba a probarlo.

Las noticias del Black Diamond llegaban a través del periódico. Años atrás, y después de que se publicara un sensacionalista artículo que dejaba a su esposa en muy mal lugar, Lonsdale había adquirido el *Morning Post*, uno de los diarios más importantes del país. Cada mañana, uno de sus muchachos llevaba a Coventry Hall un ejemplar. Sin embargo, pese a que, en apariencia, era un boletín como todos los demás, había usado las páginas interiores para informarlos de lo que estaba sucediendo en el club. De este modo supieron que, al

descubrir la trampa de Lonsdale en la que había caído, Everard había tratado, sin éxito, de reunirse con alguien en el lado oeste del Serpentine y que lady Silverwood había insistido en trasladar al marqués a su casa donde ella y su hija pudieran encargarse de su cuidado y, ante la rotunda negativa de Lonsdale, había montado una escena en mitad de Oxford Street mientras uno de sus criados sostenía a duras penas una montaña de cajas de sombreros y paquetes envueltos en papel de seda y su hija trataba de ocultar su vergüenza tras un horroroso abanico decorado con plumas. Y encajes. Y pájaros de colores pintados en relieve.

Una semana después del incidente, lord Silverwood irrumpió en el Black Diamond con cara de pocos amigos y exigiendo ver a su sobrino. Alex lo observó con atención, tratando de descifrar las emociones ocultas tras aquella mirada severa y aquel rostro huesudo. Silverwood jamás había sentido simpatía por Sebastian, a quien consideraba poco más que un cabeza hueca cuyo único logro en la vida había sido nacer en la cuna correcta. La existencia disoluta que había llevado Stratford, así como su carácter alegre y despreocupado, chocaba de frente con su filosofía vital, basada en la autodisciplina, la responsabilidad y el mérito.

Alex no invitó a aquel hombre a sentarse. Por naturaleza, no era una persona amistosa, rasgo que la inquietud que sentía por el estado de su primo solo había logrado acentuar. No trató de fingir cortesía cuando se negó a llevarlo con el marqués. No se fiaba de aquel tipo. Quizá su primo lo hubiese descartado como sospechoso, pero él no lo tenía tan claro. Había conocido a muchos hombres que rechazaban en público aquello que anhelaban en privado. Tal vez fuera un progresista, pero el marquesado y todo lo que implicaba seguía siendo un dulce muy apetitoso.

—Tengo derecho a conocer el estado de mi sobrino. —Terqueó el hombre apretando la mandíbula.

—Está recuperándose de un balazo —replicó Alex cruzando los brazos sobre el pecho—. Ese es su estado.

El hombre lo fulminó con la mirada.

—Quiero verlo. Hay asuntos importantes que debo discutir con él. Debo asumir las obligaciones del título mientras no se encuentre en

disposición de hacerlo. Pediré a mi abogado que redacte un poder lo antes posible.

—Para ser un reformista parece muy preocupado por el marquesado.

Su apreciación pareció ofender a Silverwood, que frunció el ceño.

—Stratford tiene una responsabilidad con todos aquellos que están bajo su protección, así como con la propia Corona y la Cámara Alta. El mundo no va a detenerse solo porque él no esté en condiciones de cumplir con su deber. Si no puede desempeñar sus tareas, alguien debe hacerlo en su lugar.

—Y así, de paso, podrá administrar su dinero. —Alex no se mostró impresionado por aquel discurso. Las palabras solo eran eso: palabras. Quizá Silverwood tuviese una integridad de la que pocos podían presumir. O, tal vez, no fuera más que un charlatán ambicioso.

—El título te ha vuelto arrogante —lo acusó, y Alex esbozó una sonrisa burlona.

—Se equivoca, milord. Lo era mucho antes de convertirme en conde.

Cuando el hombre se rindió y abandonó su despacho con el paso rígido y la cabeza alta, Alex tenía casi la absoluta certeza de que él era a quien buscaban. Tenía las razones. Tenía los medios. Y, por supuesto, tenía la coartada. ¿Quién sospecharía de un honorable caballero que había sido premiado por la mismísima reina por su labor para acabar con las desigualdades sociales? Lo único que le quedaba, pues, era encontrar el modo de desenmascararlo.

—¿Se ha ido ya? —preguntó Penny entrando en el despacho.

Llevaba un sencillo vestido azul celeste con pequeñas flores rosadas adornando la falda y se movía con la misma energía nerviosa que siempre la había caracterizado. Como cada vez que ella aparecía, Alex se preguntó cómo era posible que hubiese logrado conquistarla. Debía de ser un tramposo excepcional si había conseguido timar de ese modo al destino. Era imposible que semejante regalo divino le correspondiera. Penny era demasiado buena para él, en todos los sentidos, pero no tenía la menor intención de soltarla.

—Ven aquí —le indicó señalando su regazo, y ella se rio.

—Estoy muy ocupada —se negó, dando un paso adelante. Fue suficiente para que él estirara el brazo y tirara de ella.

—Tan patosa como siempre —murmuró acariciando su cuello con la nariz y besándola tras la oreja—. En cuanto estás cerca de mí pierdes por completo la concentración.

Penelope soltó una carcajada al tiempo que entrelazaba los brazos tras su cuello.

—Es usted un sinvergüenza, milord. Le recuerdo que tiene todo un condado que manejar y un club de juego que gestionar. No debería perder el tiempo seduciendo mujeres en su despacho.

—Solo una mujer. —Él sonrió contra su piel y sus manos se deslizaron bajo su falda—. Y es lo único que me importa.

La besó con adoración, demostrándole que su corazón seguía latiendo por ella, y Penny le respondió con la misma entrega.

—La puerta —susurró ella cuando notó sus manos ascendiendo por sus muslos.

—Nadie se atreverá a...

Alguien llamó con fuerza y, antes de que ninguno de los dos pudiese recomponerse, el duque de Brighton entró en el despacho.

—¿Dónde está Stratford? —exigió obviando cualquier muestra de cortesía. Sin embargo, al percatarse de la situación, tuvo la decencia de parecer avergonzado—. Buenas tardes, Penny —saludó, apartando la vista—. Siento haber interrumpido vuestra... esto... conversación.

Penelope no mostró el menor signo de turbación. Riéndose de la incomodidad de su primo, se levantó del regazo de su esposo y se acercó al duque.

—Yo ya me iba —indicó, dándole un beso en la mejilla—. Espero que te quedes a cenar. Me gustaría saber qué tal están las cosas por Bramshaw Manor.

Brighton negó con la cabeza.

—Estaremos encantados de recibiros en Rason House. Solo nos quedaremos unos días en Londres, pero Lottie insistió en acompañarme y no puedo traerla a este lugar.

Alex alzó una ceja ante el tono despectivo que usó al referirse a su

club, pero el duque lo ignoró.

—¿Dónde está? —repitió cuando Penny hubo abandonado la habitación.

Lonsdale le hizo una señal para que tomara asiento. Aunque dudó unos segundos, por fin se dejó caer en una de las sillas que había frente a su escritorio.

—¿Qué es lo que sabes? —le preguntó tratando de decidir por dónde empezar.

—Que recibió un tiro que iba destinado a una actriz. No se puede decir que sus decisiones hayan sido nunca inteligentes, pero esta vez se ha pasado de la raya.

Alex hizo una mueca.

—Quizá deberías conocer a la actriz antes de afirmar algo semejante.

Brighton frunció el ceño.

—No me interesa frecuentar a ese tipo de mujeres. Solo quiero comprobar cómo está Stratford, hacerle ver lo imbécil que ha sido y regresar a casa con mi esposa.

—Creo que las cosas no van a ser tan sencillas esta vez, Brighton. Sebastian se encuentra en Coventry Hall, recuperándose poco a poco y bajo los atentos cuidados del conde Stanbridge y de la célebre Brigitte Dubois. —Sonrió ante la expresión de desconcierto del duque—. Nuestro buen amigo ha resultado ser una caja de sorpresas. Sin embargo, antes de que entres en su mansión como un elefante en una cacharrería, hay varias cosas que debes saber. Solo cuando estés al tanto de cómo está la situación y hayamos encontrado una excusa que justifique tu visita a Stanbridge, te permitiré salir por esa puerta. En cuanto a la actriz, creo que dejaré que la descubras por ti mismo.

Capítulo 20

En Coventry Hall, Sebastian comenzó a mejorar al quinto día. La fiebre que lo había mantenido apagado y somnoliento despareció casi por completo y el doctor Grimsby confirmó que no existía infección alguna y que la herida comenzaba a cicatrizar. La inflamación ya apenas era perceptible y a Nick le gustaba provocar al enfermo recordándole que habían sido sus cuidados los que le habían salvado la vida.

Brigitte permanecía a su lado, atenta a la menor muestra de incomodidad, pues el marqués jamás se quejaba. Incluso cuando tocaban la herida para limpiarla y comprobar los puntos, apartaba la mirada y contraía la mandíbula, pero no emitía ni un gemido. Entre ellos se había establecido una complicidad extraña, una débil imitación de lo que un día habían sido. Conversaban durante horas de todo y de nada al mismo tiempo. Brigitte le habló de París, de su protectora y de los abucheos que había recibido la primera vez que se había subido a un escenario. Sebastian la escuchaba con atención, como si tratara de atrapar cada palabra, de retener cada detalle. Sin embargo, evitaban cualquier referencia a su pasado juntos o cualquier tema que implicara a sus sentimientos.

—Everard ha visitado la casa de los Silverwood esta tarde —informó Nick varios días después—. Solo ha estado dentro diez minutos y su expresión cuando salió no era la de un hombre alegre. Lonsdale tiene a varios muchachos vigilando tu casa y envía a Dave con encargos estúpidos tan a menudo que el mayordomo está al borde de la locura. No creo que tarde mucho en derrumbarse, pero cuando te recuperes quizá te resulte más cómodo mudarte al Black Diamond que devolver a su lugar todos los enseres que han trasladado.

Sebastian suspiró. No le preocupaban sus cosas, pero aceptar que

alguien que estaba a su lado desde que era un niño lo odiaba tanto como para confabular para acabar con su vida no era fácil de digerir. Stanbridge pareció leer sus pensamientos porque hizo una mueca.

—No creo que sea algo personal.

Sebastian alzó una ceja, burlón, y Nick rio.

—Quizá fueras un diablo y todos los sirvientes te odiaran. De ser así, retiro mi apreciación.

—Era un chico encantador —replicó, acomodándose en los almohadones que Brigitte había colocado a su espalda y, cuando ella soltó una risilla, la fulminó con la mirada—. Sabes que lo era.

La joven negó con la cabeza.

—Era terrible. Nunca estaba quieto ni obedecía ninguna indicación y mentía más de lo que respiraba. Su infancia transcurrió de travesura en travesura, pero era tan adorable que todo el mundo lo perdonaba. Ningún sirviente le haría daño jamás. Lo han mimado más que a ningún otro niño en la historia de la humanidad y lo encubrían delante de la marquesa como si fuese su propio hijo.

—Las acciones de Everard te contradicen.

Brigitte reflexionó sobre aquello.

—Él siempre ha sido distinto. Cuando era niña me escondía detrás de Andrew cuando visitábamos a Sebastian y era él quien abría la puerta. Siempre parecía enfadado. Trataba a mi hermano como si fuese una deidad, pero a mí me miraba como si fuese poco más que un insecto. En realidad... —Miró a Sebastian—. Me recordaba mucho a tu padre, una extremidad más del tipo malhumorado que apenas salía de su despacho y reprendía a cualquiera que no supiera la diferencia entre posible y probable.

Sebastian asintió.

—Everard era el único que parecía apreciarlo. La lealtad que sentía hacia el viejo era casi enfermiza. Me pasé mi juventud sintiendo que, de algún modo, era una decepción para ambos.

—Aun así, sigue sin tener sentido —indicó Nick, pensativo—. Al aliarse con Silverwood está traicionando a tu padre. ¿Por qué demonios aceptaría el trato?

Sebastian se encogió de hombros. Se quedaron en silencio, sumidos en sus pensamientos, hasta que un pequeño alboroto en el

pasillo llamó su atención. Unos segundos después, el mayordomo de Stanbridge entró en el cuarto con gesto turbado.

—Su excelen...

El duque de Brighton entró tras él, con paso decidido y una grave expresión en el rostro.

—De todos los idiotas que he conocido, Stratford —gruñó, enfadado—, tú eres el indiscutible soberano.

Cuando sus ojos se encontraron con los del que había sido su mejor amigo, su semblante cambió. Fue algo apenas perceptible, pero Sebastian lo conocía lo suficiente como para darse cuenta. El todopoderoso duque de Brighton, que siempre había mantenido sus emociones a raya, estaba asustado como un niño y Sebastian sintió que el peso que llevaba sobre su conciencia se aligeraba un poco. Pese a todo, Andrew seguía queriéndolo como a un hermano. Aunque era recíproco, no se le escapó la ironía de que ni siquiera le dedicara una segunda mirada a su verdadera hermana.

Antes de que pudiera responderle, una jovencita de largo cabello dorado y enormes ojos azules entró en la habitación.

—No voy a esperar abajo —informó con desparpajo—. Yo también quiero ver al tío Sebastian.

El marqués no pudo ocultar una sonrisa al descubrir en aquella muchachita a la pequeña traviesa que, con solo tres años, se había confeccionado un vestido de novia para casarse con él.

—Lottie, no puedes entrar en el cuarto de un caballero.

La niña hizo un gesto despreocupado con la mano.

—No es un caballero —negó con convicción—. Es Sebastian.

Se acercó a él con una sonrisa de oreja a oreja, pero se detuvo a mitad de camino. Sus ojos se posaron en la mujer que se encontraba a su lado y, de pronto, se llenaron de lágrimas. Antes de que ninguno pudiera reaccionar, corrió hacia Brigitte y la abrazó con fuerza.

—¿Qué demonios...? —gruñó Brighton ante aquella incomprensible conducta—. Lottie, no puedes ir abrazando desconocidos. Es una actitud inapropiada y...

Se detuvo cuando se percató de que aquella mujer con el cabello del color del fuego y un vestido con el escote demasiado bajo para

ser respetable lloraba tanto como su hija. Y solo entonces pareció percibir unos rasgos familiares. El lunar disimulado bajo una gruesa capa de maquillaje. Las cejas oscuras. Unos ojos del mismo color exacto que los suyos. El rostro del duque palideció y Stanbridge le acercó una silla. Sebastian se sintió incómodo. Él siempre había aligerado cualquier situación seria o dramática con una broma, pero en ese momento no se le ocurría nada que pudiera decir.

—No puedes ser tú —murmuró el duque, que se había dejado caer sobre el asiento y seguía sin apartar la mirada de aquella dama—. Hace seis años que desapareciste sin dejar rastro. Tuvimos que enterrarte para que nos dejaran en paz. Te hemos llorado cada maldito día desde entonces. ¿Cómo has podido?

Brigitte se envaró, pero no soltó a Lottie. Sebastian percibió la tensión en su cuerpo y el modo en que sus manos se agarrotaban.

—¿Cómo pude hacer qué, Andrew? —replicó ella con ira contenida —. ¿Largarme de la cárcel en la que me encerraste para que no te perjudicara?

—¡Tú fuiste la que destrozaste tu reputación!

—¡Te importaba una mierda mi reputación! —Lottie soltó una risilla ante aquella blasfemia y Sebastian le guiñó un ojo. Estaba claro que su tía estaba de vuelta.

—No sabes lo que dices. —El duque había pasado de la incredulidad a la furia con sorprendente rapidez—. Lottie, haz el favor de volver abajo.

La niña se aferró a su tía, pero ella la apartó con delicadeza.

—No voy a marcharme —susurró mirándola a los ojos—. Bajaré en un momento.

Aunque no parecía conforme, la pequeña acabó cediendo. A regañadientes, abandonó la estancia mientras Brigitte la seguía y, tras asegurarse de que bajaba la escalera, cerró la puerta.

—¡Me encerraste cuando te enteraste de que ibas a ser padre! — acusó Brigitte, deteniéndose junto a Brighton, que se levantó de inmediato—. Me arrastraste de vuelta a Hampshire y te olvidaste de mí. Solo te importaban tus problemas. Yo eché a perder mi reputación por el hombre al que amo. Tú dejaste preñada a una mujer casada que no te importaba un comino.

La mirada del duque se dirigió de inmediato a Stanbridge, que se encogió de hombros.

—Por mí no se preocupe, excelencia. No soy el más indicado para cuestionar las indiscreciones ajenas.

Sebastian, por su parte, fue incapaz de dejar de mirar a Brigitte. Ella alzó una ceja, interrogante, hasta que se percató de lo que había dicho y le dio la espalda.

—Ni siquiera me contaste la verdad —increpó Brighton y señaló a Stanbridge—. Me disuadiste de que retara a este idiota afirmando que no tenía nada que ver, pero te negaste a darme el nombre del responsable. —Esta vez le tocó a Sebastian, a quien fulminó con la mirada—. Y tú huiste como un cobarde.

Nick se apoyó contra una de las mesitas de noche, atento a lo que sucedía en la habitación como quien asiste a un estreno teatral.

—¿No vas a intervenir? —murmuró Sebastian mientras el duque y su hermana seguían echándose cosas en cara.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Te ha llamado «idiota».

Stanbridge se encogió de hombros.

—Me han llamado cosas peores. Y, además, estoy bastante de acuerdo con él. ¿Y tú? Te ha llamado «cobarde».

Sebastian asintió.

—No es un punto con el que discrepe, en realidad.

—Ya. —Le dio la razón el conde—. Aunque quizá debiéramos pararlos.

Brigitte agarró uno de los cojines que adornaban el sofá del cuarto y se lo lanzó al duque.

—Siempre has sido un egoísta —acusó, furibunda.

Brighton enrojeció.

—¡Renuncié a todo por sacaros adelante! Sabes cómo dejó el ducado papá. Pero es muy fácil acusar a los demás cuando tu único trabajo era leer y comer bollos a escondidas.

Un segundo almohadón voló hacia Brighton, y Sebastian suspiró.

—Tienes que hacer algo. Cuando se acaben los cojines recurrirá a cosas más contundentes. Y testificar tras el asesinato de un duque resultaría bastante tedioso.

Nick frunció el ceño.

—¿Por qué demonios tengo que intervenir yo? Son tus amigos.

—¿En serio? —se mofó Sebastian—. Y yo que pensaba que apreciabas a Brigitte.

—Si apenas la conozco —respondió Nick de inmediato—. Que en los últimos seis años la haya visto casi a diario no significa nada. Una más en mi lista. Si pusieran a cualquier otra mujer a su lado no sabría distinguirlas.

—No puedo levantarme, Stanbridge —le recordó, y Nick suspiró.

—Maldita sea —murmuró antes de apartarse del mueble y alzar los brazos—. Está bien, chicos. Enterremos el hacha de guerra. —Se agachó cuando un cojín pasó rozando su cabeza—. Y los proyectiles. Ya habrá tiempo de hablar sobre todo eso, pero os recuerdo que tenemos a un moribundo aquí al que vuestra conducta infantil está molestando.

—Yo lo veo bastante bien —indicó el duque alzando una ceja.

—Solo en apariencia —continuó Nick—. Ahí está, sufriendo en silencio, pero está a punto de perder el conocimiento.

Stanbridge le dedicó una significativa mirada con la que, por lo que Sebastian dedujo, pretendía que fingiera un desmayo. Aunque no tenía ni idea de cómo hacer semejante cosa, se escurrió de los almohadones y cerró los ojos.

—Es la peor representación que he visto en mi vida —murmuró Brigitte, que se había acercado a la cama y lo miraba con los brazos cruzados—. Pero Nick tiene parte de razón. Ahora mismo la prioridad debe ser dejar que descanses y atrapar a lord Silverwood.

—Eso no será difícil —indicó Brighton—. Pienso acusarlo mañana ante los Lores durante la sesión parlamentaria.

—¿Estás loco? —lo cortó Stanbridge—. No tenemos pruebas.

—Soy duque y la vida contra la que están atentando es la de un marqués. Silverwood ni siquiera tiene asiento en la Cámara.

—No harás nada de eso —refutó Sebastian—. La reputación de Silverwood es intachable y tiene una imagen política de la que tú careces. No puedes tentar a la suerte acusándolo de algo así. Sabes que, si caes en desgracia ante la sociedad, el futuro de Lottie se irá al traste. Ya has sobrevivido a demasiados escándalos.

—¿Y qué opción nos queda? —preguntó Brighton con frustración.

—Me trasladaré al Black Diamond y permitiremos que mi tío pueda verme. —Hizo un gesto con la mano para detener la protesta de Brigitte—. Fingiremos que la herida se ha infectado, pero que los doctores están haciendo grandes progresos. Os mostraréis optimistas porque la fiebre está bajando. Si quiere acabar conmigo, lo hará antes de que la supuesta mejoría sea evidente. No sería ni el primero ni el último hombre que muriese cuando comenzaba a mejorar.

—No vas a moverte de aquí. —Nick, que había permanecido en silencio, se mostró tajante—. No me he pasado tanto tiempo haciendo de enfermera para que lo estropees ahora. Los puntos no han cicatrizado todavía. La herida está demasiado fresca. Meterte en un carruaje sería una estupidez. Usarte como cebo sería una estupidez. Tener esta conversación es, de hecho, una completa estupidez.

—Volvemos al plan inicial y...

—Esa, excelencia, es otra estupidez. —El conde parecía verdaderamente enfadado.

—¿Y qué propones, Stanbridge? —inquirió Sebastian, en cuyo rostro se hacía evidente ya la fatiga—. ¿Que nos quedemos aquí, esperando a que a Silverwood lo abrumen los remordimientos y confiese?

El hombre se llevó los dedos al entrecejo y apretó con cansancio.

—Ten claro, Stratford —gruñó—, que tú no eres un superviviente. Si no estás muerto es porque quien te persigue es un completo inútil.

Se acercó a la ventana y les dio la espalda.

—El doctor Grimsby acude al Black Diamond casi a diario. Siempre de día, como una visita ordinaria. Mañana cambiaremos la rutina. Acudirá al club a medianoche, cuando el juego esté en su apogeo. El callejón estará intransitable porque una carreta de mercancías acabará de perder su carga y varios hombres estarán tratando de recogerla, por lo que el médico tendrá que abandonar su carruaje cerca de la puerta principal y caminará, apurado, hacia la parte de atrás del club. Es inevitable que algún socio lo vea llegar, pero la

discreción será irrelevante. Poco después, la señora Sharp entrará en la sala de juego. Jamás lo hace, pero es un asunto de vida o muerte. Varios criados saldrán, apresurados, y el servicio de esa noche se verá reducido. Los rumores se dispararán enseguida. Que el marqués de Stratford se recupera junto a su primo es un secreto a voces en Londres. Y toda esa conmoción solo puede significar una cosa. Por la mañana, en cuanto Silverwood abra los ojos, se enterará de lo sucedido. Acudirá al club, apurado. Insistirá en verte. Tiene derecho a hacerlo. Lonsdale se negará. Dirá que no es un buen momento. Tu tío asumirá que es inminente que el marquesado sea suyo, pero lleva tanto tiempo esperando y hay tanto hermetismo a tu alrededor que no podrá esperar. Tratará de llegar a ti. Y en el club lo permitirán. Todos están tan atareados que no se percatarán de que nadie está acompañando al visitante hacia la salida. Lonsdale seguirá en su despacho. No hay mejor momento que ese para que Silverwood suba las escaleras y trate de llegar a ti. Sabrá cuál es el cuarto, no hay duda. Es el único que tiene una mesa llena de medicinas e instrumentos médicos junto a la puerta. Una de las criadas llegará con una bandeja y lo encontrará en el piso privado. Le explicará que no debe estar allí y que debe avisar a sus señores. Apoyará la bandeja y bajará en busca de Lonsdale. Silverwood aprovechará el momento para adulterar la sopa con el láudano que han dejado sobre la mesa y cuando tu primo llegue se mostrará altanero, insistiendo en que tiene derecho a comprobar tu estado por sí mismo. La criada pasará a su lado con la bandeja y la sopa y entrará en la habitación. Silverwood terqueará un poco más hasta que la sirvienta salga e informe a Lonsdale de que la enfermera está logrando que tomes el caldo. Cuando tu tío esté a punto de abandonar el Black Diamond, la enfermera dará la voz de alarma desde el segundo piso. Alguien ha adulterado la sopa. Lonsdale detendrá a Silverwood, que insistirá en que él no ha hecho nada. Penny llegará y explicará que fue ella misma quien la preparó y la sirvió. La criada no pudo alterarla en el trayecto, por lo que solo queda él. Se derrumbará. Y, si no lo hace, pedirás que llamen a Brighton. En cuanto el duque amenace con acusarlo ante la Cámara Alta, no logrará sostener la mentira.

Solo cuando terminó se giró para verlos. Sebastian no pudo ocultar la admiración, y el duque miraba a Stanbridge con desconfianza.

—¿Quién demonios eres? —le preguntó Brighton entrecerrando los ojos.

Nick sonrió, sin intención alguna de responder a su pregunta. El plan estaba trazado, solo faltaba esperar los resultados.

Capítulo 21

Todo salió conforme al plan de Stanbridge. El médico llegó. Los socios hablaron. Y Silverwood irrumpió en el club a la mañana siguiente, solo que no lo hizo por la puerta principal, lo cual no habría tenido la menor relevancia, salvo por el hecho de que no iba solo.

Cuando, a través de uno de los pasadizos ocultos del Black Diamond, Nick vio a aquella joven envuelta en muselina y tafetán de colores chillones, frunció el ceño. ¿En qué demonios estaba pensando el conde al llevar a su hija a un lugar como aquel? ¿Sería su cómplice? Y, lo más importante, ¿quién narices la vestía? Sin embargo, mientras la señora Sharp los conducía al despacho de Lonsdale, el hombre lanzó varias miradas furiosas a su acompañante, que evidenciaron que no estaba de acuerdo con su presencia. Algo que quedó de manifiesto cuando, al llegar ante el despacho, se giró hacia ella.

—No te muevas de aquí —le indicó con voz rotunda y el ceño fruncido.

Alex observó a aquel ser extraño. Era alta y delgada, y tenía el cabello de un tono rojizo que podría llegar a considerarse bonito. Su rostro no era nada del otro mundo. Ojos verdes y piel blanca, con algunas pecas desperdigadas sobre el puente de la nariz y los pómulos. Tenía la mandíbula afilada y una determinación en el semblante que contrastaba con su mirada temerosa. Se paseó, inquieta, y se alisó el vestido una y otra vez. La puerta del despacho se abrió de nuevo y la señora Sharp salió con el rostro serio.

—Tal vez estaría más cómoda en la biblioteca privada —indicó, señalando la estancia contigua.

La muchacha miró, nerviosa, hacia el lugar del cual la anciana acababa de salir. La puerta permanecía cerrada y las voces en el

interior apenas se percibían.

—Tengo que ver al marqués —susurró.

—Eso no será posible, milady —indicó la mujer, tajante, y Nick casi sonrió. Apenas la había tratado, pero tenía muy claro que la señora Sharp tenía un carácter fuerte.

Sin embargo, aquella dama no parecía dispuesta a ceder. Agarró a la sirvienta por la manga y tiró de ella con urgencia. Aquella conducta tan agresiva sorprendió a Nick, que dio un paso adelante, dispuesto a intervenir.

—No lo entiende —murmuró con urgencia—. Mi primo está en peligro. Tengo que avisarle.

La determinación de la señora Sharp flaqueó. La observó, confusa, y Nick comprendió su vacilación. Las indicaciones que le habían dado eran claras e inamovibles, pero aquella muchacha lo cambiaba todo.

Se acercó a la puerta oculta y salió de su escondite.

—Yo me ocupo, señora Sharp —indicó, sujetando a la joven por la muñeca y arrastrándola hacia la biblioteca.

La anciana asintió con alivio y desapareció antes, incluso, de que él cerrase la puerta.

—¿Y bien? —la apremió—. ¿Qué es lo que tiene que decirle a Stratford?

La chiquilla lo miró y se quedó paralizada. En sus ojos, un brillo de reconocimiento le dejó claro que sabía quién era. Era demasiado joven y, por lo que veía, bastante inocente. No tenía ni la más remota idea de cómo ocultar la fascinación que él le producía. Lo observaba como si se hubiese materializado ante ella el mismísimo Apolo. Aunque ese dios en concreto era rubio y no se parecía demasiado a él. Quizá Ares supondría una mejor comparativa.

Nick esperó, impaciente, a que ella recuperase el habla. Aunque estaba acostumbrado a que su apariencia impresionara a las jovencitas, en aquel momento le resultaba un fastidio.

—Si no abre la boca ahora mismo —amenazó, tras varios minutos de silencio—, la encerraré en un armario hasta que logremos detener a su padre.

Aquello la arrancó de su trance.

—¿Mi padre? —Parecía verdaderamente confusa—.¿De qué

demonios está hablando?

—Sabemos que ha atentado contra la vida de Stratford.

La muchacha negó con la cabeza.

—Esa es la estupidez más grande que he escuchado nunca. Mi padre aprecia al marqués. A menudo se queja del modo en que su propio hermano lo trataba. Asegura que si Stratford se convirtió en un libertino inmoral e irresponsable fue porque su padre destrozó su autoestima. Apenas ha comido ni dormido desde el día en que se enteró de que le habían disparado y se ha reunido tantas veces con el ministro del interior y con el lord canciller para que juzguen a Courbet con ejemplaridad que le impondrán la máxima pena solo por no tener que aguantarlo.

Nick frunció el ceño. ¿Qué narices significaba eso? La joven, por su parte, parecía haber superado su embeleso inicial porque recuperó la urgencia con la que había asaltado a la señora Sharp.

—Están mirando en la dirección equivocada —indicó, moviendo las manos en el aire—. Y ahora mismo, mi primo podría estar en peligro. Escuché cómo les pedía que acabaran con él, que prendieran fuego a la casa y se aseguraran de que nadie entrara ni saliera de allí.

—El club está permanentemente vigilado, señorita...

—Theodosia. Un nombre horrible, lo sé. Llámeme Sia —aclaró ella, hablando con una rapidez que sería la envidia de cualquier subastador—. No estoy hablando del club. Saben que no está aquí.

Hurgó entre los volantes de aquel horrible vestido y extrajo un arrugado ejemplar del *Morning Post* del bolsillo. Se lo tendió.

—Ya lo he leído, gracias —rechazó Nick al comprobar que era una edición atrasada.

Ella soltó un bufido y pasó las hojas con exasperación. Cuando llegó a las páginas interiores, se lo tendió de nuevo.

—Mierda —murmuró él al descubrir que aquel no era un ejemplar cualquiera. Alguien lo había interceptado antes de que llegase a Coventry Hall.

—Han venido esta mañana. Unos hombres. Se han reunido junto a las cuadras. Yo ni siquiera debería estar allí, pero es el único sitio donde ella me deja en paz. No la soporto. Les había pedido que buscaran a la actriz.

Nick trató de seguir aquella diatriba sin orden. Era como si la muchacha soltase la información que pasaba por su cerebro sin molestarse en procesarla antes.

—No la encontraron.

—¿A quién? —preguntó Nick, aceptando que había perdido el hilo por completo.

—¡A la actriz! —indicó ella, molesta—. ¿No me escucha? El marqués le había dicho que se iba a casar con ella, pero aquellos hombres no la encontraron.

Stanbridge se frotó la frente con cansancio. Seguir los pensamientos de aquella mujer le estaba resultando exasperante.

—Pero todo el mundo sabe que es su amante.

—¿La amante de quién? ¿De Stratford? ¿No se iba a casar con ella?

—¿Es usted tonto, milord? —Ella parecía furiosa—. Brigitte Dubois es su amante y mi primo quiere quitársela y convertirla en su esposa. Así que asumieron que ella se escondería en Coventry Hall. Y, al vigilarla a ella, interceptaron el periódico y descubrieron que el marqués también estaba allí. Así que es muy probable que ahora mismo alguien esté provocando un incendio en su encantadora mansión donde el marqués se recupera junto al amor de su vida.

Esa última frase llamó la atención de Nick.

—¿De qué habla?

Ella lo fulminó con la mirada.

—No soy una completa estúpida, ¿sabe? Todos lo creen. Visto como un pavo real y me obligan a comportarme como una cabeza hueca todo el tiempo, pero soy inteligente. Y observadora. Vi a lady Briony hace años, en el baile de lady Wentworth, y vi cómo la miraba el marqués. Seguí todas las noticias tras su desaparición. Nada tenía sentido. ¿Cómo logró huir sin ayuda? Llevaba años encerrada en Hampshire y la casa de su familia tiene decenas de criados. Aquello no es Londres. No hay coches de alquiler pasando a cada rato. ¿Y que solo su hermano viera el cuerpo? ¿Y en aquella playa? Las corrientes marítimas son bastante fáciles de entender. Incluso yo sabría dónde buscarla. Apuesto a que cientos de personas recorrieron antes la cala sin ver nada.

Nick alzó las cejas. Aquella muchacha no era tan simplona como

parecía.

—Cuando la vi en el teatro supe que era ella. Esos ojos no son comunes, y el modo en que Stratford reaccionó... Por fortuna, mi madre no se dio cuenta. Aunque eso ya da igual. Si no hacemos algo, esto acabará como una tragedia shakesperiana.

—Usted se queda aquí —sentenció Nick, abriendo la puerta.

Ella asintió. Antes de abandonar la habitación, sin embargo, Stanbridge la miró a los ojos.

—¿Quién quiere matar a Stratford?

—¿No lo ha entendido todavía? Mi madre lleva años tras ese título. Cuando se casó con mi padre, el marqués era un tipo taciturno, severo y antipático que vivía encerrado en Hampshire. Y rondaba los cincuenta años. Todo el mundo creía que el título recaería en su hermano pequeño. Creo que solo por eso se conformó con él. Así que cuando de la noche a la mañana, el marqués se casó con lady Stratford y anunció que esperaban un heredero, debió de enloquecer. Llevo toda mi vida escuchándola criticar a mi primo. Ha tratado de encizañar a mi padre, pero ya le he dicho que él lo aprecia. —Se encogió de hombros—. Si él muere, ella por fin será marquesa.

***

Aquello era la antesala del infierno.

Cuando Nick llegó a Coventry Hall, las llamas habían invadido ya toda la planta baja del edificio. Había alertado a Lonsdale, que les había pedido a varios hombres del Black Diamond que los acompañaran, y habían atravesado la escasa distancia que separaba el club de su mansión a una velocidad endiablada. Alrededor del edificio, se habían congregado ya decenas de personas, pero muy pocas parecían dispuestas a hacer nada. Era lo que ocurría cuando una casa ardía en pleno Mayfair, se convertía en un espectáculo para mirones.

Nick no esperó a que el caballo se detuviera. Saltó y apartó a uno de los grupos más numerosos a codazos. Corrió hacia la entrada principal solo para comprobar que alguien había utilizado una barra

de hierro para impedir que pudiera abrirse desde el interior. Trató de apartarla, pero el calor la había convertido en un travesaño incandescente que le quemó las manos al instante.

—Eso es inútil —dijo Lonsdale, que lo había seguido—. Aunque lográsemos abrir, no podríamos entrar. Hay que acceder al segundo piso desde el exterior.

Nick asintió. Saltaron la balaustrada que separaba la escalera del pequeño jardín que rodeaba la casa y se dirigieron a la parte trasera. El espectáculo era todavía más desolador desde aquel ángulo. Los cristales de varias ventanas del segundo piso habían estallado por el calor y el fuego se había extendido con rapidez. Aunque en la fachada no se apreciara, toda la mansión era pasto de las llamas.

—Tiene que haber alguna forma de entrar. —Lonsdale sonaba más angustiado que nunca—. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

Él no respondió. Observó cómo la que había sido la casa familiar de los Stanbridge durante tres siglos se consumía poco a poco y le sorprendió descubrir que no sentía nada. La constatación de un hecho que había descubierto mucho tiempo atrás. Su herencia familiar le importaba un comino.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —lo increpó Lonsdale.

Nick se encogió de hombros.

—Ahí dentro no hay nadie.

Su interlocutor lo miró con incredulidad.

—¿Crees que Stratford, quien recibió un tiro en el pecho hace menos de dos semanas, decidió esta mañana salir a dar un paseo? ¿Con Brigitte Dubois y todo tu personal de servicio como acompañantes?

Nick suspiró. No tenía ni la más remota idea de dónde se encontraban, pero no estaban allí. Lo único que se escuchaba en el interior era el crujir de las llamas y el estallido de los cristales. No había gritos ni golpes. Además, había un hecho importante en el que Lonsdale no parecía haber reparado: vivía demasiada gente en Coventry Hall, era imposible que nadie hubiese logrado llegar a una ventana. Y en una situación como esa, cuando el fuego está a punto de devorarte, cualquiera que tuviera una escapatoria cerca la usaría,

aunque eso supusiera saltar desde un segundo o un tercer piso. Si en el jardín no había cuerpos ni heridos, significaba que habían logrado evacuar la vivienda.

—Los hemos *sacao* antes de que llegaran —dijo una voz a su espalda—. Londres es de los chicos del East End, no de esos Falcones. Nos ha *costao* un poco mover al tullido, pero el tipo no ha *soltao* ni una queja.

Las cejas de Nick se alzaron al descubrir al muchacho que había hablado. Lonsdale, por su parte, parecía debatirse entre la incredulidad y la furia.

—¿Qué narices has hecho, Alfie? —preguntó sin cortesía.

El chico se encogió de hombros.

—Si hubiese sido usted, lo habría *dejao* ahí dentro *pa* que se asara como una sardina —le advirtió el muchacho—. Pero el rubio me perdonó la vida.

—Has hecho un gran trabajo —agradeció Nick al percatarse de que Lonsdale no lo haría.

—No ha sido *na*. Fue hasta divertido. Metimos al marqués y a la mujer en una carreta llena de sacos de trigo y Miller Mike condujo como si le hubieran *metío* un palo por la espalda y fuera un chófer de *verdá*. Hasta saludamos a esos tontos cuando llegaban con sus garrafas de aceite.

Les hizo un gesto de despedida con la mano, antes de girarse para marcharse.

—Están en un casoplón cerca de los jardines de Eaton, ¿sabe? El lord que vive ahí tiene una muchacha divertida como un chiste de irlandeses.

Cuando Alfie se encaramó al muro que rodeaba la propiedad y saltó hacia el otro lado, Lonsdale suspiró.

—Ese cabrón casi consigue que maten a mi esposa —explicó—. Pero ahora salva a mi primo y parece que debo estarle agradecido.

Nick se encogió de hombros.

—La gratitud está sobrevalorada. Además, algo me dice que al chico le trae sin cuidado lo que tú pienses de él. Regresará a los suburbios, a las calles oscuras y el olor a podrido. A las peleas con las ratas por conseguir un mendrugo de pan. Quizá sobreviva un par

de años, pero no tardará en aparecer con la garganta rebanada en alguna esquina por haberse enfrentado a la persona equivocada. Ya tiene un pie en la tumba y él lo sabe mejor que nadie.

Aquellas palabras parecieron recordarle a Lonsdale algo desagradable, pues permaneció en silencio todo el trayecto hasta Rason House, la casa en Londres del duque de Brighton.

Capítulo 22

—Yo testificaré contra ella.

Sebastian miró a su prima. Llevaba un vestido verde que podría haberle sentado bien, si no fuera porque alguien había decidido destrozarlo con plumas naranjas y encajes por todas partes.

—De verdad, ¿vuestra modista es ciega?

Sia suspiró y se alisó la falda. Sebastian se dio cuenta de que hacía ese gesto a menudo, como si estirando aquella monstruosidad lograse mejorar los resultados.

—¿De dónde cree que sacaba mi madre el dinero, milord? —preguntó ella sin mirarlo—. Hace años que nos viste una anciana con un cuchitril en Holles Street. En su juventud creaba trajes para artistas circenses. Lo peor es que a mi madre le encantan sus diseños.

Él hizo una mueca. Sí, aquel estilo casaba a la perfección con lady Silverwood. Observó a aquella mujer, que había resultado ser una caja de sorpresas. Se habían reunido en la biblioteca de Belgrave House, a la que había podido volver en cuanto Everard fue detenido. El mayordomo se había negado a confesar y para lo único que había abierto la boca había sido para llamarlo «bastardo» y asegurar que no era el heredero real de aquel título. Quizá aquella acusación debiera haberlo ofendido o, como mínimo, haberlo hecho dudar de su legitimidad. Pero conocía la historia de sus padres, confiaba en su madre y... Bueno, cualquiera que viera un retrato del difunto marqués cuando era joven reconocería en Sebastian muchos de sus rasgos. Sin embargo, Sebastian había descubierto hacía mucho tiempo que las personas solo veían aquello que confirmara lo que ya habían decidido creer. Aun así, con confesión o sin ella, Everard no saldría de prisión en un futuro próximo. Varios muchachos del East End lo habían reconocido y, por si no fuera suficiente, al registrar su

habitación habían encontrado unas cuantas joyas, entre las cuales se encontraba una valiosa sortija cuya desaparición había denunciado lady Mathews hacía un par de semanas. Después de que la policía se llevara al hombre, Sebastian le había preguntado a Lonsdale desde cuándo se dedicaba a robar joyas y este lo había fulminado con la mirada.

—Lady Mathews debería habérselo pensado dos veces antes de casarse con un jugador empedernido como lord Mathews. Con lo que ha llegado a perder en mis mesas, la sortija es el menor de sus problemas.

Volviendo a la biblioteca, Sebastian recuperó el hilo de la conversación.

—Si testificas contra tu madre, tu reputación y la de tu familia no se recuperarán. Tu padre perderá la credibilidad que tenía como diplomático, la carrera política de tu hermano terminará casi antes de empezar y tú... —dudó—. Ningún caballero aceptable se casará contigo, Sia.

Ella soltó un resoplido burlón.

—Creo que ya he espantado a todos los nobles elegibles. Salvo que haya una epidemia de amnesia antes de la próxima temporada, mis posibilidades se han reducido al anciano lord Chilton, que está sordo como una tapia y considera mi estilo «una colorida excentricidad», y al pastor de Felixstowe, que piensa que mi «alegría» le vendría bien a su parroquia.

Sebastian contuvo una sonrisa. Aunque ella no se mostraba apenada, era consciente de que su situación era delicada.

—No deberías haber permitido que tu madre interfiriera de ese modo —señaló.

—Las cosas no son tan sencillas —replicó ella, encogiéndose de hombros.

—Bueno, no veo dónde está la dificultad. Yo jamás hubiera dejado que mi madre me condicionara de esa manera.

Sia lo miró a los ojos con incredulidad.

—Supongo, milord —alegó con sorna—, que cuando usted era una joven debutante de diecisiete años que no podía ni estornudar sin una carabina, las cosas eran mucho más fáciles.

Sebastian suspiró. Quizá tuviese parte de razón. El hecho de pertenecer al sexo que ostentaba el poder le había simplificado bastante la existencia.

—Tu padre se ha comprometido a hacerse cargo de lady Silverwood —indicó, cambiando de tema—. Me ha prometido que la enviará a Braemar y no permitirá que salga de allí jamás.

Su prima alzó las cejas ante la mención de aquel remoto pueblo de Escocia. Lord Silverwood lo había conocido tras acompañar, mucho tiempo atrás, a la reina Victoria en calidad de diplomático en su viaje por las Highlands, y aquel entorno de temperaturas gélidas y abrupta orografía lo había hechizado. Su esposa, por el contrario, lo había odiado en el mismo instante en que se había bajado del carruaje, después de que él organizara un viaje familiar para mostrarles aquel lugar.

—¿Confía en mi padre? —le preguntó, contrariada—. Hasta hace nada creía que era él quien trataba de acabar con usted.

—No, Sia —respondió Sebastian con sinceridad—. Pero confío en ti.

Los ojos de aquella chica que parecía osada y miedosa al mismo tiempo se empañaron. Y Sebastian se dio cuenta de que la «pequeña Theodosia» no era muy diferente a él. Su padre había sido tan exigente y desdeñoso que, durante mucho tiempo, la autoconfianza de Sebastian había pendido de un hilo. Su tía, por su parte, había minado tanto a aquella muchacha que casi había logrado doblegar su espíritu.

—Cumplirá su palabra —aseguró ella por fin, con un hilo de voz.

—Entonces tendrás que conseguir un buen abrigo cuando quieras ver a tu progenitora —sentenció él y sonrió al percatarse de la sorpresa de la chica, como si, en el fondo, no creyera que él se fiaba de ella.

—No creo que quiera visitarla nunca.

Sebastian se encogió de hombros y trató de levantarse con dificultad. Ella se apresuró a ayudarlo.

—Sigue siendo tu madre. Y si algún día decides que quieres volver a verla, no te juzgaré por ello.

Caminó despacio hasta la puerta y salió de la estancia. No había dado ni dos pasos cuando Briony salió del comedor y lo miró con

disgusto.

—Deberías haberme llamado —lo reprendió, acercándose y sujetándolo por la cintura para que se apoyara en ella—. Te dije que estaría cerca.

Sebastian sonrió y se acercó más a ella.

—Aunque estoy encantado con tu proximidad y el único modo de que lo estuviera más sería que estuvieras desnuda —susurró y se rio al ver cómo ella lo fulminaba con la mirada—, ha pasado casi un mes. En su última carta, Brighton me preguntó cuándo tenía pensado dejar de hacer el holgazán y visitar Hampshire. Incluso Stanbridge me ha dejado en paz. Eres la única que sigue creyendo que necesito que me cuiden.

Ella se apartó un poco, como si sus palabras le hubieran molestado, y Sebastian entrelazó sus dedos con los suyos. Caminaron en silencio y salieron al jardín que rodeaba la mansión. El sol estaba a punto de ponerse y el calor de los últimos días de verano llevó hasta ellos el olor de las azucenas que ya habían comenzado a marchitarse. Se sentaron en un banco y él sonrió.

—Esta vez eres tú la que se reúne conmigo bajo el balcón de mi cuarto —indicó, y ella miró hacia arriba con sorpresa—. Y sigo queriendo besarte como todas y cada una de aquellas noches.

Los hombros de ella se hundieron un poco. Pese al tiempo que habían pasado juntos, habían establecido un acuerdo tácito que les impedía hablar de sentimientos. Lo más cerca que habían estado de hacerlo había sido cuando Sebastian había regresado a Belgrave House y ella se había negado en rotundo a trasladarse. Pese a que pasaban juntos casi todas las horas del día, ella regresaba a Chelsea cada noche.

—Sebastian, no...

Él la besó antes de que terminara. Acarició sus labios con los suyos con una ternura casi olvidada. Los saboreó despacio mientras sus manos permanecían unidas y ella no tardó en responder con dulzura. Siempre había sido así. Había algo en ellos, un hilo invisible tejido a través de los tiempos, que entrelazaba sus almas y los ataba al mismo destino. Sebastian cambió el ángulo y recorrió su labio inferior con la lengua, instándola a abrirse para él. Se sumergió en

ella y comprobó algo que siempre había sabido: no existía nada ni nadie salvo aquella mujer. Ella era el todo, cada ínfima partícula que componía el universo.

***

—Te amo —susurró Sebastian apartándose y mirándola a los ojos, y ella tembló al escuchar en voz alta algo que, de algún modo, siempre había sabido.

Sebastian enmarcó su rostro entre las manos y apoyó su frente en la de ella.

—Por favor, cásate conmigo —titubeó—, Brigitte.

Ella se apartó y lo miró sorprendida. Sebastian le acarició la mejilla con el pulgar.

—«¿Qué hay en un nombre? Eso que llamamos 'rosa', lo mismo perfumaría con otra designación». —Sonrió—. Brigitte, Briony o cualquiera que sea tu nombre. Amo tu voz y tu sonrisa y esos ojos que logran atravesarme el alma. Amo tus discusiones y tus silencios. Tus alegrías y todas y cada una de tus lágrimas. Te he amado cada minuto de mi vida y te amaré hasta el final de mis días. Incluso entonces, en alguna parte, mi alma seguirá atada a ti. Eres el principio y el fin de los tiempos. El eco de los siglos. La eternidad. Y he querido convertirte en mi esposa desde que comprendí que era posible no tener que despedirme de ti cada noche ni buscarte a escondidas, como si fueses un secreto que no quiero revelar.

Brigitte notó cómo se le erizaba la piel y su corazón se detenía. Aquello era lo que siempre había deseado escuchar, con lo que había soñado cada noche, incluso cuando ya todo parecía perdido. Y, sin embargo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No quiero abandonar el teatro.

Sebastian la miró con sorpresa.

—¿Por qué habrías de hacerlo? Nunca privaría al mundo de tu talento.

—¿Estarías dispuesto a ver cómo beso a otro hombre cada noche sobre el escenario?

Él se encogió de hombros.

—Cuando acabe la función será conmigo con quien te vayas a casa.

—La gente hablará. Sabes lo que piensan de mí. ¿Crees que alguien me aceptará como marquesa?

Sebastian resopló.

—Yo te aceptaré y es lo único que importa. Y tu hermano. Y Stanbridge. Y mi madre, sin duda, te recibirá con los brazos abiertos.

Brigitte hizo una mueca cuando él mencionó a la marquesa.

—Hay algo que debes saber.

Él la detuvo con un gesto.

—No. Me da igual. Sea lo que sea. Lo único que tienes que hacer es contestar a mi pregunta. Tú, Brigitte Dubois, ¿quieres casarte conmigo?

Y ella asintió. Porque de todos los interrogantes que se le habían planteado en la vida, esa respuesta era la única que siempre había estado clara.

—Y ahora que hemos resuelto esa cuestión —señaló Sebastian poniéndose de pie y tirando de ella—, debo terminar una tarea que dejé a medias hace once años.

***

Sebastian condujo a Brigitte a su habitación. Pese a que todavía se sentía débil, recorrió los pasillos con decisión y subió las escaleras con rapidez. Ni una vez le soltó la mano y, cuando cerró la puerta tras ella, sintió que por fin todo estaba donde debía estar. Ella estaba donde tenía que estar.

—Debo decirte algo —insistió Brigitte, pero él la silenció con un beso. Nada de lo que pudiera agregar importaba ni iba a cambiar sus sentimientos. Iba a hacerla suya. Y a casarse con ella. Y haría las dos cosas lo antes posible.

La besó con urgencia, apretando sus labios con los suyos e instándola a responderle del mismo modo. Se sumergió en su interior antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar y sus lenguas se encontraron como dos viejos amantes que jamás se hubieran olvidado. Le acarició los brazos y una de sus manos subió hasta su

nuca para presionarla y profundizar el beso. Brigitte suspiró, un sonido tenue y dulce que casi logró detenerle el corazón. Parecía imposible amar tanto a una persona como él lo hacía.

La condujo hacia la enorme cama cubierta de burdeos. Había cambiado la habitación en cuanto el título recayó sobre él. No quería ningún recuerdo de su padre en el lugar donde dormía. La tendió con delicadeza mientras sus labios recorrían sus mejillas y acariciaban su cuello.

—No deberíamos hacer esto —murmuró ella con voz entrecortada —. La herida...

Él la besó de nuevo. Lo único que le importaba era la mujer que tenía entre sus brazos, no su herida ni el pasado. Si apareciese el mismísimo Courbet empuñando una pistola, le pediría que le disparase rápido para que pudiera centrarse en lo que estaba haciendo. Trató de desabrochar los botones del vestido, pero en esa posición le resultó imposible.

—Date la vuelta —susurró en su oído, pero ella no lo complació. En lugar de girarse, se levantó y dio un paso atrás.

Sin embargo, en lugar de apartarse como él había temido, ella se llevó las manos a la espalda y comenzó a desabotonar la prenda. Sebastian la observó, fascinado, mientras ella soltaba cada cierre con sorprendente facilidad.

—Siempre me cambio sola —le explicó, y dejó caer la prenda.

Sus ojos la recorrieron de arriba abajo. No llevaba corsé, solo una fina camisola de algodón y unos sencillos pololos cuyo único adorno era una pequeña tira de encaje en las perneras. Brigitte se llevó las manos a las tiras que mantenían sujeta la prenda superior, pero la seguridad que había esgrimido hasta ese momento pareció esfumarse como las sombras al amanecer. Miró hacia las cortinas descorridas. Los últimos rayos de sol iluminaban la habitación.

—¿Puedes cerrarlas?

Él se levantó, dispuesto a complacerla de inmediato, pero algo en su rostro lo detuvo.

—¿Por qué? —preguntó, aun cuando ya creía saber la respuesta.

Brigitte no respondió de inmediato y él dio un paso hacia ella.

—Ya la has visto —dijo, por fin—. Es normal que te repugne. Yo

no... —Se movió, insegura—. No me gusta que nadie me vea. Por eso toda mi ropa es tan fácil de sacar. Madame Lefevre es la única con la que me siento cómoda.

—¿Crees que hay alguna parte de ti que pueda desagradarme?

—¡Vi tu expresión cuando me viste!

Sebastian negó con la cabeza, incrédulo.

—Lo único que sentí fue furia. Contra Cary. Contra mí mismo. Y miedo, porque es el recordatorio de que en verdad estuve a punto de perderte para siempre. ¡Maldita sea, Brigitte! ¿De verdad creías que iba a importarme?

Sujetó la camisola y se la quitó de un tirón antes de caer de rodillas ante ella. Acarició la cicatriz con el dedo y la besó. Cada milímetro de piel rugosa y desigual, cada marca, cada frunce.

—Si nos casamos —susurró ella tratando de contener las lágrimas —, el título pasará a los Silverwood. —Sebastian se detuvo y la miró a los ojos—. Pese a la rapidez con la que me trataron, no lograron evitar del todo la infección. La herida tardó demasiado en cicatrizar y, cuando lo hizo, no quedó como debería. El útero resultó dañado. Todo apunta a que jamás podré tener hijos.

Ella le acarició el pelo.

—Quizá deberías tomarte un tiempo. Piénsatelo. Engendrar un heredero es una de tus obligaciones y conmigo no podrás hacerlo.

Él negó con la cabeza.

—Parece que lady Silverwood por fin logrará su marquesado —indicó mientras Brigitte lo ayudaba a levantarse—. Después de tanto esfuerzo, se lo merece.

Ella lo miró con disgusto y Sebastian sonrió.

—No tengo la intención de morir en un futuro próximo. —Le besó la clavícula y fue descendiendo hasta su pecho—. Su hijo no es mal tipo. Lo hará bien.

Recorrió el pezón con la lengua y sopló, logrando que se erizara antes de metérselo en la boca y chupar hasta arrancarle un gemido. Repitió los mismos pasos en el otro pecho, hasta que ella lo empujó sobre la cama.

—Todavía estás convaleciente —le dijo, y esbozó una de aquellas sonrisas traviesas que él tanto echaba de menos—. Deja que yo me

ocupe.

Lo desvistió con calma, parándose en cada botón y torturándolo con el roce de sus dedos. Cuando llegó a la camisa, se demoró tanto que Sebastian estuvo a punto de arrancarse los botones. Sin embargo, cada vez que él trataba de ayudarla, ella le apartaba las manos.

—¿Sabes cuántos cotilleos escuché sobre ti? —Bajó la cabeza y le recorrió la nuez de Adán con la lengua, antes de bajar por su cuello y besar cada centímetro de piel que iba quedando expuesta—. Todas las damas se mostraban entusiasmadas por tu destreza en el dormitorio, como si fueses el mismísimo Eros.

Él gimió cuando notó su cabello en su ombligo y su lengua descendiendo por su vientre.

—Ninguna —gruñó—. Ni siquiera era capaz de recordar el nombre de ninguna.

Los dedos de Brigitte alcanzaron el cierre de los pantalones y Sebastian apretó los dientes. Terminó de desvestirlo con cuidado, evitando cualquier roce en el costado izquierdo.

—No tienes que hacer eso —gimió cuando lo acarició donde más la necesitaba y perdió todo pensamiento coherente cuando sintió sus labios sobre él. Lo manipuló con inseguridad, lamiendo y tocando mientras interiorizaba sus reacciones. Comprendió enseguida cuáles eran sus puntos más sensibles o el ritmo que más le gustaba. Sebastian solo podía gemir y sumergir sus dedos en la cascada oscura de su cabello.

—Brigitte... —instó, finalmente, tirando de ella—. Tienes que detenerte ahora.

—¿No te gusta?

Que le preguntase aquello cuando él estaba a punto de estallar era una muestra clara de su inocencia.

—Mucho —aclaró ayudándola a subir por su cuerpo—. Puedes repetirlo siempre que quieras, pero ahora no.

Ella se movió, inquieta, cuando la situó sobre él y comprendió lo que pretendía. Lo miró a los ojos y Sebastian percibió su incertidumbre.

—Estamos aprendiendo —murmuró, mientras ella descendía y lo

acogía en su interior—. Si no te gusta, buscaremos otro modo. Tenemos toda la vida para practicar.

Ella hizo una mueca de dolor y él trató de ayudarla. Le acarició el clítoris con el pulgar y la besó entre los pechos. En cuanto Brigitte comenzó a gemir, se impulsó dentro de ella por completo.

—Nick y yo nunca...

—Lo sé —la cortó él, moviéndose con lentitud.

La sujetó por las caderas y fijó sus ojos en el lugar en que sus cuerpos se unían.

—¿Por qué? —Ella siguió la dirección de su mirada y soltó un gemido ahogado.

Sebastian le dio la vuelta, situándose sobre ella. Incrementó el ritmo, impulsándose al tiempo que levantaba una de sus piernas y la animaba a rodearlo con ella. Le besó el cuello, la barbilla y dejó que su lengua se sumergiera en su oído. Y cuando la respiración entrecortada de ella se volvió más trabajosa y un profundo gemido resonó en la habitación, le susurró al oído:

—Porque jamás lo has mirado como me miras a mí.

***

Brigitte observó al hombre que dormía a su lado. Al final, no habían corrido las cortinas y los rayos de sol iluminaban la habitación. Le sorprendió que la luz no despertase a Sebastian, pero después de haberse pasado la noche haciéndole el amor debía de estar agotado. Ella misma sentía los párpados pesados y la envolvía una sensación de irrealidad.

Se acurrucó sobre su hombro derecho y recorrió el dibujo que adornaba el izquierdo con los dedos. Antes de escuchar su voz, notó su sonrisa junto a su pelo.

—Me lo hice a los quince años.

Brigitte levantó la cabeza, sorprendida.

—Imposible. No eras más que un crío.

Él rio y le empujó la cabeza para que se apoyara de nuevo sobre su pecho.

—Lo suficiente para decidir que iba a casarme contigo. Solo he

tardado veinte años en conseguirlo.

Se quedaron en silencio, abrazados. De vez en cuando, Sebastian le besaba el cabello y la acomodaba en sus brazos.

—Fue mi madre, ¿verdad? —le preguntó él, por fin—. Ella te ayudó a huir.

Brigitte asintió. No quería mentirle.

—Llevaba mucho tiempo planeando cómo escapar de aquella jaula, pero ella fue la única que se dio cuenta de cómo me sentía. Nunca fue mi intención implicarla. Tras la boda de mi hermano se acercó a mí y hablamos durante horas. Entendió que necesitaba alejarme. De todo.

—De mí —susurró él.

—Especialmente de ti. —Se apartó para mirarlo a los ojos—. Solo me consiguió un carruaje y algo de dinero. Y me compró el pasaje para el Archímedes. Nunca le escribí, pero supongo que, de algún modo, ella sabía que estaba bien. Cuando regresé a Londres y contacté con ella no se mostró sorprendida.

Sebastian se quedó en silencio, sumido en sus propios pensamientos.

—No la culpes —le pidió Brigitte—. Ella no podía saber...

—No lo hago. Tenía razón. Ella. Tú. Ojalá las cosas hubieran sido distintas. Pero no puedo cambiar el pasado. Lo único que puedo arreglar es el futuro. Y eso empieza por dar la cara y reconocer ante la mujer que me dio la vida que soy un cobarde.

Capítulo 23

Regresar a Bramshaw Manor no fue fácil. Pese a que, tras el tiempo que habían pasado juntos en Londres, Andrew había comprendido en parte su situación y se había comprometido a interceder por ella, enfrentarse a su madre y a la que había sido su mejor amiga era una tarea que no sabía cómo encarar. Sin embargo, tras agotar cuantas excusas se le ocurrieron para posponer el viaje, allí estaba, sentada en el carruaje de los Stratford, recorriendo los últimos metros que los separaban de la puerta principal de la mansión.

—Seguro que Antoine te ha preparado todos los pasteles, bollos y tartas que sabe cocinar —dijo Sebastian con despreocupación.

Que mencionara al cocinero que siempre la había mimado a escondidas de su progenitora le arrancó una sonrisa. Miró al marqués. Se había recuperado casi por completo e, incluso, se podía vislumbrar en su expresión una versión más madura del sinvergüenza que había sido. Aunque seguía estando más delgado que antaño, había recobrado en parte la buena forma física. El hecho de que entrenara a Nick, casi a diario, sobre el *ring* que había instalado en el sótano de Belgrave House hacía once años quizá tuviera algo que ver. Cómo había convencido al conde de que era una buena idea que aprendiera a boxear con él era un misterio que ella no lograba desentrañar. En especial cuando veía salir a su amigo, magullado y maldiciendo, mientras juraba que jamás regresaría a aquel potro de tortura. Pero regresaba. Cada mañana. Puntual como un reloj suizo. Nick aparecía con cara de pocos amigos dispuesto a aprender «cómo demonios dejar inconsciente a un tipo de un solo puñetazo».

El carruaje se detuvo y Sebastian se apeó de un salto. Sin embargo, cuando le tendió la mano, ella titubeó.

—Está deseando verte —susurró él, comprendiendo su desazón—.

Es tu madre.

Y, pese a la lengua viperina que siempre había caracterizado a la duquesa, a su fuerte carácter y a sus estrictas opiniones, Briony supo que era cierto.

En cuanto puso un pie en aquel camino por el que tantas veces había corrido, Lottie salió como un rayo a abrazarla, seguida por Kate. Su amiga no le hizo ni una sola pregunta ni detectó en su rostro la menor muestra de resentimiento.

—Por fin estás de vuelta —murmuró mientras la abrazaba—. Estoy deseando que me lo cuentes todo.

Cuando se apartaron vio a su madre. Solo la había visto llorar una vez, en un pasado que casi parecía irreal, cuando Andrew llegó a casa con un pequeño bulto entre los brazos que gimoteaba como si el mundo estuviera a punto de terminarse.

—No creas que solo por esto voy a dejar que te cueles a escondidas en la cocina y te comas todo lo que Antoine ha estado cocinando —la advirtió con una severidad que sus lágrimas desmentían—. Tal vez permita que te comas un pastel o dos.

La abrazó tan fuerte que Brigitte apenas podía respirar. Pero no importaba, estaba en casa.

Epílogo

Los aplausos llenaron el teatro y Brigitte sonrió al público. Tomó la mano que Valois le tendía e hizo una reverencia. El fervor popular aumentó más si cabe y ella buscó el rostro de Sebastian entre la gente. La miraba con admiración. Y orgullo. Y una adoración que no hacía el menor esfuerzo por ocultar.

—Céntrate —la reprendió Valois—. Ya tendrás tiempo de comerte a tu marido con los ojos más tarde.

Ella soltó una risilla. Su vida era maravillosa. Se había casado con el hombre que amaba y la gira de la compañía estaba cosechando un éxito inigualable, lo cual no era de extrañar. Contaban con una solvencia impensable para cualquier otra. Solo ellos tenían el apoyo de tres mecenas como aquellos. Las fortunas del marqués de Stratford, del conde Stanbridge y del duque de Brighton acababan de financiar la mayor gira que hubiese visto la historia del teatro. Viena, Berlín, Roma, Estados Unidos.

Brigitte Dubois se había convertido en eterna.

***

Nick miró al tipo que tenía ante él con desconfianza.

—¿Y dices que todo se hará en el mismo sitio?

El hombre de ojos oscuros que Lonsdale le había presentado hacía unas semanas asintió.

—Nosotros produciremos los tejidos y confeccionaremos la ropa. Trabajaremos con unos patrones estándar y ajustaremos las medidas. Se fabricarán cientos de prendas iguales. También suprimiremos los gastos de distribución. Si la fábrica está en la parte trasera de los almacenes, todo el proceso se agilizará.

—¿Y quién demonios comprará un vestido repetido? —preguntó,

contrariado.

Lonsdale soltó una risilla y el otro tipo le dedicó una mirada desdeñosa.

—Los que no son nobles, milord. —Le pareció que pronunciaba su título con desdén, pero prefirió dejarlo pasar—. Maestras, enfermeras, las propias operarias de las fábricas. La moda dejará de ser un lujo al alcance de unos pocos. La aristocracia puede seguir confeccionando sus trajes a medida con hilo de oro y encajes de Bruselas, pero los ciudadanos comunes también tienen derecho a vestirse con dignidad.

Nick asintió. Estaba de acuerdo con ello.

—Y, según usted, nosotros nos haremos ricos en el proceso.

El otro hombre sonrió sin mostrar un ápice de vergüenza.

—Cada uno debe sacar partido de las oportunidades que se le presentan en la vida.

Nick hizo una mueca y se giró hacia Lonsdale, que había permanecido en silencio.

—¿De dónde has sacado a este tipo?

Alex rio.

—Del infierno, milord —respondió el otro hombre por él—. Disfrazado de granja de niños.

Lonsdale se levantó y se abotonó la chaqueta.

—Pensaré en tu propuesta. Me pasaré por la fábrica en cuanto tome una decisión.

Caminó hacia la salida del café en el que se habían reunido, pero antes de alejarse demasiado se giró.

—¿No sabrás por qué mi mejor crupier acaba de entregarme su carta de renuncia, verdad?

Nick vio cómo el tipo de los ojos oscuros se encogía de hombros.

—No sé de qué me estás hablando.

—Ya —replicó Lonsdale con incredulidad—. Pero, Jack, ella no te esperará para siempre.

Y sin más explicaciones, abandonó el local.

Nota de la autora

Querido lector:

Cuando comencé a escribir *Escandalosa*, la historia de Briony y Sebastian estaba casi esbozada en mi mente. Sabía que el suyo era uno de esos amores fijados por el destino y que ambos harían cualquier cosa por el otro. Sin embargo, la personalidad de Briony era demasiado enérgica para mantenerla encerrada en Bramshaw Manor comiendo pasteles y acariciando a un gato con el pelo cortado a trasquilones. La propuesta de su protectora, en realidad, no era un modo de convertir a Brigitte en eterna, sino de despertar a Briony y que se diera cuenta de que sus sueños no podían limitarse a suspirar por Sebastian a escondidas.

En cuanto al ataque que sufrió en los muelles, el contexto histórico nos dice que las probabilidades de que sobreviviera eran escasas. Es razonable imaginar que el cuchillo con el que Ben Cary la atacó no se hallaría en las mejores condiciones, ni en lo tocante a la higiene ni a su conservación. Asimismo, el hecho de que se encontrara en un lugar apartado y de que, en 1863, la medicina no comprendiese todavía los mecanismos de la transfusión de sangre ni el porqué de las infecciones, dificultaba todavía más su supervivencia. Que Nick se encontrase en el lugar indicado en el momento preciso y que tuviese los suficientes conocimientos de medicina para detener la hemorragia fue una suerte. Y que Joseph Lister se hallase en Londres, lo bastante cerca de Dover como para llegar en cuestión de horas, providencial. En este punto, sin embargo, me tomé la licencia de adelantar el descubrimiento de la antisepsia. Al doctor Lister, en realidad, no se le ocurrió la idea de emplear antisépticos para evitar las infecciones hasta 1865, aunque era un tema que le preocupaba desde mucho antes.

La afirmación de Nick, sin embargo, es cierta. La medicina no

recibió las ideas de Lister —ni las de Pasteur años antes— con demasiado entusiasmo, pues pensaban que, de algún modo, aquellos charlatanes estaban culpando a los doctores por la muerte de sus propios pacientes. Les llevó algún tiempo aceptar lo que tenían ante sus narices y, al hacerlo, cambiaron la historia de la medicina. Poco se imaginaba Lister que, siglos después, la «gente de a pie» solo lo conocería por dar nombre a un enjuague bucal.

Agradecimientos

Cuando comencé a escribir esta novela creí, ilusa de mí, que sería fácil. La historia de Sebastian y Briony había dado tantas vueltas en mi cabeza que debería haber salido sola. No lo hizo. Y por eso debo comenzar agradeciéndole a Lola Gude su comprensión ante mi incapacidad de cumplir con los plazos de entrega, así como todas las facilidades y la ayuda que me brindó.

Mi agradecimiento también a Elena L., por ser mi lectora cero y mi noctámbula correctora, por dedicar el poco tiempo que le queda al final del día a repasar mis escritos y por ser la persona que más me ha animado a seguir adelante. La historia de Briony y Sebastian es suya.

A Ana G. por su entusiasmo contagioso y por ver siempre el lado bueno de las cosas.

A Jose C. por estar siempre pendiente, aún cuando no haya leído una novela romántica en su vida. Y a Carmen, que no suele leer romántica histórica. Soy tremendamente afortunada de que sean mis hermanos.

A mis padres, porque no sería quien soy sin ellos.

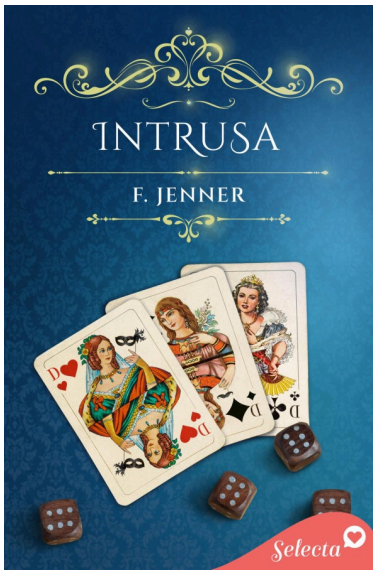
A Jose M. y, por supuesto, a Sofía, que a sus tres años recuerda cada vez que me ve en el ordenador que tiene mucho «trabajo» y necesita compartir escritorio conmigo.

Y, sobre todo, mil gracias a todos los lectores de *Escandalosa* e *Ingenua*, y a todas las chicas que han dedicado su tiempo y esfuerzo a realizar reseñas de estas novelas: Sabela y Lucía de @pinceladasdelibros, @mecaienunlibro, Esther Navarro de @miviciolibros, Lorena Gallardo de @millibrosyuncafe, Catalina de @catadora.delibros.

Una tragedia.

Un secreto.

Dos personas destinadas a encontrarse.



Tras una infancia traumática y un misterioso pasado, la actuación se convirtió en la vía de escape de **Brigitte Dubois**. Cada vez que se sube a un escenario puede ser quien desee. Cleopatra. Antígona. Afrodita. Distante y enigmática, su belleza y un talento extraordinario para la interpretación la han catapultado a lo más alto de la escena dramática. Sin embargo, el éxito no es suficiente: ansía ser recordada como la mejor actriz de todos los tiempos. Pero, **cuando alguien descubre su secreto** y amenaza todo aquello que ha construido, el precio de la eternidad podría ser demasiado alto.

Sebastian Adrien Nicholas Lawrence Sinclair, séptimo marqués de Stratford, es un hombre hundido. Tras la muerte de la mujer a la que ha amado desde siempre, su mundo está en ruinas. **Abrumado por los recuerdos y la culpabilidad**, sobrevive por pura inercia y

ni siquiera la amenaza que se ciñe sobre su persona le importa lo suficiente para seguir luchando.

Cuando sus caminos se cruzan y los enemigos que acechan desde las sombras se unen a sus propios fantasmas, Brigitte y Sebastian deben decidir si el amor y la redención son más fuertes que el pasado.

F. Jenner nació en 1987 y su fascinación por los mundos ficticios la llevó a licenciarse en Filología Hispánica. Desde hace diez años, imparte clase de lengua y literatura a alumnos de secundaria, a los que trata de transmitir su amor por la lectura.

Siendo adolescente, su afición por los libros la convirtió en visitante habitual de la biblioteca de su instituto, donde sus profesores, conocedores de su carácter «patológicamente romántico», se encargaban de poner en sus manos cualquier novela juvenil que contuviese alguna historia de amor. Descubrir que existía un género específico para esas historias, supuso el final de cualquier hábito de sueño saludable y el inicio de una pasión que dura hasta hoy: la novela romántica.

Un domingo previo a la era de los ebooks, se quedó sin reservas de lectura y decidió probar con la escritura. Desde entonces no ha parado de hacerlo, aunque sus escritos raramente salen de la carpeta de su ordenador.



Edición en formato digital: marzo de 2025

© 2025, F. Jenner
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-18-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Intrusa
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre F. Jenner
Créditos